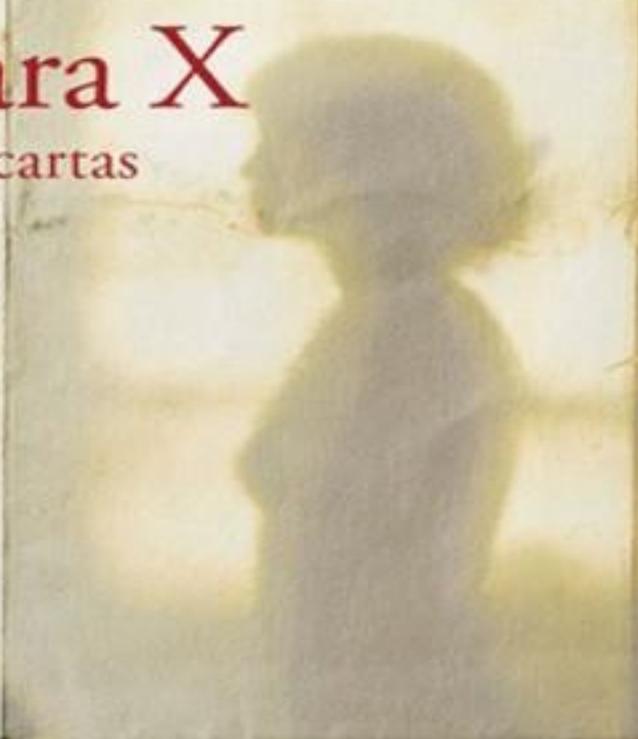


Traducción
Pilar Vázquez

John Berger

De A para X

Una historia en cartas



Lectulandia

Aida vive en una ciudad polvorienta y destartalada. Su amante Xavier, insurgente, ha sido encarcelado. Resueltas, sensuales y tiernas, las cartas de Aida a su enamorado hablan del día a día de la ciudad. A medida que un poder sin rostro la invade, los detalles más pequeños y las muestras de humanidad —un baile íntimo, una comida compartida— se convierten en verdaderos actos de resistencia contra las fuerzas que, de otro modo, les extinguirían. *De A para X* es una exploración poderosa de cómo la libertad se afirma en la lucha: el retrato de una comunidad que, sitiada por el imperialismo económico y militar, encuentra una esperanza trascendente en la fragilidad de la vida cotidiana.

Lectulandia

John Berger

De A para X

Una historia en cartas

ePub r1.1

Bookanero 30.08.15

Título original: *From A to X - A Story in Letters*

John Berger, 2008

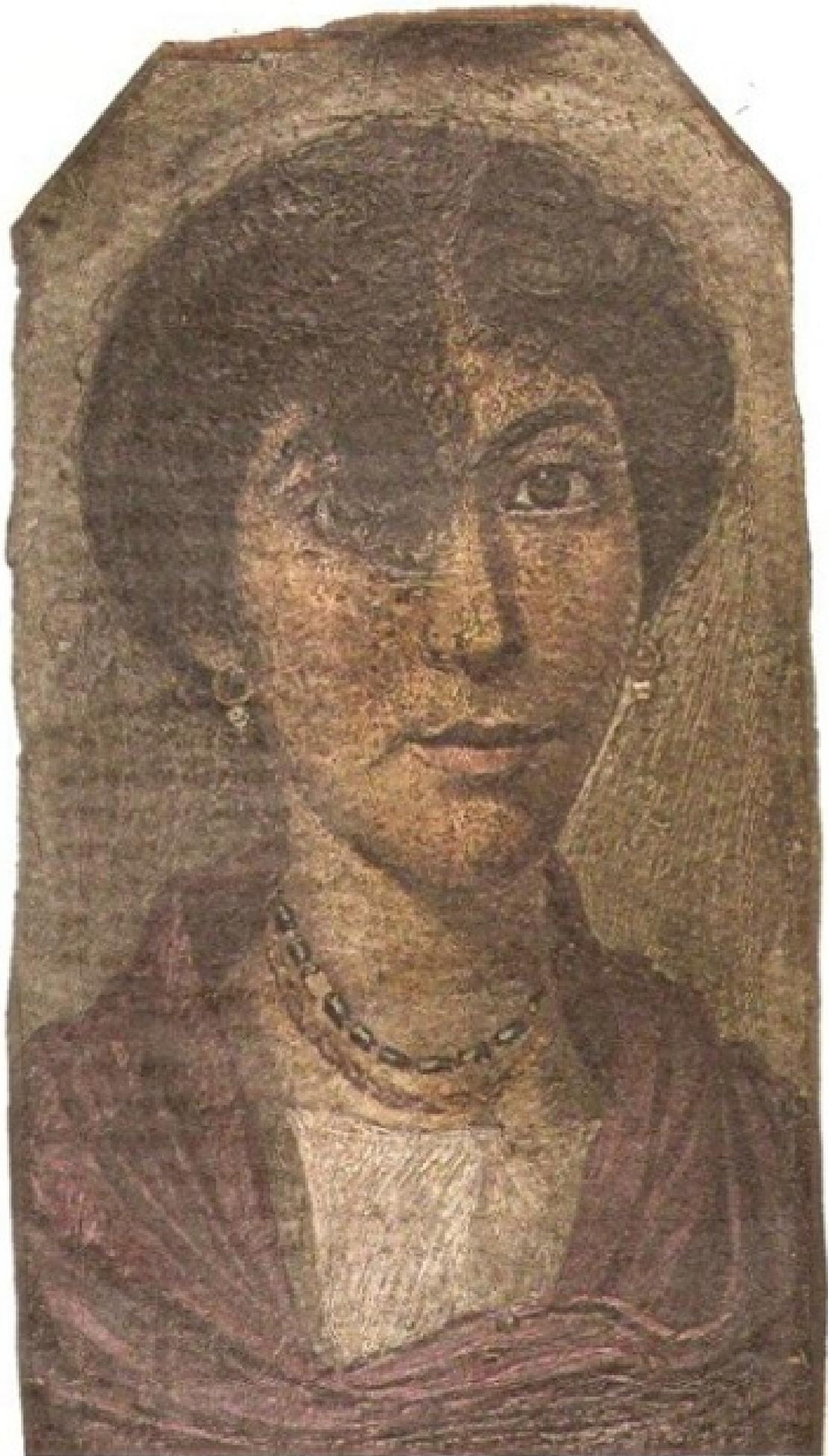
Traducción: Pilar Vázquez

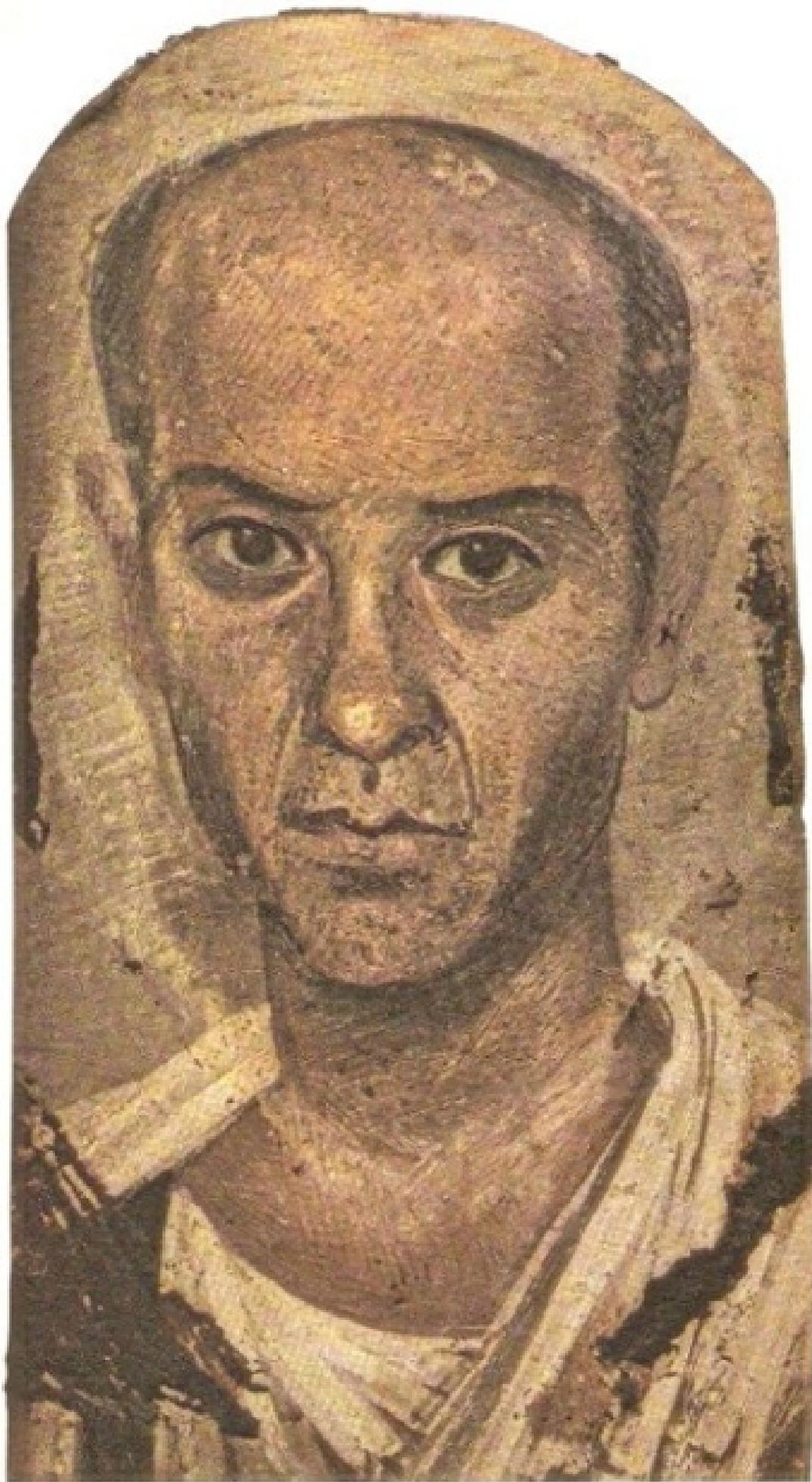
Editor digital: Bookanero

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para
DONK, BEV y SUNSHINE
y para
GHASSAN KANAFANI, in memórium*





*No es juguete del Tiempo amor...
Amor no muda con sus horas y semanas,
sino hasta el borde del abismo aguanta y puja
Si todo esto es error y contra mí probado,
yo nunca he escrito, y nunca ningún hombre amado*

SHAKESPEARE, *Soneto 116*^[*]

Algunas cartas recuperadas por John Berger

El año pasado, cuando se abrió la nueva cárcel de alta seguridad construida en uno de los cerros que se extienden hacia el norte de la ciudad de Suse, la antigua, emplazada en un edificio del centro, quedó abandonada.

El último ocupante de la celda número 73 de la antigua cárcel había pegado encima del catre reglamentario una especie de casilleros hechos con cartones de Marlboro unidos entre sí y fijados sólidamente a la pared con cinta adhesiva. En cada casillero cabían varias barajas. En tres de ellos se encontraron unos paquetes de cartas manuscritas.

La única luz natural que entraba en la celda era la de un pequeño ventanuco circular, inaccesible, situado en lo más alto de uno de los muros. La celda medía dos metros y medio por tres, y tenía cuatro metros de altura.

Un largo corredor con ventanas enrejadas y cristales opacos conectaba las celdas de esta ala de la antigua cárcel con una sala de usos comunes que parecía un búnker y contaba con unos infiernillos básicos para cocinar, un grifo, un televisor, bancos, mesas y una plataforma elevada para los guardias armados que vigilaban permanentemente.

El último preso que habitó la celda número 73, acusado de ser el fundador de una red terrorista y condenado a dos cadenas perpetuas, era conocido con el nombre de Xavier. Las cartas encontradas en los casilleros iban dirigidas a él.

Al leerlas queda claro que no estaban ordenadas cronológicamente. A'ida, si es este su verdadero nombre, no fechaba las cartas con el año, solo con el día y el mes. Es evidente que la correspondencia se mantuvo durante muchos años. Cuando las transcribimos, R. y yo no intentamos deducir o adivinar su orden cronológico y restablecerlo, sino que decidimos respetar el orden en el que las tenía Xavier. A veces, en el reverso de las cartas de A'ida (ella nunca escribía en las dos carillas) hay una nota de Xavier. Estas notas fueron asimismo transcritas y aparecen en este libro en *un tipo más silencioso*.

Obviamente, A'ida prefirió no hacer referencia en sus cartas a su vida de activista política. Sin embargo, sospecho que de vez en cuando no podía resistirse a incluir alguna referencia a la misma. Así interpreto sus observaciones con respecto al juego de canasta. Dudo que jugara a la canasta. Siguiendo las mismas medidas de prudencia, lo más seguro es que cambiara los nombres de sus amigos más cercanos, así como los nombres de los lugares. Como no estaban casados, A'ida nunca pudo obtener un permiso para visitar a Xavier en la cárcel.

Hay algunas cartas que A'ida no llegó a enviar. Da la impresión de que a veces

empezaba una carta sabiendo desde el principio que no la enviaría; en otras ocasiones, la urgencia de lo que tenía que contar le llevaba a escribir cosas que luego, pensándolo bien, decidía que era mejor guardar para sí.

Cómo llegaron a mi posesión esas cartas, tanto las enviadas como las no enviadas, es algo que, de momento, debe mantenerse en secreto, pues explicarlo podría poner en peligro a otras personas.

Las cartas no enviadas están escritas en el mismo papel azulado de las enviadas. Las coloqué en los paquetes en los que me pareció que encajaban. Pero cada cual puede cambiarlas según su parecer.

Dondequiera que se encuentren hoy A'ida y Xavier, vivos o muertos, que Dios guarde sus sombras.

J. B.

Primer paquete de cartas

El paquete está atado con una tira de tela en la que, escritas con un tipo de tinta que emborrona parcialmente el algodón, se leen las siguientes palabras:

El universo no se parece a una máquina, sino a un cerebro humano. La vida es un relato contado en este instante. La realidad primera es un relato. Lo sé porque soy mecánico.

Mi león abatido:

¿Te llegó el paquete? Te enviaba marlboros, menta, un zambrano y café.

Cuando me desperté hoy había un cielo muy azul. Oí rebuznar un burro a lo lejos y, mucho más cerca, el rasca-rasca de una pala mezclando cemento, intercalado con los golpes en el suelo al vaciarla. Dimitri está añadiendo una habitación a su casa. No tenía que estar en la farmacia hasta las nueve y media, y me quedé en la cama, pensando perezosamente en mi cuerpo y en lo sigiloso que se mueve, sin contar conmigo apenas. Me quedé en la cama, la mano derecha rozándome la entrepierna. Te lo digo para que me imagines así. Eso nadie puede impedírtelo.

¿Cómo tienes el pie? ¿Se va curando?

Tu A'ida

Posdata. Ayer vi un camaleón; se deslizaba por el tronco de un árbol. Los camaleones tienen una manera de girar la pelvis que es a la vez cómica y práctica — sus pelvis diminutas tienen iliones, como la nuestra, pero se engarzan de otra manera en el espinazo—. Plantan todo su peso simultáneamente en vertical y en horizontal: en un muro, por ejemplo, a la vez que en el suelo. Podríamos aprender de ellos a la hora de sortear ciertas dificultades, ¿verdad que sí? Según Alexis, camaleón en griego significa león abatido, *león que se mueve pegado a la tierra*.

Mil millones de personas no tienen acceso al agua potable. En algunas zonas de Brasil, un litro de agua comprada en la calle es más caro que un litro de leche; en Venezuela, más caro que un litro de gasolina. Al mismo tiempo, Botnia y Ence proyectan sacar del río Uruguay 86 millones de litros de agua diarios destinados a dos papeleras de su propiedad.

Mi guapo^[*]:

¿Te acuerdas de las culebras que hay expuestas en tres tarros de cristal en el escaparate de la farmacia? Una culebra de collar, una víbora áspid y otra víbora con la boca más grande. Una vez me contaste que de niño a un amigo tuyo le picó una serpiente y tú le chupaste el veneno. Lo primero que hace Idelmis al llegar por la mañana a la farmacia es ver cómo están los bichos; va y toca los tres tarros. Tal vez no quiera tanto comprobar su estado como anunciarles que ya ha llegado. Al fin y al cabo, la farmacia es suya. Luego se pone la bata blanca y me da un beso.

Idelmis tiene todavía una memoria extraordinaria para todo lo de la farmacia. Sabe exactamente dónde está cada medicamento, cuáles son sus principios activos y qué precauciones implican. Cuando no hay mucha gente esperando, se suele sentar a leer en su mesa, una mesa pequeñita colocada entre los antiespasmódicos y los ungüentos. Casi siempre lee libros de viajes. Su palabra favorita sigue siendo *descubrimiento*. Se oculta allí a fin de poder ignorar, si le apetece, a quienes entran a por una medicina concreta o a preguntar algo sin importancia. Solo si le interesan las preguntas o la dolencia del cliente, o cuando se trata de alguien a quien conoce desde hace cincuenta años, aparece y se hace cargo.

Y entonces, te impresiona. Idelmis pertenece a la primera promoción de mujeres farmacéuticas de este país; es una de aquellas mujeres para quienes la ciencia era como una hermana. Y para ella, la farmacia está muy próxima a la maternidad. Se atusa el peinado en el espejo del lavabo que hay al lado los colutorios, y con sus palabras pausadas y su forma de asentir con la cabeza, como recordando, tranquiliza a todos los que entran con una tribulación u otra.

Sin embargo, cuando se quita la bata y atraviesa la estación de autobuses de Sucrat de vuelta a casa, es una anciana frágil y vacilante. Ha envejecido desde la última vez que la viste. Y yo también. Idelmis sigue trabajando porque necesita sentirse cerca de las cosas que curan. A veces, la envidio.

La palabra *recientemente* se ha transformado desde que te encerraron. Hoy no tengo ganas de escribir sobre cuánto tiempo hace ya de eso. La palabra *recientemente* abarca ahora todo ese tiempo. Antes significaba unas semanas o antes de ayer. Recientemente, tuve un sueño.

En el sueño había una carretera, una carretera peligrosa, llena de asechanzas. Era una carretera polvorienta, sin asfaltar y con unas rodadas muy, muy profundas. Muchos habían perdido la vida o habían caído heridos en ella en diferentes momentos. Esto lo sabía en el sueño: estaba escrito de algún modo en su superficie. Iba caminando por esa carretera, y llevaba el corazón roto, pero no tenía miedo. Tal vez fuera la carretera de nuestros refugiados. Esto lo pienso ahora, porque en los

sueños suceden estas cosas, pero cuando estaba en el sueño no lo pensaba. Solo caminaba, y en un momento determinado apareció a mi derecha una formación rocosa, alta como la pared de una habitación. Me detuve y, no sin cierta dificultad, la escalé. ¿Y qué vi desde allí arriba? No sé qué palabras usar. Las palabras nunca vienen en tu ayuda. Pero entre las palabras inútiles verás lo que vi. Varios montones de ciruelas, pilas, rimeros, cargamentos de ciruelas azules cubiertas de escarcha. Y dos cosas me sorprendieron, amor mío. En primer lugar, su tamaño: con cada uno de los montones se podría haber llenado un tren de mercancías de cuarenta vagones. No eran muy altos, pero sí muy anchos y muy largos. Y en segundo lugar, me sorprendió su color. Pese a la escarcha, el azul de las ciruelas era incandescente, radiante. No te equivoques: ningún cielo tiene ese azul; era el azul de las pequeñas ciruelas maduras. Y su azul es lo que quiero hacerte llegar esta noche a la celda, mientras escribo a oscuras.

A'ida

Precio del oro: más de setecientos dólares la onza.

Habibi:

Las primeras luces de un nuevo día han iniciado su ascenso irrevocable. El día empieza sin vacilar; se ha tomado una decisión. No la han tomado ellos, los de los helicópteros, ni tampoco nosotros. Quizás algún día llegue a estar más claro quién decide qué.

Por allá, hacia la izquierda, por el Este, la primera luz que humedece el horizonte tiene el color de la leche diluida, cuatro partes de agua y una de leche desnatada.

Hay momentos en los que creo que ya he vivido mucho y solo me quedan unos meses más de vida; en otros momentos, me siento como si tuviera once años y me quedara casi todo por descubrir.

Hemos dormido aquí ocho: dos niños, tres mujeres, dos hombres y yo misma. Los niños ya están despiertos. Tienen menos razones que los adultos para dormir, menos cosas que no quieren volver a ver.

Hay momentos en los que reacciono como una madre, al instante y por instinto; saco entonces toda mi astucia para proteger, sin reparar en los argumentos, en contra o a favor.

Y en otros momentos, guapo mío, estoy dispuesta a ofrecer lo que tú llamas mi «hombría», y a morir luchando por esa perra justicia que desapareció hace tiempo sin decir palabra.

Debajo del abrigo, doblado para hacerme de almohada, el móvil pitó dos veces. Un mensaje de texto en la pantallita, más luminoso que el cielo: Nuestras cabezas nunca se bajarán lo bastante para comernos su mierda.

Tuya,
A'ida

Posdata. Me reí mucho con la carta en la que me contabas lo de los burros.

De camino a la farmacia vi a un desconocido sentado en la cuneta de la rotonda, junto a la morera que hay al bajar la cuesta. A su lado había una bicicleta con la rueda delantera torcida. Tendría tu edad, pero no se parecía en nada a ti.

No hay otro hombre igual que tú. Todo está hecho con la misma materia, y cada cual está construido de manera diferente.

No se sabía si se había caído de la bicicleta o si se la habían robado y acababa de encontrarla. Por su forma de tocarla, sin embargo, sí se sabía que era suya. Tenía desgarrada una pernera del pantalón, lo que sugería una caída. Pero al mismo tiempo, toda su ropa estaba muy raída, y las sandalias, rotas y gastadas. Podría haberse caído, o le podrían haber robado la bici mientras dormía y haber sido el ladrón el que se cayera.

Cuando pasas mucho tiempo sola, como lo paso yo, empiezas a elucubrar sobre tonterías como estas. Si hubieras estado a mi lado, no le habría dedicado ni un segundo. No le pregunté qué le había pasado porque parecía ensimismado pensando en qué hacer a continuación. Los codos sobre las rodillas, la barbilla entre las manos, y la puntera de la sandalia izquierda buscando cobijo bajo el puente del pie derecho: estaba a punto de tomar una decisión. En esos momentos, muchos hombres adoptáis una expresión peculiar. Es como si desearais desaparecer, como si estuvierais a punto de disolveros en el cielo. Un martirio minúsculo. En las mujeres es distinto. Nosotras tomamos la mayoría de las decisiones con las posaderas bien asentadas.

Y yo acabo de tomar una. ¿Por qué no nos casamos? ¡Tú me lo pides! Y yo digo: ¡sí! Entonces se lo preguntamos a ellos. Si nos dan permiso, te visitaré para la boda y luego una vez a la semana en la sala del *vis-à-vis* para siempre jamás.

Todas las noches te reconstruyo, hueso a hueso. Delicadamente.

Tu A'ida

Bolivia. Casi cinco millones de hectáreas de tierra entregadas a jornaleros sin tierra. Otros 142 millones de hectáreas serán distribuidas, si el plan se lleva a efecto, entre dos millones y medio de personas. Un cuarto de la población. Esta noche, Evo Morales, estás con nosotros. Ven, siéntate en mi celda; mide dos metros y medio por tres.

Kanadim, mi ala:

Veo mucho a Soko últimamente. Su sobrino ha desaparecido sin dejar rastro. Su cuñada se está muriendo en el hospital. A su marido se le ha averiado el taxi, y no trae dinero a casa, y a ella le lleva más tiempo ahora hacer sus encargos de costura. Tampoco puede aceptar más, porque le ha empezado a fallar la vista: la tienen que operar de una catarata, pero nunca tendrá una situación económica que le permita pagarla. Sin dinero, no hay nada, dice, nada de nada.

Todas las noches se lamenta —y bien sabe Dios que tiene buenas razones para hacerlo—, y en sus lamentos nocturnos todas sus desgracias son iguales, de modo que puede tejerlas juntas, como hebras de una misma plegaria en la que le ruega a Dios que perdone sus pecados y tenga piedad de ella, amén.

Y esta noche, mientras la oía lamentarse, pensé: ¡ojalá fueras tú quien la escuchara, y no yo! Le enseñarías a separar sus quejas y a examinarlas una por una, para decidir luego lo que se puede cambiar y lo que no.

Separar las cosas y volver a juntarlas, pienso en la radio de tu padre. Su foto sigue estando donde la pusimos, en la segunda balda de la estantería. Los dos tenéis la misma frente ancha. Pero la suya estaba más curtida por el viento.

Era un día de feria especial, y no había colegio. ¿Cuántos años tenías? Diez, me parece. Tengo que preguntárselo a tu madre. Tu padre se fue con unos amigos a echar un vistazo al ganado. Y tú, cuando te viste solo, cogiste la radio de tu padre y la desmontaste, pieza a pieza, y las fuiste dejando en la alfombra. Tu madre puso el grito en el cielo; cruzaba las manos y las agitaba en el aire. Cuando volvió, tu padre se enfadó y no dejaba de repetir a voces: Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué? ¡Si la radio funcionaba bien! ¿Por qué? Para volver a montarla, musitaste tú, y tu padre bajó el brazo. Te doy dos horas, solo dos horas. Y hacia medianoche, te estaba alcanzando las últimas piezas, conforme tú se las ibas pidiendo. A la mañana siguiente escuchasteis las noticias juntos, él y tú.

La noticia de aquel día, siempre insistes, era el asesinato de Ben Barka, en París, unos días antes de la conferencia de La Habana. Y lo dices de una manera que siempre me hace pensar en un aterrizaje de emergencia. Puede que al día siguiente no hubiera ninguna noticia memorable. La verdadera noticia era que podías desmontar una radio y volverla a montar.

Contigo, Soko examinaría sus desgracias una a una. Y entre una y otra, esbozaría una sonrisa triste que sería cada vez menos triste.

Ahora te echo de menos...

Tuya, A'ida

«No, no queremos alcanzar a nadie. Lo que queremos es ir siempre hacia delante, día y noche, en la compañía del Hombre, de todos los hombres. No debemos estirar la caravana, pues si lo hiciéramos, cada fila apenas verá a quienes la precedieron; y los hombres que ya no se reconocen se reúnen cada vez menos y se hablan cada vez menos».

Me aprendí de memoria esta advertencia, pero no sé de dónde procede. Le pregunté a Durito, y me dijo que creía que era de Fanon.

Mi guapo, mi soplete^[*], mi kanadim, Ya Nour:

El otro día Andrea me preguntó cómo nos conocimos tú y yo. Y se lo conté. Y ahora quiero contártelo a ti. Pero si quieres, podemos cambiarlo. El pasado es la única cosa de la que no somos prisioneros. Podemos hacer con el pasado lo que nos dé la gana. Lo que no podemos hacer es cambiar sus consecuencias. ¿Y si construimos el pasado juntos? ¿Cuántos años hace? Era verano, en cualquier caso, y hacía mucho calor; tú estabas reparando un camión. Había otros vehículos allí, muchos sin ruedas, calzados con pedruscos. Era en un barranco, al oeste de Sennacherib. Había una caseta de bloques de hormigón con unos ventanucos diminutos que en algún momento debió de alojar a una familia. La utilizabas para guardar la herramienta. Tenía un par de bancos dentro, y también una cama con una vieja alfombra a los pies. Así que puede que a veces durmieras allí. Fuera había un tilo que daba algo de sombra.

Me habían encargado que te entregara una batería. Me acuerdo de lo que pesaba y de lo sucia que estaba, así que cuando me bajé del coche, la cogí por el borde, apartándola de mí para que no me manchara las mangas.

Déjala en el suelo, me gritaste en cuanto me viste.

Estabas soldando algo. Llevabas un delantal de cuero sobre unos pantalones cortos. El torso desnudo. Una oscura máscara metálica te tapaba la cara.

Cuando te la apartaste, un parche negro te cubría el ojo derecho, y en la cara se te notaba que te dolía.

¿Qué te ha pasado en el ojo?, te pregunté.

Está inflamado, y tuve que ir al hospital. A veces pasa con esto, me contestaste, alzando el soplete.

Llevabas unas botas fuertes, sin calcetines, y los cordones desatados.

¿De dónde eres?, me preguntaste.

Te lo conté y te expliqué que el hombre de la gasolinera, viendo que iba a tomar una carretera que no toma nadie, me preguntó si podía llevarte la batería.

Me miraste de arriba abajo y susurraste: gracias.

¿Cuánto tiempo tienes que llevar el parche?, te pregunté.

¡Hasta que encuentre oro!, dijiste.

Luego, viniste hacia mí, sonriendo, y te lo quitaste.

¿Conforme con esta versión?

A'ida

Deslocalización. No solo quiere decir trasladar la producción y los servicios a zonas en donde la mano de obra es más barata, sino que también se refiere al plan de destruir el estatus de todos los lugares que antes se consideraban permanentes, de tal modo que el mundo entero se convierta en un No Lugar y en un único mercado líquido.

Este No Lugar no tiene nada que ver con el desierto. Los desiertos tienen unos contornos más definidos que las montañas. El desierto no perdona. Volando muy, muy bajo sobre Haserof, retenido el tren de aterrizaje, las puntas de dos aspas de la hélice se combaron. Solo al aterrizar en Faz me di cuenta. Todavía estaba aprendiendo.

Esta cárcel no es un No Lugar.

Sucede que, cuando no te estoy estrechando entre mis piernas, pienso en ti como si fueras el héroe de una historia que oí una vez. No me he inventado la historia, sino que la oí una vez en un autobús, un momento antes de que nos ordenaran bajar. Aunque viviera cien vidas, no podría inventarte.

En la historia, tú estás mirando una pintada que acabas de hacer en la parte más alta de un muro ciego, cerca del aeropuerto, y sonríes, estás orgulloso: como si las palabras pintadas fueran una cometa que has lanzado y ha subido muy alta. Y como eres un niño, estás completamente despreocupado y no los ves acercarse. Así que todavía sonríes, lleno de orgullo, cuando te agarran y te meten por la fuerza en el vehículo militar. Luego cubrieron la pintada, y una anciana comentó: Los han pintado de blanco, como si no hubiera pasado nada, pero los muros siguen gritando bajo la capa de pintura.

Y en la cárcel, esa primera vez, conociste a Alexis. Lo vi la semana pasada. Sigue teniendo la misma verruga junto a la nariz, en el lado izquierdo. (Bastarían unas aplicaciones diarias de ácido salicílico — $C_7H_6O_3$ — para quitársela, con cuidado de que no toque la piel de alrededor). Todavía tartamudea cuando se entusiasma. Jugamos una o dos manos.

Los amigos que se hacen en la cárcel son distintos del resto, ¿a que sí? Bromean más. Se sacan un chiste del bolsillo, le dan un bocado y luego lo ofrecen a los presentes. Y llegan de una forma distinta. Aunque hayan viajado cientos de kilómetros, llegan sin avisar y no dan explicaciones. Y saben con certeza que serán bien recibidos.

Y también tienen una manera propia de decidir cuándo van a decirte algo serio. Siempre cuando menos te lo esperas: al montarte en el asiento trasero de un coche, el delantero inclinado hacia delante; o cuando estás recogiendo la mesa después de una comida. Y son muy escrupulosos con respecto a las señales. Por pequeño que sea el mensaje, ellos siempre te devuelven un rápido recibí con los ojos. Nunca tienen la mirada en blanco.

Te estoy mirando a los ojos, y no soy tu amiga, soy tu mujer. Y quiero decirte algo.

Lo efímero no es lo opuesto a lo eterno. Lo opuesto a lo eterno es lo olvidado. Hay quienes viven pensando que lo olvidado y lo eterno son la misma cosa. Se equivocan.

Otros dicen que lo eterno nos necesita; y esos están en lo cierto. Lo eterno te necesita a ti, en tu celda, y a mí aquí, escribiéndote y enviándote pistachos y chocolate.

Dime cómo tienes el pie. Necesito saberlo.

Tu A'ida

Por buenas que sean, las leyes son invariablemente torpes. Por eso se debe poner en tela de juicio o impugnar su aplicación. Y hacerlo, la práctica constante de hacerlo, corrige su torpeza y contribuye a la justicia.

Hay leyes malas que legalizan la injusticia. Esas leyes no son torpes, pues cuando se aplican imponen exactamente aquello que se pretendía hacer respetar al establecerlas. Y estas hay que ignorarlas o desacatarlas; hay que oponerles resistencia. Pero, claro está, compañeros^[], nuestra resistencia es torpe.*

Mi soplete:

Solo con mirarlo sabes que el pan todavía quema. Esta tarde, a las seis, unos veinte hombres esperaban a la puerta de la panadería, un poco más abajo de la farmacia. Siempre me dejan colarme si voy con la bata blanca. A veces esperan hasta un cuarto de hora, mientras el panadero lo va sacando del horno. Me parece ahora que tú nunca tuviste tiempo para hacer esto. El panadero no se fija en ellos, solo está atento al pan y a las brasas al fondo de la ardiente bóveda blanca. Y los hombres esperan, atentos, como si estuvieran presenciando un concurso. También quiero decirte algo más.

Qué grande es la diferencia entre la esperanza y la expectación. Al principio creía que tenía que ver con el tiempo, que la esperanza era aguardar algo más lejano. Me equivocaba. La expectación pertenece al cuerpo, mientras que la esperanza es del alma. Esa es la diferencia. Las dos conversan, se animan o se consuelan, pero sueñan cosas distintas. Y he aprendido algo más. La expectación del cuerpo puede durar tanto como cualquier esperanza. Como la del mío, pensando en el tuyo. Expectante.

En cuanto te condenaron a dos cadenas perpetuas, dejé de creer en su tiempo.

A.

Posdata. ¿Recibiste los rábanos que te envié con un mensajero?

El maestro (a quien uno de los guardias le rompió el otro día las gafas) nos citó esto: «Entre las cosas más bonitas que ya no vemos están la luz del sol, las estrellas rutilantes en una noche oscura, la luna llena y las frutas del verano: las peras, las manzanas, los pepinos maduros». Escrito ayer mismo, como si dijéramos, añadió el maestro, hace tan solo dos mil quinientos años.

Estoy sentada en la cornisa de la azotea, donde nos solíamos sentar juntos las noches de mucho calor. Creo que podrías caminar con los ojos cerrados por estas azoteas. Tan bien las conoces. Dices en tu última carta que desde hace una semana se te hacen muy largas las tardes porque te obligan a volver a la celda tres horas antes del encierro de la noche, como castigo por una arenga que soltaste.

Estoy segura de que cuando te informaron del castigo que te habían impuesto no pudieron leer nada en tu cara. Me encanta tu reserva. Es igual que tu franqueza. Acaban de pasar dos F16 en vuelo rasante. Como no pueden romper nuestros secretos, intentan rompernos el tímpano. Me encanta tu reserva. Te voy a contar lo que veo.

Alféizares abarrotados de cosas, ropa tendida, antenas parabólicas, unas sillas apoyadas contra una chimenea, dos jaulas, una docena de terracitas improvisadas con innumerables macetas y sus platillos de comida para los gatos. Si me pongo de pie me llega el aroma de la hierbabuena y la molokhiyya. Cables, del tendido eléctrico y del teléfono, que se curvan en todas las direcciones y con cada mes que pasa están más combados. Eduardo sigue subiéndose los tres pisos con la bicicleta para dejarla candada en uno de los cables, junto a su chimenea. Han llegado vecinos nuevos, gente que no conoces. Te envió un par para que te hagan compañía. Cuando se vayan ellos, llegaré yo.

Ved se acuesta temprano porque se levanta a las dos de la madrugada para ir a trabajar. Lo ha elegido él así: trabaja solo. Se dedica a fundir los metales de desecho que recoge por la calle. Tiene cincuenta y nueve años. Lo sé porque se lo pregunté un día. Parece más joven. Es de Sada. Su padre era pescador.

Por eso tengo los ojos verdes, dice. Llegó hace tres años.

Nunca ha contado nada de por qué se vino a vivir aquí ni de su vida anterior. Es una larga historia, dice.

Pero podría contar una parte.

No tendría sentido.

¿Tiene hijos?

Cinco.

¿Dónde están?

Tres chicos y dos chicas.

¿Hace mucho tiempo que no los ve?

Viven lejos. Hace años que no los veo.

¿Le escriben?

No sé leer.

Alguien podría...

No, no escribirían a otra persona.

Pero entonces le escribirán a usted.

No, porque saben que no sé leer.

¿Y no le gustaría tener noticias suyas?

Todos los domingos me telefonea uno de ellos; lo hacen por turno, así que hablo con cada uno de ellos cada cinco semanas. Me compraron un teléfono móvil.

¿Y dónde dice que están?

Lejos y aquí cerca... Se lleva una mano al corazón. Cada uno está en un sitio diferente, pero todos están reunidos aquí. Mueve los dedos de la mano que tiene sobre el pecho.

No le pregunté por su esposa porque vi que llevaba dos alianzas; es viudo.

Es extraño qué cosas nos inspiran confianza. Apenas lo conozco —y Ved no es una persona dada a las confidencias—, pero me fiaría completamente de él. Es una cualidad física, algo que tiene que ver con la manera en que su cuerpo escucha lo que dice, como si Ved encontrara algo dentro de él y lo sacara convertido en palabras.

Una noche que volvía tarde a casa —venía de jugar a las cartas; habíamos hecho cuatro canastas negras—, me encontré con Ved saliendo de la suya para ir a trabajar. Me paro a saludarlo. Y en ese momento veo un zorrillo en la esquina de la calle, esperando. Señalo en silencio hacia allí, y sonrío. Ved se da cuenta y se vuelve despacio. Entonces se cruza de brazos. Me está esperando, dice, muchas veces vamos juntos hasta la muralla, y allí cada uno sigue su camino: yo, a mi taller, y él, al vertedero. Por la noche hay otra vida. Me he fijado en que muchas noches se queda trabajando hasta tarde porque he visto que había luz en su farmacia; no hablamos de ello, pero nos fijamos. Hay otra vida, muy distinta. Muy distinta, y los que trabajan por la noche llegan a apreciarla y también a las otras personas que trabajan de noche. El tiempo es mucho más amable por la noche; por la noche no hay nada a lo que tengas que aguardar, nada se queda anticuado.

Se vuelve a mirar la esquina, sonrío y me hace una pequeña inclinación de cabeza.

Que descanse, Signora A'ida, que descanse, que se pasa usted el día viendo enfermos.

Sabrás que es Ved, mi guapo, porque es muy alto; mide dos metros. Y cojea un poco. Puedes hablar con él de las noches.

Y ahora paso a tu segunda visita. Está en la ventana, desgranando frijoles. A unos seis metros. Muchas veces charlamos. Esta tarde se ha dado cuenta de que estoy escribiendo. Cuando me ven escribir, el bloc de papel sobre las rodillas, todos saben que te estoy escribiendo a ti. Hace unas horas, Ama estaba rezando. No reza todos los días. Reza fervientemente cuando se ha ido de la lengua y ha delatado a alguien; espera que sus oraciones le aseguren que podrá seguir hablándose con todo el mundo. ¿Ingenua? En realidad no. Ama vive el momento y obliga a quien esté con ella a hacer lo mismo. Como si compartiera el último mendrugo. Vende cigarrillos en la

estación de autobuses, cigarrillos que primero ha robado. Su cuarto es apenas más grande que tu celda. No tiene agua arriba y ha de bajar a buscarla al patio. Sube las escaleras con una jarra en la cabeza, igual que cuando le pagaron por posar así para una postal.

Sonríe a todo el mundo, pero solo sonríe su boca, nunca los ojos. Y mantiene a los hombres a raya con un solo movimiento de sus omóplatos.

Cuando charlamos de ventana a ventana o cuando subimos a la azotea a ver la puesta de sol, deja de sonreír, en los labios se le pone una mueca de tristeza y me agarra de la mano.

Ama te contará la historia de su muerte. La encontraron a punto de ahogarse en el mar. Tenía la sensación de que me estaban sorbiendo, de que me bebían a traguitos. Me deslizaba por el gáznate de quien me bebía y era agradable, gratificante, muy agradable, porque sabía que sabía dulce.

Ama tiene diecinueve años.

Cuando tengo una carta tuya entre las manos, lo primero que siento es tu calor. La misma calidez de tu voz cuando cantas. Me dan ganas de apretarme contra ella, pero no lo hago, porque, si espero, ese calor me envolverá. Después, cuando vuelvo a leerla, envuelta en tu calor, las palabras que has escrito pertenecen ya a un pasado remoto, y así las miramos juntos desde lejos. Y estamos en el futuro. No aquel del que apenas sabemos nada. Estamos en un futuro que ya ha comenzado. Estamos en un futuro que tiene nuestros nombres. Dame la mano. Beso las cicatrices que entrecruzan tu muñeca.

Tu A'ida

No pueden predecir lo que nos proponemos hacer a continuación. Por eso se ponen nerviosos. No pueden atravesar la zona de silencio en la que nos han encerrado. Una zona que por su lado limita con el jaleo distante de sus falsas acusaciones, y por el nuestro, con nuestras silenciosas intenciones finales.

Ya Nour:

Fue barbero, y sabe escuchar. Gassan vive en el barrio del Culo del Viento. Tiene una casita que se construyó él mismo de joven, hace treinta años. Le llevó cinco años terminarla, trabajando los fines de semana y las largas tardes de verano. Alrededor hay otras casas en ruinas. Es una zona muy fría en invierno, pero eso hace siglos que es así. El año pasado Gassan perdió a su mujer. Y lo único que le queda ahora es su pasión por las flores.

La semana pasada vino a la farmacia. Tiene esa forma de andar cautelosa que desarrollan a veces los hombres mayores, pero casi nunca las mujeres. Como si estuvieran transportando una palangana llena de agua y no quisieran derramar ni una gota. Ahora que lo pienso podría estar relacionado con algún problema de próstata. Venía con una receta de Magnurol, que es un específico de la terazosina. Después de explicarle cómo tenía que tomarlo, me invitó a ir un día a su casa a ver las flores. Y esta mañana estaba por la zona y me pasé. Me enseñó sus lirios. De color cobre, con manchas negras en el interior de los pétalos, como si estuvieran escritos. Siempre la misma frase. Bajé la vista, en un gesto de admiración, y me ofreció uno. Luego recitó algo así: Mi esposa, que no tardará en irse, está dentro hablando con los dioses, y la Separación, como un mono malo, ya ha empezado a columpiarse en la ventana...

No respondí, pues él mismo estaba respondiendo a algo que había observado. Estaba comparando su sentimiento de pérdida con el mío. Y yo, yo estaba comparando su casa habitada con las casas en ruinas de alrededor. Todas eran más o menos del mismo tamaño: dos habitaciones, un suelo, trece esquinas, mil y un secretos. Ahora las ruinas parecen más pequeñas. Se oía una radio dentro de la casa: la voz de una cantante. Cesaria Evora. Las ruinas, por el contrario, estaban en completo silencio. Era como si la voz de Evora las sorteara meticulosamente.

Me invitó a un café y entramos. Entonces apagó la radio. Hay momentos, dijo, entre sorbo y sorbo de café, en los que no está muerta. Esos momentos se multiplican conforme avanza el día. Pero todos los días comienzan con su ausencia.

Para mí no es así; el día no comienza con tu ausencia. Comienza con la decisión que tomamos juntos de hacer lo que estamos haciendo.

Recuerdo la primera vez que te observé examinando una máquina que no funcionaba y tratando de ver la manera de arreglarla. Era la impresora de un ordenador. ¿Recuerdas lo que teníamos que imprimir? Fue hace mucho tiempo.

Llevabas una camisa blanca de mangas anchas, que te habías remangado hasta las axilas. Estábamos en un sótano, detrás del mercado de Abades. El vello de tus brazos era muy rizado, cada pelo semejante a un ocho. Habías levantado la cubierta de la impresora y estudiabas las conexiones.

En la calle mayor de Abades dos jeeps hacían una redada. Pasabas metódicamente, centímetro a centímetro, de una conexión a otra. En la mano izquierda tenías un destornillador eléctrico, pequeño como un pajarito, un chochín, por ejemplo, pero con varios picos. De vez en cuando dabas un golpecito. Me di cuenta —porque era visible en tus hombros— de que no estabas solo siguiendo los cables, sino que estabas reconstruyendo el proceso mediante el cual unos hombres habían concebido primero y construido después aquella máquina.

Se oyeron disparos en la calle mayor.

A ver así, susurraste. Y de pronto comprendí que en las máquinas que fabrican los hombres hay unos circuitos de ingenio que se pueden compartir, que unas mentes comparten con otras. Igual que se comparte la poesía. Lo vi en el dorso de tus manos.

Ninguna palabra me ha tranquilizado tanto como lo hicieron tus manos en ese momento. Oímos las órdenes que voceaban por el megáfono abajo en la calle. Alzaste la vista y me miraste, asentiste y entonces me hiciste un guiño con uno de tus ojos doloridos.

A.

Panegoosho, la poeta inuit, pasó a verme y se puso a hablar de la gente que conoció de niña. «Ni siquiera trataban de ser hermosos, solo verdaderos, pero la belleza estaba ahí: era la costumbre».

Ya Nour:

Fue el miércoles pasado, al otro lado del mundo. Llegaron al final del día, en ese momento en el que, terminada la jornada, la gente se dice: ahora podré descansar, se acabaron las prisas, los agobios.

Llegaron a registrar, a interrogar, a atemorizar. Demasiados para que pudiéramos contarlos. Todos armados con fusiles y granadas. Me sentí muy vieja, todavía recordaba aquellos tiempos en que los soldados eran guerreros, cuando las madres, por preocupadas que estuvieran, se sentían orgullosas de sus hijos soldados.

¡Todos ahí! ¡Moveos, cerdos asquerosos! ¡Más rápido! ¿A qué estáis esperando?

Obedeciendo las órdenes, observando, me sentí muy cerca de ti. Nos dividieron en grupos: hombres y mujeres, viejos (menos peligrosos) y peligrosos. Yo todavía estaba entre los peligrosos, me complace decirte. Cada grupo fue conducido a un rincón. Algunos de los viejos preguntaron si podían sentarse. Cuando se les diga, ni un momento antes.

De un extremo al otro del mundo, soldados con uniforme, armados hasta los dientes, soldados que obedecen órdenes, operan contra civiles desarmados, apresados, aislados temporalmente y rodeados. Esta es la nueva profesión militar. Siempre ha sucedido, lo sé. Pero antes no era algo sistemático.

Han convertido a los soldados en hijos de puta. Y esta vieja que soy, tu vieja, recuerda a Esquilo.

Cada cual sabe bien a quienes despidiera; mas en vez de guerreros, lo que al hogar regresa son urnas y cenizas...

Todos vierten sus lágrimas mientras hacen el elogio de sus propios guerreros. De uno dícese que era «sabedor de batallas», de otro que «cayó dignamente en la refriega»...

Las antiguas órdenes militares de Avance y Retirada o de Cubrir la retaguardia se han hecho obsoletas porque no hay frente ni ejército contrario.

Nadie dirá que uno de estos cabrones murió dignamente.

Si muere uno de ellos, sus allegados llorarán su muerte, pero callarán las circunstancias de la misma.

La única palabra que contaba el miércoles era la que salía de la boca de un fusil, dirigida a alguien de rodillas.

Mejor escoger nuestra hora que aceptar esto.

Nos conocemos. Nos conocemos desde la época de Cocodrilópolis.

[Carta no enviada]

Mi guapo:

El miércoles pasado llegó la gran Manda, la profesora de música. Apareció sin avisar. De pronto la vi entrar en la farmacia, radiante, agitando los brazos en el último momento, como una codorniz alzando el vuelo.

Cuando nos conocimos y nos hicimos amigas, me rescató de la desesperación de mi primera estancia en la cárcel; yo todavía no había cumplido dieciocho. Ya te lo he contado otras veces. Pero como acabo de verla, me apetece volver a contártelo. Al amor, cualquier tipo de amor, le encantan las repeticiones, porque desafían al tiempo. Como lo hacemos tú y yo.

En Lamasgao teníamos seis horas de trabajo obligatorio; cosíamos uniformes. Y en mi primera mañana en el taller, Manda se sentó en el asiento vacío que había a mi lado. La vi acercarse como un autobús que acabara de cruzar la sierra lleno hasta los topes; los pasajeros, que tras el largo viaje se conocían bien, bromeaban dentro de ella.

¡Parece que quisieras que todo fuera a peor! Esto fue lo primero que me dijo. Y yo asentí. Irá a peor si te lo propones, dijo, venga, un empujoncito más, sé que es difícil, pero tú puedes hacerlo, un empujoncito y estarás completamente hundida. ¡Ahí está! ¡Lo has conseguido!

Cuando Manda sonrío, parece que la lluvia corre a raudales por los profundos surcos de su cara, y en ese momento sonrió, la mano alta en el aire sosteniendo la gran aguja de costura, y la sonrisa le empapó la cara.

¿Cuándo es tu cumpleaños?, me preguntó a la mañana siguiente mientras cosía una charretera. Y se lo dije, porque quería subirme a su autobús. Había un sitio para mí.

No ha cambiado mucho. Su mata de pelo negro está teñida de negro y sigue moviéndola de la misma manera. Sus ojos oscuros todavía cambian drásticamente de tamaño dependiendo de lo que le estén contando. Lo único nuevo es que ha aprendido a tocar el laúd.

No estoy segura de los detalles. Nos quiere hacer creer que tocar el laúd le da acceso a un lugar en el que quiere estar. Una institución. Un comité. Un edificio, tal vez. Así que tomó lecciones.

El laúd no se parece a ningún otro instrumento, dice. En cuanto lo abrazas, el laúd se convierte en un hombre. ¡Un hombre es lo que tocas! Enseguida lo sientes. Tañes las cuerdas —siete, trece o veintiuna, al gusto de cada cual—, y tañes las cuerdas de su pecho, de su cuello, de sus hombros. La música del laúd es masculina, masculina. Recuerdas a todos los hombres que has tocado.

Con sus gruesos brazos imita los gestos de tocar el trombón, de llamar con la

trompeta, de esconder la armónica en la boca, de sonsacarle los sonidos al violonchelo. Hay un tipo de tortuga sin caparazón, continúa, a la que llaman laúd, porque es muy hermosa y tiene la misma forma que el instrumento musical. Pero ¿quién quiere tocar una tortuga cuando puede tocar a un hombre?

Con un laúd en las rodillas, tocas la primera melodía del mundo... de pronto se calla, y seguimos riendo y riendo hasta que para la risa.

Entonces se vuelve hacia mí con unos ojitos minúsculos y me susurra:

Dentro de seis meses, tú y Xavier estaréis juntos. No me preguntes dónde, no me preguntes cómo, lo único que sé es que estaréis juntos.

Se quedó tres noches —yo dormí en el diván—, y esta mañana salió hacia Mirar. Anoche invité a cenar a algunos amigos, y Manda contó historias y se puso a hablar sobre los nombres, los nombres de las personas.

Al principio, dijo, solo había dos nombres, nada más que dos, un nombre para las mujeres y un nombre para los hombres. Pero no tardaron en surgir otros que eran variantes, versiones, de los dos primeros. Con el paso del tiempo, los nombres que se daban a la gente de un lado al otro del mundo se hicieron más ingeniosos y más diversos, hasta que la mayoría dejaron de reconocerse. Sin embargo, a diferencia de otras palabras, por más extraños que nos suenen cuando los oímos pronunciar, los nombres propios poseen un sonido común. No es el sonido de las sílabas, no es el sonido de A'ida. Ni el de Karim. Ni el de Shasno. Ni el de Ybarra. El sonido es algo que envuelve al nombre.

Manda cerró los ojos y siguió hablando. El sonido procede de su velocidad, creo. Velocidad, ¿parece un nombre, no? Todos los nombres del mundo se precipitan a la velocidad de la luz para converger en su punto de origen, o, por el contrario, avanzan a la velocidad de la luz para desintegrarse en partículas más pequeñas que los fotones electromagnéticos... No estoy segura de cuál de las dos, pero no importa. Lo único que importa es que los nombres son diferentes del resto de las palabras. Por eso estoy aprendiendo a tocar el laúd.

¡Ay! ¡La profesora de música!

De mi nombre a tu nombre.

De A'ida para Xavier

«Después de casi doscientos años, podemos decir que Estados Unidos estaba destinado a poblar el mundo entero de pobreza en nombre de la libertad. Estados Unidos es la mayor amenaza que existe en el mundo».

CHÁVEZ, Moscú, 27/07/2006

Mi soplete:

Por la ventana, a lo lejos, más allá de la casa de Dimitri, veo un perro. Va caminando despacio y husmeando la tierra. Igual que yo, busca algo y no sabe qué. Digamos que está buscando una sorpresa, atentamente, poniendo los cinco sentidos. Y yo busco palabras para contarte cómo estoy contigo.

Una de las cosas extrañas y divertidas que una mujer puede ofrecer a un hombre es un tejado curvo. No te rías. Las pagodas son femeninas.

En cuanto una habitación es habitada por una mujer, su techo se curva. ¿No te has dado cuenta? Si la mujer es desdichada en esa habitación, el techo cae como una manga rota. Si está contenta, el techo se ondula y se ondula como las colinas de Galilea. Para conseguir el efecto no basta con que la mujer visite el cuarto; tiene que vivir en él. Es un fenómeno semejante a los fenómenos climáticos: tiene que durar meses.

Cuando dura meses, parece como si lo cruzaran y lo hincharan anticiclones y borrascas; como si la geometría se hubiera ido a jugar una partida de backgammon y nunca hubiera vuelto. Deja de haber ángulos rectos. Solo laderas.

Un hombre se tumba en el suelo de esa habitación, y el techo deja de estar sobre él para venir a su lado y acomodarse a su cuerpo. Túmbate en el catre. Te envío un techo curvo.

Voy en coche a Mirar, donde solíamos ir a comer el día de tu cumpleaños. Hice el mismo camino.

El sol está bajo. El sol es miope. No distingue los cambios. Los pliegues del terreno que caen desde la montaña son los mismos. El sol los conoce. La tierra está muy seca; hace dos meses que no llueve. En cuanto se allana el terreno, empiezan a verse viviendas y ranchitos. Y ahí, de una hora a otra, se producen pequeños cambios que el sol no percibe.

Las chozas^[*] están casi pegadas unas a otras y, abiertas las puertas, hablan de los afanes del día, de las últimas muertes, de quién se ha quedado embarazada o de dónde ir a buscar agua esta tarde. Mil hogares. Cada cual con sus secretos repentinos.

Te han encerrado donde estás para separarte de estos secretos. Así que te los envío mientras se pone el sol. Ellos no saben leerlos, tú y yo sí sabemos.

Tu A'ida

Posdata. Mira al techo.

Al enemigo no se le puede atacar directamente. De frente, el enemigo es impenetrable. De frente, al enemigo hay que declararlo vencedor. Para no dejar de serlo, el enemigo necesita nuevos enemigos frontales. No existen, así que se los inventa. A eso aguardamos nosotros para llevar a cabo innumerables ataques indirectos. Esta es la estrategia de la resistencia.

La otra noche atravesé la barriada del Culo del Viento hacia las dos de la madrugada. Iba a poner una inyección (2,5 g de ácido tranexámico) a una mujer que había tenido un aborto y perdía demasiada sangre (la carretera que va de Furik al hospital estaba cortada). La mujer, Miriam, estaba ya de cuatro meses, y el feto era un niño. La pobre estaba desolada, como una ciudad después de un bombardeo.

En el camino de vuelta me encontré a Ved, que estaba recogiendo chatarra con su carrito. Me empezó a hablar de las diferentes técnicas para extraer la miel de los panales. Ya se ha acabado la floración y es ahora la época de recoger las colmenas; por eso debió de sacar el tema. No hay un método perfecto, dijo, pero la perfección es siempre antipática. Lo que se hace querer es lo imperfecto.

Entonces alzó la vista y observó el cielo nocturno, y yo estudié su cara en el silencio que siguió a sus palabras. Tiene la edad que tendría mi padre si viviera. ¡Lo imperfecto!, repitió.

Cuando arranqué y seguí camino, pensé en las cicatrices que tienes justo encima de la muñeca derecha. Quemaduras. Imperfecciones. Fue el primer rasgo distintivo en el que me fijé. Qué expresión más rara, ¿no? Rasgo distintivo. Acuñada para los archivos policiales y los procedimientos de cacheo.

Los ojos solo tienen cuatro o cinco adjetivos oficiales: marrones, azules, negros y verdes. El color de tus ojos es Xavier.

En tu última carta me contabas que Jaime ha organizado un curso de matemáticas al que asistís trece internos. Espera un momento, porque quiero encontrar una cita que creo que escribí en un cuaderno de la época en que estudiaba farmacia en Tarsa.

Me ha llevado dos horas encontrarla, pero aquí está; tiene más de dos mil años.

Hay propiedades comunes a todas las cosas, y el conocimiento de ello abre la mente a las grandes maravillas de la naturaleza. La principal consta de las dos infinitudes que se pueden encontrar en todas las cosas, la grandeza infinita y la pequeñez infinita... Cuando se sabe esto, se comprende que habiendo la naturaleza grabado su imagen y la de su autor en todas las cosas, casi todas ellas tengan algo de su doble infinitud.

Veo las cicatrices de tu muñeca. Pienso en los años que pasan. De todas mis imperfecciones y fallos, ¿cuál te gusta en particular? Dímelo, dímelo despacio, dímelo en voz baja, para poder disfrutarlo juntos mientras dura esta larga noche.

Tu A'ida

Cassandra Wilson en la radio:

*«Yo lo único que quiero es verte
cuando se pone el sol.
Es lo único que quiero
verte cuando se pone el sol
Nada más quiero».*

Mi guapo:

Fui a ver a tu madre. Teniendo en cuenta las circunstancias, no está mal. Cuando entras en su casa, todavía tienes la sensación de que la besas directamente en la boca.

La cocina estaba impoluta; las contraventanas del dormitorio entornadas para mantenerlo fresco. Me pidió que le leyera una carta que le había escrito tu hermano desde Covas. De joven, dijo, no me importaba tanto ser analfabeta, porque la gente hablaba de las cosas importantes, pero hoy son muchas las cosas que suceden en silencio, y tienes que saber leer para enterarte de lo que se está decidiendo.

Le leí la carta en voz alta. Parece que a tu hermano no le va mal en Covas; está haciendo dinero y amigos. Pero probablemente diría lo mismo aunque no fuera así. Pasada una edad, muchos hombres tratan a sus madres como si fueran niñas pequeñas; y en eso se equivocan. Las madres, analfabetas o letradas, pueden con todo.

Tomamos té verde y hablamos de ti.

¿Ha adelgazado mucho?

No lo he visto, madre.

Está bien, seguro. Lo sabría si no, dice.

Se va al dormitorio. Oigo su respiración fatigosa. Vuelve a la cocina con algo envuelto en papel de seda color ciclamen. Me lo da para que lo desenvuelva, y así lo hago, lentamente. Es un anillo de lapislázuli. El lapislázuli pertenece al grupo de los silicatos. Si quieres, guapo mío, te digo su fórmula $(\text{Na}, \text{Ca})_8(\text{AlSiO}_4)_6(\text{SO}_4, \text{S}, \text{Cl})_2$.

¿Brillan más las piedras preciosas de las mujeres mayores que las joyas de otras mujeres? Puede que sí. Las joyas que llevaron de jóvenes retienen el brillo que ellas mismas tuvieron. Como los destellos de ciertas flores inmediatamente después de ponerse el sol.

En la cocina de tu madre, su lapislázuli azul oscuro brilla en la palma de mi mano.

Guárdemelo usted, le digo.

A Xavier le gustaría que te lo diera hoy, me anuncia.

Han postergado nuestro derecho a casarnos, le recuerdo.

Tomando la sortija, la introduce en el anular de mi mano izquierda. Yo hago un gesto con la mano, como si acariciara la cabeza de un perro.

Y tu madre contiene la respiración, recordando en la calma inmensa de su cuerpo que hace cincuenta años hizo el mismo gesto con el mismo anillo en la mano.

A.

¿Decir la verdad? Se tortura a las palabras hasta que ceden y se rinden a sus polos opuestos; cuando vuelven a sus celdas, Democracia, Libertad y Progreso son incoherentes. Y hay otras palabras, Imperialismo, Capitalismo y Esclavitud, que tienen negada la entrada, que son rechazadas en todos los puestos fronterizos, y cuya documentación, confiscada, es entregada a ciertos impostores, como Globalización, Mercado Libre y Orden Natural.

Solución: el lenguaje nocturno de los pobres. Con este se pueden contar y defender algunas verdades.

Mi león abatido:

Los dos sabemos que a los presos incomunicados no les está permitido enviar ni recibir correo, pero eso no me impide escribirte.

Algún día leerás esta carta, y cuando te vuelvan a meter en el agujero, quiero que recuerdes lo que digo, y así podrás volver a contarte la historia en los dos metros cuadrados donde nos encierran para intentar reducirnos a mierda.

Tenía veinticuatro años, y los dos estábamos en Faz. Era primavera. Hacía nueve meses que nos habíamos conocido.

Me desperté temprano, y tú me susurraste al oído —recuerdo que aquella noche dormimos en un cuarto a nivel de la calle y que al otro lado de la ventana había un arbusto de pasionaria—, me susurraste: Vamos a dar un paseo. Y añadiste: ¡Ponte unos vaqueros! Iba a protestar, pero no lo hice porque presentí que tenías un plan. Tu sonrisa me lo decía.

Hicimos café y lo tomamos despacio. Luego caminamos hacia el norte de la ciudad por una calle muy concurrida; los de los pueblos cercanos venían aquí al mercado en sus carros y furgonetas. En las afueras había una escuela, y debía de ser la hora del recreo, porque cientos de niños se arremolinaban en el patio. De pronto, vimos caer hacia nosotros un balón, chutado al aire a lo loco desde el otro lado de la calle, y tú corriste a alcanzarlo. Nos sonreímos. Oímos los silbidos de un grupo de chicos, y uno de ellos agitó la mano. Botaste el balón en la calzada varias veces y, de un chupinazo que lo lanzó muy por encima del tráfico, se lo devolviste. Los chicos vitorearon y volvieron a agitar los brazos. Pero no continuaron con su partido, sino que te lanzaron el balón de nuevo, con mejor puntería esta vez. Lo paraste con maestría, como antes, y, riendo, me lo tiraste. Más animación entre los chicos. Gritos de ¡Golero! ¡Golero!

Crucé la calle corriendo, el balón en las manos, y cuando llegué al borde del campo, donde pastaban dos cabras atadas, esperé, de cara a los chicos, a ver qué pasaba. Más vítores. Dos de los chicos empujaron a otro, que vino corriendo hasta mí, se echó de rodillas al suelo con mucho teatro —grandes risas de sus compañeros— y levantó los brazos para que le diera el balón. El balón era azul y blanco y estaba bastante viejo.

Cuando volví, me agarraste las manos y aplaudiste con ellas.

Caminamos como un kilómetro más y llegamos a un aeródromo. Dos hangares. Tres avionetas de hélice en la hierba. Y una pista de asfalto del tamaño de dos campos de fútbol. Entonces me percaté: ¡íbamos a volar!

Te doy mi versión. La tuya no será igual. Tú eras el piloto. Para mí todo sucedía por primera vez, como en una luna de miel.

Entramos en una pequeña oficina y hablaste con un amigo. Tomamos un té. Unos años antes los dos habíais volado juntos. A veces lo echo de menos, le dijiste.

Entonces te volviste hacia mí y me dijiste: Sácate todo lo que lleves en los bolsillos; no queremos que se caiga nada. Te di mi peine, las llaves y el dado con el que solíamos jugar cuando teníamos que hacer una cola interminable en algún sitio.

La próxima vez que te lo confisquen todo antes de encerrarte en el agujero, cuéntate la historia de nuestro vuelo en el CAP 10B. Escucha mi voz contándotelo, guapo mío. Y entonces nuestras dos versiones serán una.

Me ataste un paracaídas a la espalda. Colocar las correas del paracaídas a la altura adecuada de la espalda de tu amada, girarlas, cruzarlas y cerrar los pasadores no es, por extraño que parezca, tan distinto de desabrochar los botones o bajar la cremallera de lo que lleve puesto tu amada y quitárselo. Requiere un tipo de atención similar antes de pasar a los hechos.

No deben apretar alrededor del corazón, dijiste, porque el corazón necesita holgura, pero han de quedar bien sujetas entre las piernas. Comprendí lo de los pantalones.

No hay nada más fácil que abrirlo, pero espera a estar fuera del monoplano.

La palabra monoplano me hizo sonreír porque sonaba a instructor de vuelo y de pronto te imaginé, como no lo había hecho antes, de joven alumno.

Tira con la mano derecha de la anilla que tienes delante del hombro izquierdo, tira en diagonal a tu cuerpo, y el paracaídas se abrirá; no lo vamos a necesitar, pero es una tontería llevar uno a la espalda y no saber cómo se activa.

La palabra activa era semejante a la palabra monoplano. Te vi tomando apuntes, muy aplicado. No te preocupes, bromeé, te esperaré.

Te pusiste tu paracaídas, y caminamos juntos por el césped hasta el hangar. Dentro había un CAP 10B. Vamos a empujarlo, dijiste, y empujamos. Esperaba que fuera una avioneta pequeña, pero no tenía ni idea de lo ligera que sería. Un Apache pesa varias toneladas. Me di cuenta de que un CAP solo pesa treinta y cinco veces más que los paracaídas que llevábamos a la espalda. Esta ligereza asombrosa y la visión fugaz de ti de joven alumno hicieron que de pronto me sintiera frívola. Era lo único que importaba.

Súbete al ala, ángel, no, al alerón o, a esta ala, con los dos pies, agárrate a la manija, sobre el parabrisas, agáchate y métete en la cabina, el culo bien atrás en el asiento, no te sientes en el borde. Estaré contigo dentro de un momento. Fuiste a comprobar el nivel de la gasolina. Luego desapareciste bajo el morro, y supuse que estabas comprobando las ruedas del tren de aterrizaje. Te acercaste al extremo de las alas y moviste los alerones arriba y abajo, de modo que las dos palancas de la cabina se inclinaron a la izquierda, a la derecha, a la izquierda, a la derecha.

Lo hacías todo muy despacio, y viéndote, pensé en un jinete que levanta las cuatro patas de su montura para examinarle los cascos antes de emprender un largo viaje. Pero me conoces, sabes que soy una nulidad, vengo de lo más profundo del

bosque. Y de pronto me sorprendiste, porque diste unas palmaditas al fuselaje del CAP y lo rascaste, hundiendo las uñas en él, como si tuviera pelo.

Te encaramaste a mi lado y abrochaste nuestros arneses. Me explicaste que era una avioneta con doble mando, para instructores de vuelo. El alumno siempre se sienta a la izquierda, dijiste. Ahí estaba sentada yo. La cabina del CAP, amor mío, es más pequeña que el agujero donde te han metido.

Conectaste los auriculares, comprobaste la radio. Escuché tu voz. Ya no venía de ti, que estabas sentado a mi lado; la oía dentro de la cabeza. Di algo, me pediste, solo para comprobar, ¡di algo! No sabía que chutabas así de bien. Pura chiripa, dijiste dentro de mi cabeza.

Alzaste un brazo y bajaste el techo de cristal sobre nosotros. ¿Cuántos raptos a lomos de un caballo se han cantado a lo largo de la historia? Ninguno fue como este. Me explicaste para qué servían todos los indicadores. Revoluciones por minuto. Kilómetros por hora. Altímetro. Indicadores de giro y de nivel de inclinación. Brújula.

¿Pista libre? Era una pregunta ritual. Abajo, en la hierba, un hombre con auriculares alzó los pulgares en señal de pista libre. Comprobaste la barra del timón con los dos pies, balanceándolos igual que andan las ocas, y arrancaste el motor.

El ruido del motor llenó la cabina, y era parecido al ruido del mar, si no fuera por la vibración.

Me agarré a ti con todas mis fuerzas, no con los brazos, porque no era a tu cuerpo a lo que me aferraba, los dos estábamos erguidos en nuestros asientos, muy tranquilos, me agarré a tus intenciones, a lo que te proponías hacer. No podía saber lo que era porque no tenía ni idea de volar, pero la forma de tu deliberación me resultaba profundamente conocida y era inseparable de mi amor por ti.

Rodamos hasta el final de la pista. 1200 rpm 2000 rpm. Levantaste la mano izquierda de la palanca y me tocaste la rodilla, volviste a llevarla a la palanca, empujaste el acelerador con la derecha, se te subió la manga un poquito y te vi las cicatrices, y entonces la pista empezó a deslizarse hacia nosotros, por debajo de nosotros, muy despacio primero, hasta que cogió velocidad.

No me di cuenta de que despegábamos. Tú sí. En un momento dado, la pista se relajó y ya no la tocábamos. Estábamos a dos o cinco metros del suelo, no era capaz de calcular la altura. Solo registraba nuestra libertad, y los alerones, como me enseñaste a llamarlos, todavía no se habían plegado.

El aeródromo había quedado bastante atrás cuando subiste delicadamente la palanca un poco más, aceleraste a fondo, y el CAP se elevó, dejando todo muy abajo.

¿Verdad que no te da la sensación de que estás subiendo? Te da la sensación de que creces, es una sensación de crecimiento. Cuando se recuerda a alguien y ese alguien emerge del olvido, tal vez siente lo mismo que sentíamos nosotros en ese momento. Pasado un minuto nos nivelamos.

Ahora tomas tú el mando, me dijiste, apunta hacia esa nube que parece un gato,

sí, esa, apunta hacia el lomo y mantén la misma altura. Estamos a 1500 pies.

Miré abajo, por mi izquierda. Las casas, las vías, las calles del pueblo, las dunas, los árboles se distinguían claramente. De haber sabido sus nombres, podría haber ido nombrándolos. Pensé en el napalm y en la altura desde la que decidían lanzarlo cada vez.

Un poco más a tu derecha, dijo tu voz dentro de mi cabeza, y yo moví la palanca y nos ladeamos más de la cuenta. Te has olvidado del pie derecho, dijiste dentro de mi cabeza, riéndote.

No quiero aprender, quiero que me lleven, como a un presidente.

Vale, dijiste, y subimos otros 500 pies. Fuera del alcance de toda posibilidad de persuasión, solos.

Vamos a dar una voltereta lenta, dijiste dentro de mi cabeza, no cambiaremos de dirección, mantendremos la misma altura, pero giraremos 360 grados, exactamente como un tornillo. ¿Preparada?

Asentí. De momento todo siguió igual. Estabas esperando. Me encanta tu forma de esperar, me encanta cómo escoges el momento. Muy arriba, por encima de nosotros, pasó un avión a reacción en dirección Este y dejó una estela blanca, casi transparente contra el azul, muy distinta del blanco de las nubes, que parecía tan inalterable.

Dime si me equivoco, pero me parece que después de este vuelo conmigo sobre Faz no volviste a tener la posibilidad de volver a pilotar. De los últimos años tengo certeza, pero ¿y antes? Fue tu último vuelo y mi primero.

Cuando llegó el momento, decidiste. Yo te observaba. Llevaste la palanca hacia delante y firmemente hacia la izquierda. Casi de inmediato, pero no al instante —el tiempo de pasarme la lengua por los labios—, nos empezamos a inclinar y a inclinar hasta que mi ala se puso vertical, como un mástil. Después de esto ya no distinguí nada. La tierra y el cielo se plegaban y despleaban como la bandera colgada en el mástil, y el tiempo se desvaneció. ¿Verdad que cuando deja de existir la referencia del nivel del suelo, también deja de existir el tiempo?

Estábamos girando juntos, eso era lo único que sabía. Encapsulados y girando juntos.

No me di cuenta de cuánto duró nuestro tornillo: ¿segundos?, ¿un minuto?, ¿toda una vida?

El morro del CAP volvía a estar en paralelo con el horizonte, y tres dedos por debajo. Una anchura de tres dedos, me enseñaste, muestra que estamos volando más o menos nivelados. Te miré, sonreías. Puse una mano en tu rodilla. Y seguimos volando. No se oía más que el ruido del motor. Un motor pequeño con la potencia del de una moto de gran cilindrada.

¿Otra?, preguntó tu voz en mi cabeza. ¿Por qué no?, respondí.

Esta vez nos ladeamos hacia la izquierda, y mi ala descendió y descendió. Menos desprevenida que antes, sentí el interior de mi cuerpo, sentí cómo los órganos

empujaban y giraban. Estos órganos no eran como aparecen en los libros de anatomía, cada cual con una forma definida y un nombre concreto —hígado, útero, glándula suprarrenal, vejiga—, sino que habían perdido sus contornos, se mezclaban, se tocaban uno a otro. ¡Y todos eran yo!

Lo que desapareció esta vez fue la sensación de escala. Los órganos de mi cuerpo en acción, sentados a tu lado, se hicieron del tamaño de los bosques, de las colinas, del delta que veía abajo, a mi izquierda.

Concentrado en lo que estabas haciendo, tú mirabas al frente. Muy derecho. En ese momento pilotabas también mi cuerpo, soplete mío. ¡Y esto solo nos ocurrió una vez! Una vez solo. Días después me dijiste que había soltado un grito. ¿Qué tipo de grito? Parecido al de un pájaro en vuelo, respondiste, como el de una bisbita.

Volvimos a estar nivelados. El motor regularizado. El morro, tres dedos por debajo del horizonte. Cuando cambió el viento, las hélices se pusieron en bandera, otra expresión que me enseñaste. El sol al lado derecho.

Fernando está con nosotros ahora, anunciaste. Fernando fue quien me enseñó a pilotar un ULM hace nueve años. Lo mataron el año pasado. Pero está con nosotros ahora. Lo que admiraba en él era su capacidad para convencer a la gente de que fuera sincera consigo misma, pues cuando es así lleva la ventaja de la sorpresa. Una ventaja táctica incomparable en cualquier insurrección. Son las mentiras que nos contamos a nosotros mismos las que nos hacen repetitivos. Fernando lo comprendió.

2500 rpm.

¿Rizamos el rizo?

Asentí.

Arriba de todo voy a parar el motor, no te asustes. Solo es para que podamos oír el silencio.

Así que hicimos el rizo, y luego otros dos más.

Extendiste la mano derecha para darle máximo gas. Y tiraste desafiante de la palanca. Nos empinamos por completo, y supe que íbamos a subir en vertical. Ya no se veía la tierra por ningún lado; estaba detrás de nosotros.

Un peso, que de tan aplastante se parecía a ciertos destinos, nos apretó contra los paracaídas, y tu tarea era mantenerlo ahí el mayor tiempo posible. Entonces cambió el ruido del motor, el ruido de olas rompiendo contra los guijarros se hizo más y más tenue.

Eché la cabeza atrás y miré, y allí encontré el horizonte, detrás de mis orejas.

Avanzaba sobre nuestras dos cabezas como el dobladillo de una capa que nos estuvieran echando por encima. Suavemente, sin movimientos bruscos, hasta que lo tuvimos delante de nuestros ojos, tres dedos por debajo del morro de CAP.

El tiempo ya se había detenido para mí, pero no para ti: calculabas y observabas y ya habías parado el motor. En el silencio que siguió, la tierra estaba encima de nosotros y el cielo debajo.

Nuestros cuerpos dejaron de pesar. El mío, ingrávito, ya no terminaba en la piel,

sino que se extendía en el silencio hasta el otro extremo de todo lo que veía.

El silencio estaba cargado de distancia, como mi cuerpo, y, mientras que tú calculabas y seguías por el cielo la línea invisible del círculo que estábamos trazando, esta distancia se me hizo cercana, íntima.

Me acunó al tiempo que el CAP caía en picado, ganando velocidad, con el motor en marcha, y cayendo, cayendo hacia la tierra, que veíamos como una cortina delante de los cristales delanteros.

Años después, en la época en la que dormíamos cada noche en una habitación distinta para que no nos encontraran, me dijiste que en los rizos la tentación te asalta durante el último cuarto del círculo, cuando uno vuelve a elegir la vida y se nivela.

Y, sin embargo, soplete mío, esa elección ya estaba hecha, ya estaba profetizada en la distancia y la intimidad del silencio por el que nos pilotabas a los dos.

Tres veces rizamos el rizo y de cada una volvimos con un poco más de lo ilimitado.

Te digo esto en los dos metros cuadrados de tu agujero.

El jueves pasado, Andrea me preguntó si podía quedarme con Lily por la tarde. Ella tenía que ir a sellar unos documentos a la comisaría. Lily tiene cuatro años; solo la has visto en foto. Tiene una mata de rizos, y se ríe por todo. Nos llevamos muy bien, aunque las dos sabemos que ella prefiere a los hombres.

Atravesamos el mercado, porque en la cuesta que baja al río han puesto una feria para el fin de semana. Coches de choque, caballitos, una bolera, zancos, tiro al blanco, columpios. Inmediatamente vio lo que quería: montar en esos columpios que giran suspendidos a unas cadenas rotatorias. Cuanto más rápida va la maquinaria que hace girar las cadenas, más alto suben los columpios. Y no quería montarse sola, quería que me montara con ella.

Me senté en el asiento de madera y me abroché la correa que me mantendría sujeta al columpio, y luego hice lo mismo con la de Lily, que iba sentada en mi regazo. Comenzó la música, y empezamos a girar despacio. El resto de los columpios lo ocupaban niños; yo era la única adulta.

El que grite más, anunció el encargado al ocupar su lugar frente a los controles, en el centro del tiovivo, tiene la próxima vuelta gratis.

Al ganar velocidad, los columpios salían despedidos, colgados de las cadenas rotatorias, y teníamos que utilizar las piernas de eje para cambiar la dirección. La música se hizo más rápida, y nuestra velocidad aumentó con ella. Girando y girando y girando. Lily gritaba como un pájaro en vuelo.

Cuando la maquinaria se paró al fin y, poniendo un pie en el suelo, desabroché las correas de las dos, el encargado le dijo a Lily que había ganado otra vuelta. Lily cruzó los brazos en el pecho y dijo: ¡Esta vez yo sola!

Le até la correa y me aparté. Mientras los columpios se elevaban a lo más alto, conforme subía el volumen de la música y Lily gritaba, decidí, piloto mío, escribirte esta carta sobre aquel CAP 10B.

Tu A'ida

De soldador a soldador.

Un millón de trabajadores del gremio en el Tercer Mundo. Se dedican a desmantelar para chatarra los grandes aviones de transporte y los grandes buques de pasajeros del Primer Mundo. Una vez retirados del servicio y varados, después de haberles quitado toda la madera y todo el material aislante, abren el casco con sopletes de acetileno. Donde quedan restos de petróleo o de gasolina, la llama del soplete puede provocar explosiones. No llevan indumentaria de trabajo que les proteja, o si la llevan, es mínima. En la playa de Tossa se producen entre veinte y treinta accidentes diarios. Salario de uno de estos soldadores: un dólar al día.

Me desperté a las tres de la madrugada. Había una luz que parecía ceniza y volvía ceniciento todo lo que iluminaba. Me levanté, me vestí y, sin preguntarme por qué lo hacía, salí a la calle. Las farolas estaban apagadas. Me dirigí, por costumbre, hacia la farmacia. Vi un zorro y pensé en Ved. Las noches son más amables, decía. Pero esta no, me dije para mis adentros, esta lo convierte todo en basura.

Aligeré el paso; oía el sonido de mis pisadas y el del silencio que aguardaba para cubrirlas. Y pensé: las mujeres pueden compadecerse de los hombres, pueden consolarlos, pero el consuelo no dura mucho. Pensé en los hombres y en cómo les gusta felicitarse por sus victorias, aunque tengan que inventárselas. Esos aplausos recíprocos que se ofrecen no duran más, sin embargo, que nuestro breve consuelo.

Y entonces oí el traqueteo de un tren acercándose, y me asusté porque por aquí no pasa ningún ferrocarril. Un furgón tras otro. Cerré los ojos. No era un tren de pasajeros, sino uno de mercancías con muchos de nosotros colgados del techo de los vagones.

Con los ojos cerrados pensé: lo que permanece es el reconocimiento de las mujeres que ven como vencedores a los hombres que aman, pase lo que pase, y la consideración mutua de los hombres, una consideración que se deriva del hecho de que comparten la experiencia de la derrota. ¡Eso es lo que perdura!

El tren silbó, y el silbido me trajo a la memoria a mi abuelo, el de Tora. Se ganaba la vida limpiando trenes por la noche, y llamaba dormitorios a las vías muertas. ¡Ahí es donde duermen las máquinas!, me dijo cuando tenía yo cinco años.

Tu A'ida

Mi soplete:

En una esquina de la explanada, donde se amontonan los neumáticos usados, hay un rosal. Pegado al eucalipto. El rosal ha echado un brote que medirá unos cinco metros y ahora trepa por el tronco del árbol buscando la luz para florecer. ¡Cinco metros! ¡Ciento treinta espinas! Las conté. Para contarlas tuve que levantar el renuevo de vez en cuando, y me pinché en el brazo un par de veces. No sé por qué quería contarlas. Puede que porque quería hablarte de la determinación de la rosa. Ciento treinta espinas.

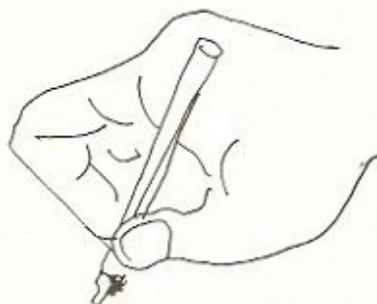
Tú y yo estamos entre dos generaciones. La primera la constituye la hermandad de quienes se hallaban muy próximos a nosotros y murieron o fueron asesinados. Muchos de ellos a una edad más temprana que la que tenemos ahora tú y yo. Nos esperan con los brazos abiertos.

La segunda es la hermandad de los jóvenes, para quienes somos un ejemplo. La vida que hemos elegido vivir los anima. Con los brazos abiertos, nos mandan que sigamos adelante...

Nos encontramos entre las dos. ¡Ojalá, guapo mío, estuviéramos el uno en los brazos del otro!

¿Es algo que hice hace mucho tiempo? ¿O es algo que quería hacer y todavía no he hecho? Igual da. El caso es que en algún momento pensé en poner mi mano en una carta, dibujar su contorno y enviártela. Un poco después de cuando fuera que lo pensara, me topé con un libro en el que enseñaban a dibujar manos y lo abrí y lo vi página a página. Decidí comprármelo. Se parecía a la historia de nuestra vida. Todas las historias son también historias de manos, manos que agarran, que sopesan, que señalan, que unen, que amasan, que enhebran, que acarician; manos abandonadas en el sueño, manos que cortan, que comen, que limpian, que tocan música, que rascan, que asen, que pelan, que se aferran, que aprietan un gatillo, que se cruzan. En cada página del libro hay un delicado dibujo de manos ejecutando una acción específica. Te voy a copiar una.

Te estoy escribiendo.



Y me miro las manos, que quieren tocarte, y me parecen obsoletas, porque hace

tanto que no te acarician.

Tu A'ida

FMI BM GATT OMC TLCAN ALCA: sus siglas amordazan el lenguaje, al igual que sus actos ahogan al mundo.

Ya Nour:

¿Cómo tienes el pie? No paro de preguntártelo. ¿Por qué no me lo dices?

Hay en China un árbol que se llama Ginkgo biloba. Comparado con otros árboles, es una especie primitiva. Los chinos lo llaman «el árbol de los cuarenta escudos». Me gustaría que los tuvieras todos. En medicina se emplea para estimular la circulación de la sangre, especialmente la de las piernas. Ginkgo biloba. Oigo tu voz profunda pronunciándolo.

Me contabas en tu última carta —llegó hace una semana— que le habían rapado la cabeza a una presa. Sé cómo debió de sentirse. Es como si te encadenaran de pies y manos, hasta que aprendes a soltarte. Te lleva como una semana. Pero el odio que sientes por las manos que lo hicieron dura para siempre.

Son las tres de la madrugada, y puede que tú tampoco duermas.

Se rompió una silla; tenía las patas desencajadas, el asiento flojo y algunos travesaños descolados y sueltos.

Estaba sentado Eduardo, que nos soltaba una perorata sobre los métodos de alfabetización, y de pronto las patas cedieron, y Eduardo dio con sus huesos en el suelo. Entre risas, recogimos los trozos y los dejamos en un rincón.

Y esta mañana, como no trabajaba, decidí arreglarla. Ya había comprado un tarro de cola. La cola de carpintero es pegajosa y blanca como el líquido que sueltan los tallos de diente de león. Coloqué la silla patas arriba y me senté en otra. Tenía un martillo, un destornillador y un trapo que era una manga o un trozo de manga de un viejo abrigo guateado que había sido de Olga. Tenía claro lo que había que hacer. Desencajé todas las piezas que pude. Di por supuesto que las que no salían estaban firmes. Entonces puse cola en todos los agujeros, en el extremo superior de las patas y en ambos extremos de los travesaños. Fui metiendo cada cual en su agujero y las martillé una a una, poniendo el trapo entre el martillo y la madera manchada de cola para protegerla de los golpes. Todas entraron y quedaron perfectamente encajadas. Di la vuelta a la silla y la miré. Y entonces sucedió algo extraño. Me eché a llorar. Lloré tanto que las lágrimas me cegaban.

Pasado no sé cuánto tiempo, fui al lavabo a quitarme la cola de las manos, y me lavé la cara.

Cuando volví, ahí estaba la silla: las patas bien rectas en el suelo, todas las piezas en su sitio y esperando a que le limpiara el exceso de cola con la manga del viejo abrigo de Olga. La limpié, le apreté tres tornillos y la puse junto a la ventana (la ventana por la que nos asomábamos a ver los gatos que andaban por la azotea). Esperaré dos días a que se seque la cola, me dije.

¿Qué me hizo llorar? ¿Que fuera tan fácil arreglar la silla, mientras que lo demás

es tan difícil? ¿O sería porque me di cuenta de que ya no dependía de ti para esas cosas? ¡De ti!

Son las cosas pequeñas las que nos asustan. Las cosas inmensas, aquellas que pueden matarnos, nos hacen valientes.

Tuya,
A'ida

Esta tarde estuve en el barrio de Junction y pasé por un café que solía frecuentar de joven. Sin pensarlo, entré. Había música. De acordeón. No lo estaban tocando en el café, sino en la cueva que hay debajo, a la que se accede por una escalera desde el mismo local.

El acordeonista estaba de pie y casi rozaba con la cabeza las vigas del techo. Había unas cuantas mesas ocupadas, y, en el centro, una pareja a punto de empezar a bailar, o, tal vez, de empezar su tercer o quinto baile. Ella no podía tener más de diecisiete años.

Se lanzó ella sola, los brazos ligeramente separados del cuerpo, esperando. No a su pareja, que la miraba desconcertado. No al acordeonista, que ya había empezado a tocar. No a otras parejas. Esperaba a que su fuerza interior la llevara. Esperaba a que emergiera esa fuerza. Tranquila, los talones un poco levantados, el rostro alerta, las muñecas giradas, con las palmas hacia arriba, como comprobando si ya había comenzado a llover. Cuando sintiera la primera gota, se movería.

¡Y empezó a llover! Trazó dos círculos, dando más de veinte pasos, y su pareja, que llevaba una cazadora de cuero y vaqueros, se unió a ella.

Era indeleble, como el color de un tinte. Y, sin embargo, no era ella la que tenía ese color; su deseo era de ese color. ¿Cuestión de edad? Sí y no. Todos los colores terminan perdiendo intensidad, pero espero que el mío siga siendo tan intenso como el de la chica.

¿Te acuerdas del taburete en el que me siento a peinarme frente al espejo? Debe de tener cincuenta años por lo menos, y la tapicería del asiento estaba muy pasada y descolorida. En el cañamazo quedaban restos, como si fueran manchas, de las guirnaldas y las frutas que en su día lo decoraban, pero los coloridos hilos de seda habían desaparecido. Así que decidí volver a tapizarlo y se lo llevé a Prem, un tapicero que tiene un tallercito detrás del mercadillo.

¿Me puedes tapizar un taburete?

Solo hago sofás y sillones.

Es un taburete pequeño y lo he traído conmigo.

Para algo tan chico, mejor te vas a los que se dedican a las sillas de montar.

Y entonces se rio. A ti te tapizaría hasta un piano. Detrás de las gafas ahumadas —padece de tracoma—, sus jóvenes ojos sonreían. Los tapiceros trabajan mucho al tacto.

Todavía sonrío cuando voy a buscar el taburete arreglado. Tengo una sorpresa para ti, me dice. Alzó la vieja tapicería descolorida y me la enseñó. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, la volvió, y por el revés de la tela había una maraña de hilos de seda en todo su esplendor. Como si los hubieran teñido ayer. Teñido de magenta, de

naranja, de grana, de carmesí, de amarillo limón, de verde pistacho, de negro kohl, de marfil.

Los colores se han conservado, me explica, porque no les ha dado la luz, han estado siempre entre los traseros y el relleno. Pensé que te gustaría guardarlo.

Los nudos de los hilos parecen glóbulos minúsculos. Rojos, blancos, cobrizos, topacio. Y en muchos las bordadoras dejaron pequeñas hebras colgando, como cabellos que, al pasarles la mano, se erizan.

El secreto de la procreación está contenido en la intensidad de estos colores. Los colores existen para provocar deseo. ¿No será por eso por lo que bordamos las mujeres? Bordábamos antes de aprender a manipular explosivos. Ambas cosas requieren mucha paciencia.

Por esto, tal vez, la chica que bailaba al son del acordeón en la cueva me llevó a pensar en tinturas.

Lo que los jóvenes saben hoy lo saben de una forma más vívida, más intensa y más precisa que nadie. Son expertos en lo que saben. Y lo que no saben podemos enseñárselo. Puede que siempre haya sido así. Y lo que podemos enseñarles hoy es que la victoria es una ilusión, que la lucha no tendrá fin y que continuarla, siendo conscientes de ello, es la única manera de reconocer el inmenso don de la vida.

Antes de que te encerraran, pensaba muy poco en el futuro. Nuestros padres habrían dicho que el futuro era aquello por lo que luchábamos. Pero nosotros no. Luchábamos para seguir siendo nosotros mismos.

Desde que te encerraron, el futuro está siempre conmigo, porque te espero. Me imagino la vida de unos niños que todavía no han nacido. No sé si se los imagina mi cabeza o mi útero. O, tal vez, mi pecho.

No son necesariamente nuestros hijos. Quién sabe si tendré la oportunidad de darte hijos. Quién sabe si conseguiré colarme por la rendija entre el suelo de hormigón y la aporreada puerta metálica de tu celda, habiendo dispuesto primero en mi cinturón lo que hará estallar el tiempo.

Puede que el tiempo, guapo mío, se dé media vuelta un instante antes de nuestra muerte. Puede que en ese instante mirar atrás ofrezca todas las promesas del futuro. ¡Puede que el pasado se preñe aunque el futuro sea estéril! Tal vez el bordado gastado aparezca por el revés, y veamos los hilos de seda como eran cuando acababan de salir del tinte.



Te he enviado cuatro paquetes de café. Tres para ellos, y uno para ti.

A.

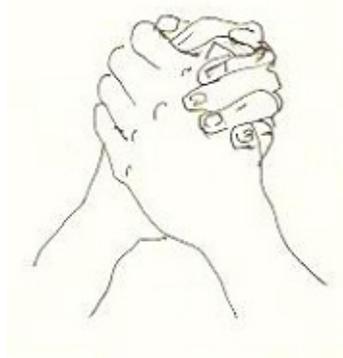
Segundo paquete de cartas

El paquete está atado con una tira de tela en la que, escritas con un tipo de tinta que emborrona parcialmente el algodón, se leen las siguientes palabras:

No es que tengamos esperanza, sino que la albergamos.

Mi guapo:

Apenas queda un rato de oscuridad. Todavía no he dormido. Pensaba en el futuro. No en cualquier futuro en cualquier parte. Ni en nuestro futuro juntos. Pensaba en el futuro que intentan abortar aquí. No lo lograrán. El futuro que ellos temen llegará. Y lo que quedará en él de nosotros es la confianza que mantuvimos en la oscuridad.



Tu A'ida

Ya Nour:

¿Te acuerdas de Nininha, nuestra Querida Diplomática, como la llamabas tú? Pues apareció hace una semana, con su carita redonda, sus zapatitos y esos aires suyos, que, ya esté sentada o de pie, parece que está mirando al mundo desde un balcón. Me trajo sirope de arce, porque había estado en Canadá. Hacía mucho que no la veía, y sigue contando las mismas historias imposibles de siempre. Me contó una sobre un traficante de armas que conoció en Moscú.

¿Qué tipo de armas?

Se encogió de hombros y añadió que la había invitado a Latvia.

¿Por qué a Latvia? ¿Tenía negocios allí?

Para ver el Báltico.

¿Y qué quería de ti?

Le gustaba cómo imito a la gente.

¿Le hacías reír, entonces?

En realidad, no mucho, estaba siempre demasiado nervioso y, además del ruso, solo hablaba inglés.

Pero tú hablas bien inglés.

No, A'ida, se me ha olvidado. Hablaba bien inglés cuando vivía en Buenos Aires, hace muchos años. Sin embargo, sí que hacía reír a sus amigos de Riga, y siempre me estaba pidiendo que actuase para ellos.

¿Te quedaste mucho tiempo?

Hasta que lo asesinaron.

¡Lo asesinaron!

Le estaba esperando en la piscina, dijo Nininha, y oí un disparo. Esperé y esperé, pero no volvió a aparecer.

¿Y entonces?

Me fui. Solo llegué a estar cinco días.

¿Y sabes quién lo mató?

No tengo ni idea.

De pronto me puse furiosa con ella. Fuera de mí. Le grité, creo que la llamé puta. Ella no sabía qué decir. Yo sabía que estaba siendo injusta con ella, pero era incapaz de controlar mi cólera. Empecé a zarandearla, físicamente, con las dos manos. No estaba furiosa por lo que había hecho o dejado de hacer, o por cómo se hubiera comportado con el ruso aquel en el hotel de Riga: eso era asunto suyo. Estaba furiosa por lo que no decía, por sus silencios. Me enfurecen. La reserva, la discreción, es una virtud, sin duda, con frecuencia indispensable. Pero los silencios de Nininha tienen que ver con la desesperación.

Ha llegado a creer que la vida es un accidente, algo que no se suponía que sucediera. Y por eso lo mejor es callarse, lo mejor es recoger los trozos que quedan, pegarlos de alguna manera, y no decir nada del resto. ¡Nada, nada, nada!

Se soltó de mí y se fue sin decir nada más, dejando la puerta abierta tras ella. Salí y me senté en la cima de la escalera. Ya había desaparecido. Oí el susurro del eucalipto mecido por el viento, y me pregunté si me habría enfadado tanto porque sospechaba que yo también podría haber llegado a creer que la vida era un accidente que no se esperaba que ocurriera. Me quedé sentada, sollozando, llena de vergüenza y de pena.

Dos noches después, Nininha llamó a la puerta. Sonreía y se llevó un dedo a los labios para indicarme que no hablara. Atravesó el cuarto hasta donde está la cadena de música —sigue en el mismo sitio: en el rincón donde está la foto de la montaña, y puso un CD—. Se quedó de pie, las manos en las caderas, esperando. Un tango, con todo su apasionado fatalismo. Se puso a bailar. No me miraba, pero la dirección que tomaban los pasos reconocía mi presencia.

Los tangos están hechos de pedazos de vida que han sobrevivido por casualidad. Pedazos, jirones reunidos en un zigzag de piernas, siguiendo siempre a la sangre que fluye, derramada o sin derramar.

Esperé a que girara en una pausa, y entonces me uní a ella. Me sonrió y me agarró, al estilo milonguero, muy pegada a ella, pero con las piernas libres, y ella me llevaba y yo la seguía. Ella me esperaba y yo la esperaba a ella. Nuestros cuerpos se escuchaban. No se reservaba nada, no había silencios. Nininha estaba totalmente entregada, y yo hice lo mismo. Juntas, como las dos piezas que componen una tijera, cortamos. Cortamos una prenda sin costuras que esperábamos que llegara a existir.

¿Sabes lo que voy a cortar para ti?

Te quiere,

A.

«No hay historia muda. Por mucho que la quemem, por mucho que la rompan, por mucho que la mientan, la memoria humana se niega a callarse la boca. El tiempo que fue sigue latiendo, vivo, dentro del tiempo que es».
Esto lo dijo Galeano. Gracias, Eduardo.

Guapo mío:

Tenía trece o catorce años. Su voz era ya la de un hombre, aunque sin la cadencia de la voz masculina. Raf tenía un dolor espantoso, pero estaba firmemente decidido a callárselo. K. y dos chicos más llamaron a mi puerta y me despertaron. Raf estaba herido en una pierna y no podía apoyar el pie en el suelo. Lo habían traído entre dos, agarrado a sus hombros. Se llama Raf, me dijeron.

El valor espontáneo empieza pronto. Lo que se añade con la edad es la resistencia: cruel don de los años.

Le dispararon desde un jeep; estaba fuera después del toque de queda. Se las apañó para arrastrarse debajo de un camión abandonado y luego se escondió entre las ruinas de una vivienda. Les dije a los muchachos que lo examinaría en la farmacia, pero a él solo. Así no los implicarían a ellos si las luces llamaban la atención: era pasada la medianoche.

Buscamos unas parihuelas en el almacén, lo tumbamos y lo llevamos por la carretera hasta la farmacia, donde lo traspasamos a la camilla que tenemos permanentemente en la rebotica. Parecía que había perdido mucha sangre.

Le dije a K. que volviera al cabo de una hora, si quería, y que si encontraba la farmacia apagada y cerrada, querría decir que había llevado a Raf a urgencias.

Los tres me miraron como si de pronto me hubiera hecho inmensa. Lo más seguro es que no sea necesario, les dije para tranquilizarlos. Haré todo lo que pueda para evitarlo, pero también tenemos que ponernos en lo peor, ¿no? Si estamos aquí, llamad tres veces a la puerta.

Cuando nos quedamos solos, Raf me sonrió. Una sonrisa extraña para alguien tan joven, como si los dos, él y yo, hubiéramos pasado una prueba y lo estuviera confirmando con una sonrisa de orgullo.

Hicieron cinco disparos y creo que fallaron tres, dijo.

¿Dónde está tu madre?

En el pueblo.

¿Y tú qué haces aquí?

Trabajo.

¡Pues sí que trabajas hasta tarde!

Y tú también, me respondió, y apretó los párpados. No estoy segura de si por el dolor o como un signo de conspiración. O puede que por las dos cosas.

Le bajé los pantalones, le lavé la pierna y corté con unas tijeras el torniquete que tenía en el muslo. No se produjo una hemorragia súbita, de modo que, gracias a Dios, no tenía afectada la arteria. Me miraba con curiosidad, pero no por su situación inmediata. ¿Sabes qué estoy soñando?, me preguntó.

Le rasqué la planta del pie, sucia y con una costra de sangre, para comprobar sus reflejos. La pierna dio una sacudida. Le funcionaban los nervios. Entonces le lavé el pie.

¿Sabes qué estoy soñando?, repitió.

No, no lo sé. Cuéntamelo. Ahora te voy a examinar la herida; si te duele mucho, susúrrame algo.

Sueño, dijo, que estoy tumbado en la cubierta de una lancha motora y que tú vas al timón. Estamos en alta mar y las olas pegan con fuerza, bum, bum, bum.

Tenía dos heridas casi juntas. Una era larga y superficial, y la otra era pequeña, muy profunda y con un aspecto muy feo. Supuse que la bala que le causó la primera herida había entrado sesgada, porque le dispararon desde arriba, y había salido encima de la rodilla, donde terminaba la herida.

En la herida fea probablemente había una bala. Fui a donde estaban los analgésicos en busca de diamorfina.

No te vayas, susurró.

¿Crees que voy a dejarte solo en cubierta? Te voy a poner una inyección en el brazo.

Le pinché (5 miligramos) y esperamos.

¿Y adónde va ese barco?, le pregunto mientras agarro con la mano izquierda las pinzas para separar los labios de la herida. Las riberas de la herida, como dicen los franceses.

Con la mano derecha agarro una cánula metálica y recorro con ella el tajo abierto, golpeándolo suavemente; espero oír un ruido metálico o tocar de pronto algo duro como el metal. Hay más probabilidades de encontrar así una bala incrustada que de verla con los ojos.

Eso ¿adónde va?, dijo. Yo estoy tumbado en la cubierta y tú estás al timón. ¿Adónde?

No había bala. Dejé que el labio se cerrara. Entonces fui a por la otra, la que tenía mal aspecto.

¿Sabes una cosa? ¿Sabes con qué soñáis todos los hombres?, le pregunto.

Dímelo tú, me contestó, impaciente.

Todos soñáis con estar cómodos...

Estaba probando con la cánula y creí oír un clic metálico. Golpeé dos veces más. Una bala.

¿Y las mujeres con qué...? De pronto apretó los labios.

Vamos a esperar un momento.

¿Con qué sueñan las mujeres entonces?, me preguntó al fin.

Con que los lugares dejen de estar separados, le digo.

¡Pero los lugares tienen que estar separados! ¡Para eso están los kilómetros!

La tranquila lógica de su respuesta me recordó tanto a ti que tuve que morderme el labio.

No mires ahora, le susurro, cierra los ojos.

Con los ojos cerrados tengo miedo; veo sus Uzis apuntándome.

Entonces no me mires a las manos, mírame a la cara.

¡Tienes un lunar!, dijo.

Del fondo de la herida extraje con el fórceps una bala verdusca, como una muela picada. Raf apenas parpadeó. Luego le eché betadine hasta que la herida se desbordó como un volcán. Raf apretó el puño derecho, nada más.

Cogí la bala con las pinzas y se la enseñé. Era una bala de 30 milímetros de un subfusil Uzi.

Entonces se echó a llorar. Puse mi cabeza al lado de la suya y unos minutos después se quedó dormido.

Le cierro las heridas con hilo y una agujita curva. Después de unir con cada puntada las dos riberas del río, rodeo con el hilo las pinzas que sujetan la aguja y hago un nudo. Continúo haciendo nudos. La carne quiere quedar unida a la carne. Le pongo dos apósitos y le meto una almohada debajo de la cabeza. Mezo la camilla como si fuera un barco surcando las olas.

Eran las dos y media de la madrugada. Estábamos solos, aguardábamos. Todo estaba en silencio. Esperaba que tú estuvieras dormido.

[Carta no enviada]

Mi soplete:

Estoy metiendo todo en cajas: cuencos, morteros, balanzas, material para entablillar, jeringas, tijeras; haciendo paquetes y más paquetes. ¿Cuántos traslados he tenido que hacer en mi vida? Empezó en la infancia, cuando pensaba que era un juego. Hasta que vi las lágrimas de mi madre.

Hay un verso, no sé si lo recordaré. Relinchan los caballos... «Ninguna viuda quiere volver con nosotros; allá a donde tenemos que dirigirnos, al norte de donde relinchan los caballos...».

Estás conmigo dondequiera que vaya.

Antes de que yo naciera, Idelmis ya dispensaba medicamentos, ofrecía consejo a los aquejados de un dolor u otro y rezaba con la frente entre las manos en este local que tenemos que dejar ahora. Por entonces llevaba unos vestidos que le llegaban a los tobillos y tenían estampados florales, como si ellos también contuvieran una fórmula herbolaria. Fui yo la que introdujo la bata blanca.

Y ahora, a final de mes, tenemos que echar el cierre y trasladarnos. Para ella es difícil. No tiene sentido llevárselas, dijo la semana pasada refiriéndose a las culebras. Ahora sé lo que es perder la cabeza, se quejaba esta mañana, yo la estoy perdiendo con este traslado.

Sé que soy para ti la vida, y su dolor y su goce.

Idelmis podría vender el negocio y jubilarse, pero no quiere. La científica que hay en ella sabe que esto sería lo más razonable y desea que la apoye en esa decisión. Te arreglarías mejor sin mí. Y la hechicera que hay en ella se niega y vuelve la espalda. Lo sabremos cuando llegue el momento, dice.

¿Qué sería de ella si dejara de distribuir curas y paliativos y advertencias y fórmulas magistrales de esperanza? Se quedaría coja, pasaría el tiempo sentada en casa, contando, volvería a ser viuda por segunda vez y desaparecería tras los caballos que relinchan.

No es mi persona lo que te entrego esta noche en tu celda —eso sería demasiado simple—, lo que te entrego es tu propia persona, amada en cada una de sus partes.

El local al que nos trasladamos está a cinco minutos, junto a la fábrica de helados. Alojó en tiempos un negocio de granos y luego fue una pañería. Moriré en ti, y si mueres antes que yo, me llamarás. Tenemos que vaciar los cajones donde están las medicinas ordenadas por orden alfabético para que desmonten los muebles y los vuelvan a instalar en Sucrat.

En este solar van a construir una torre de oficinas, y la pala se llevará también por delante los pasajes y las pequeñas viviendas anexas y las cuidadas esquinas.

Belladona, espino, ibuprofeno, lisina, paracetamol, teofilina, valeriana...

Esta tarde dije algo sin pensar que cambió de repente el humor de Idelmis. Por primera vez en un mes, le brillaron los ojos, levantó una mano y sus dedos tocaban una flauta invisible en el aire...

En Sucrat podríamos ordenar todo esto de otra manera, dije. ¿Qué dices?, refunfuñó. Muy sencillo, dije yo, colocaremos las medicinas en orden alfabético, claro, pero no conforme a su forma, sino a su especialidad.

Entendió enseguida. No colocaríamos las medicinas en un sitio u otro dependiendo de que fueran pastillas, polvos, cápsulas, jarabes, pomadas, cremas, etcétera, sino dependiendo de sus categorías terapéuticas: cardiología, estomatología, hematología, endocrinología, urología, etcétera.

Nunca lo he visto hacer así, dijo, pero ¿por qué no? Vamos a hacerlo. Funcionará.



¿Y qué diferencia hay entre uno y otro orden? Pues no lo sé. Lo único que sé es que toda mi vida me ha llevado a ti y que esta tarde Idelmis se fue muy contenta.

A lo mejor tiene que ver con cómo estamos hechos.

Tuya,
A'ida

*Es difícil a veces encontrar el momento
para decirte lo que significas para mí.
Eres la rosa de mi corazón...
Anoche, Johnny Cash...
Si estás cansada, apoya la cabeza en mi brazo,
rosa de mi corazón.*

Ya Nour:

Me pedías jabón —lo más parecido a nadar que nos está permitido, decías—. Llegó esta mañana tu carta. Así que te envió doce pastillas con la esperanza de que te lleguen cuatro.

Hay una viuda llamada Tamara que viene a la farmacia de cuando en cuando. Tendrá setenta y tantos años. Esta mañana vino porque se había hecho un corte en el dedo índice de la mano derecha. No era profundo, pero estaba un poco infectado; hacía ya dos o tres días que se había cortado pelando patatas.

Me lo enseñó. No se lo había enseñado a nadie, y a estas alturas el corte y ella se habían enzarzado en una pelea. Fui a buscar una pomada y unos apósitos.

Le explico a Tamara cómo se ponen los apósitos. Imita mis gestos con la mano izquierda y se ríe.

Otra vez, me pide.

Se lo vuelvo a enseñar, y me imita con la concentración de una niña pequeña aprendiendo a vestir a sus muñecos. Su mano derecha se ha transformado en un muñeco y ahora puede volver sola a su cuartito con un muñeco en lugar de un corte en el dedo.

Gracias, me dice después de pagar. Es usted un ángel.

Niego con la cabeza. Los ángeles han desaparecido, le digo.

Hoy han confirmado que nuestra solicitud de matrimonio ha sido denegada. Estatuto IBEC-27, cláusula F.

No hay mayor error que creer que la ausencia es la nada. La diferencia entre ambas es cronológica (tiene que ver con una cronología que ellos no controlan). La nada es antes, y la ausencia, después. A veces es fácil confundirlas: de ahí algunos de nuestros pesares.

Tuya,
A'ida

Casi todas las promesas se rompen. Los pobres no aceptan la adversidad ni pasivos ni resignados. Su manera de aceptar la adversidad consiste en escudriñar detrás de ella, y entonces descubren algo inefable. No es una promesa, pues (casi) todas las promesas se rompen, sino algo parecido a un corchete, a un paréntesis en el curso del tiempo, que, por lo demás, es despiadado. Y la suma total de esos paréntesis es, tal vez, la eternidad.

Esta tarde, al salir de trabajar, me acerqué a Samoyal a ver a Ariadne. Estaba en su jardincito, lavándose la cabeza en un barreño metálico, y mientras acababa, me puse a coger grosellas. Ariadne tiene mucho más pelo que yo, ¡se podría esconder todo un ejército entre su mata de pelo!

Las grosellas negras te manchan los dedos de rojo, pero su sabor es negro, negro y marino, como el de algo que creciera en el fondo del mar. Los erizos o algunos otros equinodermos podrían tener el mismo sabor, aunque sería menos fuerte, menos acre. ¿Por qué lo sé? No lo sé, guapo mío, pero lo sé.

¿Recuerdas el olor de las grosellas negras? En particular, el olor de las hojas cuando la fruta empieza a madurar. Me encanta. Y quiero hacértelo llegar a la celda.

Hay una variedad de caracol blanco al que también le encanta este olor. ¿Sabes cuántas variedades de caracoles existen? Adivina. ¡Treinta y cinco mil! Esta noche quiero llevarte a la celda el olor de las grosellas negras.

Los caracoles que te digo son pequeños, del tamaño de la uña de mi dedo meñique. Docenas de ellos duermen en las hojas, como si las hojas fueran hamacas. Seguramente se comen alguna parte de la planta, pero se comen lo que se comen, el caso es que no la dañan. Recuerdo haber aprendido en algún momento —¡ay, todas las cosas que he podido aprender!—, recuerdo haber aprendido que los caracoles, para comer, arrancan con la lengua el alimento que pueda haber en las piedras y las cortezas de los árboles. Tienen una lengua áspera. Comen, como si dijéramos, de la propia acera que pisan.

El grosellero de Ariadne está tan cargado de frutos que no se notaría si cada uno de los caracoles se comiera diez por hora.

Y esto me recuerda un refrán que dijo ayer Dimitri (ha parado la obra de su casa porque se le acabó el dinero): Llevarse un poco de donde hay mucho no es robar, sino compartir.

Los caracoles tienen que ver con lo que te decía de los erizos. Toda vida es absurdamente corta comparada con la longevidad de la memoria. Los equinodermos y los gasterópodos evolucionaron más o menos por el mismo periodo, mucho antes que los mamíferos. Y a ti, mi guapo, te pusieron dos cadenas perpetuas. ¡Dos vidas enteras!

Ha hecho un calor sofocante durante todo el día, ese tipo de calor que me da ganas de enviarte una botella de agua tras otra. Ya tarde, cuando me senté en una banqueta a coger las grosellas, empezó a soplar un poco de aire, y sentí en la espalda los últimos rayos de sol como un roce de seda entre los omóplatos; Ariadne chapoteaba en el barreño, salpicándolo todo a su alrededor. Solo tenemos una vida tú y yo.

Levanto una rama para ver los racimos de fruta y empiezo a cogerla.



Empiezo a ordeñar el arbusto como si fuera una cabra.

Las frutas me resbalan por los dedos, desde las yemas hasta la palma de la mano. Cuando no me caben más en la mano, las echo a una palangana y vuelvo a empezar, racimo tras racimo, rama tras rama.

Y las frutas se desprenden y ruedan por mis dedos hasta la palma como si estuvieran preparadas para hacerlo. Es una sensación extraña. Como si solo rozarlas con la yema de los dedos fuera una indicación de que les ha llegado la hora. Me hacen pensar en cómo en un momento determinado del mes, uno de mis óvulos sale del folículo y cae en el extremo de la trompa, cuyas pestañas, como las de los ojos, lo empujan hasta que termina posándose en el fondo del útero, en lo que llaman el pabellón. Guapo mío, escucha lo que te digo desde aquí: este pabellón es tu pabellón.

Cogí tres kilos. Suficiente para hacer una docena de tarros de mermelada. No se le puede echar demasiado azúcar, se expulsaría a los erizos. Se hierve a 200 grados.

Cada uno de mis ovarios contiene doscientos mil óvulos. Y durante mi vida solo madurarán cuatrocientos. Así de abundante es la naturaleza.

Haré la mermelada mañana y te enviaré cuatro tarros. Tres para ellos y uno para ti. ¿Abundancia? No; más bien tesón.

¿A que ahora hueles las grosellas?

Tuya,
A'ida

Los emplastos de grosella alivian el dolor de las quemaduras.

Palíndromo. Escribir ofreciendo el mismo sentido ya se lea de principio a fin o de fin a principio. Dice Yannis que el significado literal en griego es «camino de vuelta».

El palíndromo de un día. Estoy dormido, pero todavía no he llegado a la fase más profunda del sueño, pues siento aún el placer de recibirlo. En mi catre de la celda 73, los pies apuntando hacia el sureste, espero al sueño y repaso el día. Pongo un montón de libros sobre el catre, subo el pie izquierdo encima, pegando el hombro a la pared —la pared está pulida donde el pijama la roza cada noche—, pues esta es la única posición desde la que veo el cielo. Esta noche me esperaba un cielo estrellado. El cinturón de Orion. Norte-Noreste.

Me quito los pantalones. Me quito las botas. Las desato. Me siento en la litera. Me lavo los dientes evitando mirarme al espejo. Por alguna extraña razón, no permiten las botellas, pero sí los espejos. Cuando me levanto por la mañana me miro al espejo y le doy los buenos días. Nunca le doy las buenas noches. Una costumbre supersticiosa que tomé desde que estoy en la celda 73. Cuando me transfieran, cambiará.

Escucho música en la radio. Algunas veces Mozart componía en palíndromos. Me escoltan por el corredor hasta la sala de usos comunes, el corredor de un matadero desierto. A algunos arquitectos especializados en prisiones les encargaron el diseño de mataderos. En un punto determinado, el guardia se para y me cuenta que su hijo de dieciocho años espera ser campeón de natación. Repito la palabra «natación», porque cuando la digo, pienso en ti. Escucho algo más desde la celda 69: una vieja canción con la letra cambiada y me doy cuenta de que encierra un mensaje.

En la sala de usos comunes está encendida la televisión. Después de cenar una animada conversación con Murat, Ali, Jaime y Kadem sobre el «coeficiente de la energía de retorno en relación con la energía invertida», lo que los anglosajones llaman el EROEI. El capitalismo actual sería imposible sin el alto rendimiento de la energía pesada de los combustibles fósiles, de ahí la cuestión de qué pasará dentro de cuatro décadas cuando se hayan agotado las reservas de petróleo. ¿Habrá solo la ligera energía solar? El guardia más próximo a nosotros nos escucha desde su puesto, sentado con el arma sobre las rodillas.

Lo más alucinante de los programas de televisión es la cantidad de espacio que tienen los participantes para moverse. Las tropas estadounidenses en Irak utilizan, al parecer, armas DIME, que producen quemaduras internas sin causar heridas externas. Hoy la sopa está aguada.

Echo un poco de aceite del que me has enviado en todos los platos a mi alrededor. Hemos negociado el derecho a tener botellas en la sala de usos comunes. Sus armas son mucho más rápidas que todo lo que pudiéramos cortar con una botella rota.

Hablo con Jaime sobre Kadem, que sigue sin comer. Ya lleva tres meses. Lo va soportando mejor: poco a poco todos aprendemos a movernos por el tiempo, cada cual a su manera.

Me cachean al salir del taller por la tarde. No encuentran nada. Silvio, Samir, Durito y yo arreglamos teléfonos, televisiones y otros aparatos. Por suerte, las horas del taller son las que pasan más despacio, pues alteramos su ritmo como queremos y por alguna extraña razón las autoridades penitenciarias dependen de nuestro ingenio para reparar aparatos.

Hay días en los que apenas hablamos en la comida. Como hoy.

Una hora de ejercicio en el patio para abrir el apetito: ocho presos nuevos. Dos de nosotros caminamos detrás de ellos para conseguir noticias, darles consejo y pasarles algo de dinero; al entrar te lo quitan todo. Me dan noticias de ti.

Cuando salgo al patio, lo primero que hago es mirar al cielo para saber qué tiempo tienes. Lo husmeo, como si fuera tu axila. Nubes blancas que pasan veloces. Desaparecen antes de aparecer. Cuanto más se aleja la posibilidad de que te permitan visitarme, más te imagino. Rodeada de un azul infinito. El cielo azul, sobre el patio, no es indiferente, lejos de ello. Nunca colabora con los vencedores; solo colabora con los perseguidos. Siempre es lo primero que se me ocurre cuando salgo al patio.

En la celda, leyendo y tomando notas. Cuando no hay mucho más, las palabras cuentan. Por primera vez, la naturaleza del planeta corre el riesgo de ser enteramente tratada nada más que como la simple diferencia entre valor de uso y valor de cambio, una diferencia que produce beneficios. Vuelta a la celda escoltado después del aseo matinal con la taza de café y el pan del desayuno. Devuelvo la taza vacía.

Seco lentamente cada parte de mi cuerpo. Me lavo el cuerpo. Espero en la puerta de la celda, la ropa en el brazo, hasta que pasa el resto del contingente con el guardia hacia las duchas.

Me despierto.

Maldito trullo. Por un momento infinitesimal no sé dónde estoy. Estoy dormido.

Hayati:

Estoy sentada con una palangana roja entre los pies en la azotea, en lo que tú llamabas la cuarta habitación. Desde la pastelería de la esquina sube un olor a vainilla tostada. Un olor vespertino. Nunca lo hueles por la mañana. Ya son las ocho y media, y la gente sigue prefiriendo caminar por la acera que ha estado en sombra. Dos vencejos revolotean entre los tejados. De todo lo que veo en este momento, sé que estos dos pájaros son los que te depararían más placer. Verlos.

Con la palangana roja en la mano, paso de mi azotea a la de al lado y desde allí a la de Ramón, que tiene un grifo, y la lleno con agua robada. Vuelvo, me quito las sandalias y meto el pie izquierdo en el agua fría.

Puede que la visión de mi pie en el agua te deparara tanto placer como los vencejos revoloteando, ¿o no? ¡Es una broma! Bromear es la mejor manera de pasar el tiempo cuando uno espera, dice Manda. Le pones una zancadilla al tiempo cuando bromeas, y así sale disparado.

Con los dos pies en el agua me siento paralizada. Así que saco el izquierdo, que ya se ha refrescado, y meto el derecho. La mejor manera de adivinar la edad de alguien es mirarle los pies. Los míos incluidos.

Hace un rato subió Ama. Flaca como un palillo. Me vio desde la ventana y vino, se sentó a mi lado y me dijo al oído: Quiero contarte algo muy raro.

¿Divertido o siniestro?

Triste, dice, y luego espera.

Pues venga, cuéntamelo.

Anoche estuve en casa de una amiga viendo una película en la tele, empezó. No era nada del otro mundo; una película argentina, creo, pero el actor que hacía de protagonista era exacto a Rami. Lo que te digo. Era igual, en todo. Giraba la cabeza igual que él. Y caminaba y tosía como él. Se quitaba los zapatos igual que él. Tenía sus mismas entradas. Me volví loca viendo la película, porque no podía ser Rami. Rami ha muerto y además nunca actuó en ninguna película.

Ama se queda sin aliento. Lo que no entendía —dice como escupiendo las palabras—, lo que no entendía es que hubiera dos Rami. Si Rami no es único, no está muerto.

Unas gotas de sudor le asoman sobre los labios y en la barbilla. Eso significa... ¿no lo entiendes?, dice. Eso significa que Rami murió por nada. Reclina la cabeza contra la mía.

Ahora te explico. Ama conoció a Rami el invierno pasado. Era unos diez años mayor que ella. Electricista y muy bueno con los ordenadores. Lo vi una vez. Llevaba bigote, lo que le daba un aire muy digno, y tenía unos ojos sonrientes. Ama estaba un

poco enamorada de él. Si es que se puede decir que uno está un poco enamorado. Tal vez es una cuestión de volumen, Ama podría haberlo subido, pero no lo hizo.

Lo mataron hace cuatro meses. Una patrulla llegó a su casa por la noche, lo sacó de la cama y lo llevó junto al río Zab, donde le dispararon. Ama tardó tres días en enterarse, cuando descubrieron el cuerpo.

Lo sabía antes de que me lo dijeran, me explicó después de que le comunicaran su muerte. Lo supe la noche que le dispararon. Me desperté de pronto con un vacío entre las costillas. Pero no podía lanzarme a él, porque yo misma era el vacío. Fue una bendición que todavía no me hubiera acostumbrado a él, continuó tras una larga pausa. Era nuevo. Lloré porque me daba pena que hubiera muerto, porque me daba pena y me enfurecía, y recé por él, pero no lloré por mí. Sabía que todavía tenía muchas cosas que recoger en la vida, que tomar, que amar y que perder, una a una.

Esa noche, la noche en que le anunciaron la muerte de Rami, estaba mucho más tranquila que hoy. Hoy se puso a gritar en la azotea. ¿Cómo es posible?, gritaba al cielo, ¿cómo es posible que haya dos Rami?

Ven, siéntate, le dije.

Me miró muy seria, pero sin perder esa sonrisa suya casi permanente. No pasaría nada, dijo, si hubiera tenido un gemelo, pero no lo tenía.

Se acercó al borde de la azotea, musitando, como para sí: si no había un solo Rami, si Rami no era único, entonces no ha muerto. ¿Cómo voy a llorarlo si no ha muerto, si no es único? Y necesito llorarlo.

Se sentó a mi lado, aullando de pena, una pena profunda. Tenía la cara brillante por las lágrimas y el sudor. Tiene veinte años. Esperamos juntas. Entonces tiré el agua de la palangana roja y fui a llenarla otra vez en el grifo de Ramón. Volví y la puse junto a nuestros pies.

Quítate las sandalias, le dije.

Si tú también te las quitas, me respondió.

Es demasiado pequeño para que quepan los pies de las dos.

Pues yo meto el derecho y tú el izquierdo, dijo ella, y entonces dejó de sonreír, cogió agua en la mano y se remojó la cara.

Esto es lo que quería contarte esta noche.

Tuya,

A.

El día que desaparezca el hambre del mundo veremos una explosión espiritual como la humanidad no ha conocido nunca, le dijo Lorca a Jaime hace un momento.

Ya Nour:

La semana pasada vi a Alexis. Jugamos varias manos. Hacíamos pareja e inmediatamente salimos con tres canastas porque solo nos tocaron dos comodines. Me trajo almendras y no puedo parar de comerlas. Últimamente nos están cortando el suministro de alimentos. Escucha, voy a morder una, ¿oyes mi muela partiéndola?

De niña creía que las almendras se fabricaban a mano, y por eso eran distintas del resto de los frutos secos. Hoy sé que contienen una proteína soluble y que las amargas, a diferencia de las dulces, contienen ácido hidrocianico, que es un catalizador utilizado para extraer de sus menas el oro y otros metales puros, y, a veces, para llenar los pequeños viales que nos salvan, cuando nos agarran, de un destino peor que la muerte.

Conocía, claro, los almendros y sus flores blancas. Un blanco nupcial, y soñaba con casarme y llevar esas flores en el pelo. Hoy sueño con casarme en el locutorio de la cárcel de Suse (han rechazado nuestra tercera solicitud).

Conocía esos árboles, pero cuando colocaba las almendras en círculos sobre la mesa, me decía que había sido una mujer la que en el pasado había pensado que eran una golosina. En un pasado remoto. No era una mujer, sino una diosa. Una golosina para su amado. Preparó la primera almendra, la probó, redujo la cantidad de azúcar, añadió aceite, la volvió a probar, asintió, añadió un toque de comino, y decidió que serían almendras lo que prepararía cuando regresara su amado.

Así que dio instrucciones a un árbol. Fue el primer injerto, un injerto que no consistía en un esqueje y unos trapos, sino que estaba hecho de palabras. A la primavera siguiente, el árbol floreció y en junio produjo abundantes almendras con el mismo sabor que la que estoy mordiendo ahora. Más tarde, el amante de la diosa zarpó hacia otras tierras para no regresar jamás, y ella injertó sus instrucciones en otro árbol para que produjera almendras amargas; las flores de este árbol son rosáceas porque están mezcladas con las gotas de sangre de un corazón roto.

El ácido hidrocianico es también un antiespasmódico que se inyecta in extremis para bajar la tensión.

Y Alexis me contó una anécdota. Y con esta es la cuarta vez que la oigo, siempre contada por hombres que estaban contigo en el trullo. Cuando la cuentan los otros tres, dicen que fuiste tú quien empezó a ladrar en protesta por los insultos que le estaba profiriendo uno de los guardias a un recién llegado al penal, un hombre mayor, mientras lo encerraba en el calabozo contiguo al tuyo. Recuerdo bien que cuando me lo contaste tú, dijiste que fue el hombre quien empezó a ladrar.

Sabiendo como sé lo mal que se pasa cuando te trasladan a una nueva cárcel, creo que te inventaste que el hombre se puso a ladrar. Estoy casi segura de que fuiste tú.

Le lleva a uno más de dos horas recobrar el aliento después de que una nueva puerta todavía desconocida se cierre delante de él de aquella manera que tan bien conoce. ¡Delante de él! ¡No tras él! Uno se queda mirándola con la lengua entre los dientes.

En cualquier caso, los compañeros que estaban en la celda contigua a la del hombre por el otro lado comprendieron de qué iba y ladraron también, y los ladridos pasaron a la siguiente, y la siguiente y la siguiente, una tras otra, sin prisas, hasta que toda la galería estaba ladrando.

Y no era un ladrido cualquiera, insiste Alexis. Eran ladridos de perros de caza. Los perros de caza ladran mientras corren, ladran para avisar al resto de la manada. No se limitan a anunciar su presencia, como los terriers. Se escuchan, se responden, se imitan, mientras cercan a su presa.

Los guardias empezaron a gritar, a lanzar amenazas, a golpear las puertas de las celdas. Sacaron las porras, activaron las alarmas, pero sin resultado alguno. Los ladridos siguieron y, a diferencia del vocerío de ellos, eran seguros y calmos. Pasaron de galería a galería hasta que la cárcel entera era un puro ladrido.

Entonces, en un momento dado, los ladridos cambiaron y se hicieron más profundos, más íntimos; se transformaron en una especie de risa grave, porque todos sabían que los guardias tenían miedo.

Se conocían al dedillo la rutina de los controles normales, y, sin embargo, se les metió el miedo en el cuerpo, les recorría la espalda, les bajaba por la columna. El alcance de lo que no eran capaces de controlar les daba pánico. En cuanto esto estuvo claro, vieron como una amenaza su inferioridad numérica. Empezaron a contar y recontar a los internos. Se lanzaban rápidas miradas para tranquilizarse.

¿Y cuánto tiempo duraron los ladridos?, te pregunté. Te encogiste de hombros. Y yo sabía por qué. Porque querías decir: ¡Toda la noche! Pero decirlo habría sido una exageración y, al mismo tiempo, una verdad de Dios. ¡Dios exagera a veces!

Por fin, todos decidisteis, en el mismo momento, dejar de ladrar; ni uno de vosotros, ni siquiera el solitario más empedernido, tuvo la tentación de romper el silencio que vino a continuación. Todos sabíais que, por una vez, el silencio no les pertenecía a ellos, a los guardias, sino a vosotros, los ladradores. Y por eso los ladridos duraron toda la noche.

Al volver a contarle, os quiero a todos, y te envío lo que te envío.



Ponla donde quieras.

Tuya,
A'ida

Tableaux d'une exposition, de Mussorgsky, en la radio. Bastante largo. Más de media hora. Un buen número de silencios. No los conté. No lo había oído nunca. Mejor dicho, no lo había escuchado nunca. Esta vez, sí. A la mañana siguiente, Murat me dijo que también lo había escuchado. Los dos tuvimos la misma reacción y nos dio la risa cuando lo comentamos. Exactamente la misma.

Se supone que la composición de Mussorgsky está inspirada en un paseo del compositor por una exposición de pintura. Sin duda, ya tenía en la cabeza algunas de las melodías. (Miré en la enciclopedia de la biblioteca, y tenía treinta y cinco años cuando la compuso, siete antes de morir de alcoholismo y epilepsia). El paseo por la exposición, sin embargo, le dio el ritmo que necesitaba.

Pero para Murat y para mí, para los dos, lo que tocaba el piano era la salida de un preso y su primer paseo después de su puesta en libertad. El portillo abierto en los grandes portones de la prisión acaba de cerrarse tras él, y el preso liberado camina por la calle hacia el centro de la ciudad.

Va captando las escenas de la vida cotidiana, unas escenas que no había presenciado desde que lo agarraron y lo sentenciaron, y la música sigue el ritmo de su paso. O, para ser más exactos, el ritmo y las melodías del piano, que cambian en consonancia con lo que va viendo en la calle, pero que retornan continuamente al ritmo de su liberación, es justo como nosotros, que todavía estamos dentro, nos imaginamos qué será salir de aquí y caminar hacia la ciudad cuando nos suelten, si esto llega a suceder algún día. Pasar la voz a las otras celdas.

Mi soldador:

Encontré un libro sobre turborreactores. Estaba en el bolsillo de una chaqueta tuya. Y la chaqueta estaba embutida encima de las vigas del cuarto que llamabas la «habitación del compañero^[*]». La metiste ahí para tapar las rendijas y que no entrara el Norte.

Me acordé de ella porque necesitaba un botón grande para un abrigo que le estoy haciendo a Sahar, y fui y la saqué. El libro es de cuando estabas en Cartago, es uno de esos de la colección *Que Sais-Je*. En francés.

El nombre de la colección me hizo gracia entonces, y años después todavía me la sigue haciendo. Sabemos todo lo que necesitamos saber, pero no nos alcanzan las palabras. Lo que no sabemos ni sabremos jamás es lo que va a pasar a continuación.

Al cogerlo, el libro se abrió por un diagrama que habías dibujado tú en una página en blanco. Bajo el dibujo habías anotado los nombres de las piezas. Era tu letra. Y, de pronto, me sorprende leyendo un poema de amor. «Moteur de lancement et excitatrice › génératrice › chambre de combustion › turbine!»

¡Un auténtico poema de amor! ¡Esto es lo que produce en la imaginación la castidad prolongada!

Le quité todos los botones.

Tu acetileno

Guapo mío:

Cuando era pequeña coleccionaba plumas de aves. Llegué a tener doscientas. De veintisiete especies distintas. Tenía un sobre para cada pájaro. Nunca hablamos de nuestra infancia, ¿verdad? Es una de las cosas que espero que podamos hacer algún día. Inshallah. La gente suele hablar de su infancia cuando se enamora, pero nosotros no lo hicimos. ¿Por qué crees tú que fue así? Yo creo que lo sé, pero no encuentro las palabras. Las encontraré cuando salgas. Fue por esta colección de plumas, de plumas de pájaro, por lo que empecé a interesarme por los ángeles. Aprendí de los querubines, de los serafines, de los ángeles caídos y de los mensajeros. Cada categoría de ángel tenía alas diferentes, una manera diferente de plegarlas cuando no estaban volando y, claro, plumas diferentes.

Cada vez que acariciaba una de mis plumas de pájaro, pensaba en un deseo. Para cuando estaba estudiando farmacia en Tarsa, los ángeles y yo ya nos habíamos separado. Pero últimamente he estado pensando algo al respecto; un día te lo contaré en una carta.

Hace mucho tiempo creía que lo más próximo a lo eterno era esa sensación de beatitud que nos invade después de hacer el amor. Pero hoy diría que es escuchar un tipo de rumor particular, un rumor callejero, que empieza en el futuro, cuando las calles estén pavimentadas, cuando las armas se puedan quedar guardadas en casa y los padres puedan enseñar aritmética a sus hijos.

Tu A'ida

El infierno lo inventaron los ricos; su objetivo era distraer la atención de los pobres para que no pensarán en sus desgracias presentes. En primer lugar, mediante la amenaza repetida de que podrían estar mucho peor. Y en segundo lugar, mediante la promesa de que los obedientes y fieles podrían gozar en la otra vida, en el Reino de Dios, de todo lo que la riqueza puede comprar en este mundo y más.

Sin el recordatorio del infierno se habrían criticado más abiertamente las demostraciones de riqueza de la Iglesia y su poder inexorable, porque es evidente que se oponen a las enseñanzas del Evangelio.

El infierno confería una especie de santidad a la riqueza acumulada.

El castigo hoy va más lejos. Ya no es necesario invocar las penas del infierno en la otra vida, pues en esta se está construyendo un infierno para los excluidos, y lo que proclama es lo mismo: que solo la riqueza da sentido al hecho de estar vivo.

Mi guapo:

Uno a uno se posan los pajarillos en las ramas desnudas del manzano que hay detrás de la antigua pañería transformada en farmacia. Las medicinas ya han sido trasladadas, desempaquetadas y colocadas en sus cajones y estantes siguiendo el nuevo orden. Este local tiene más superficie que la antigua farmacia. Más o menos la mitad de la de una de las galerías de la cárcel de Suse, diría yo. El problema es que no es fácil dar con la nueva farmacia. Cuando llegan a la puerta, muchos de los clientes silban, resoplan y dicen: ¡Por fin la he encontrado! ¡Gracias a Dios que ahora ya sé dónde está! ¡Se han venido al fin del mundo!

A lo que Idelmis responde: Pero ¿quién quiere estar hoy en el centro del mundo? ¿De qué se queja? ¿Ha ido al médico o quiere remedios domésticos? Le ha dado por llamar así a los medicamentos elaborados con antiguas recetas magistrales, a las hierbas y otros remedios naturales.

También les habla, si viene al caso, de los genéricos, de las medicinas que se llaman de otra manera, pero contienen lo mismo que las recetadas. Las llama curas competitivas. ¿Competitivas? Producidas por otro gran laboratorio para vender lo mismo a un precio más barato. Lo mismo un poco más barato, les dice que se lo lleven, si no es demasiado caro.

Los laboratorios farmacéuticos producen cierta cantidad de medicinas para uso veterinario, sobre todo para perros. Y en las cajas de las medicinas para perros, las dosis prescritas aparecen también en braille, a fin de que si el dueño del perro es ciego pueda leerlo cuando su perro está enfermo. Todo un detalle por su parte... Sin embargo, en las cajas de Humira —un medicamento para la artritis reumatoide que cuesta más de mil dólares— las dosis y las precauciones necesarias están solo impresas, y no dicen nada sobre cómo conseguir o robar el dinero para pagarlo, ni el Humira ni su genérico.

Idelmis ha sobrevivido a la agitación del traslado mejor de lo que yo me temía. Y mi idea de ordenar las medicinas conforme a su función farmacéutica la intriga y la aviva. No sería fácil para alguien que acabara de empezar, pero ella es veterana en el oficio y va de un lado al otro, como si la farmacia entera fuese una carta de navegación: se ha convertido en algo semejante a un capitán de barco que va y viene por el puente de mando. ¡A lo mejor tendría que comprarle una gorra de marino! En cinco segundos va del continente de la reumatología al continente de la endocrinología, con sus ríos de hormonas. Puede llegar a cualquier islita, por ejemplo, la isla de los antiinflamatorios no esteroides. Sin darme cuenta le he regalado un barco. Ha puesto su mesa y su silla, donde se sienta cuando no está atendiendo en el mostrador, en el estrecho de la voz: otorrinolaringología. Yo, por mi

cuenta, tengo una reserva de helados en el congelador de la farmacia (limón, mango, grosella, naranja) y todas las tardes, a las seis en punto, le doy uno. Se lo toma en la puerta, mirando hacia la fábrica de helados, al otro lado del descampado. La rutina ayuda.

Vuelvo a los pájaros posados en las ramas desnudas del manzano. Esta mañana antes de abrir la farmacia me quedé un rato mirándolo y pensando en los estragos que causó el misil de la semana pasada. La casa de Gassan, el barbero, quedó completamente destruida, entre otras.

Uno a uno fueron apareciendo los pájaros; no volaban y se ocultaban en el árbol, sino que se posaban como oraciones en sus ramas. El misil que destruyó la casa de Gassan apuntaba, alegan, a un refugio clandestino. Los pájaros venían a posarse como respuestas a unas preguntas que no tienen palabras. Mirando los pájaros, por fin lloré.

Gassan no estaba allí cuando destruyeron su casa. Había ido al mercado y estaba jugando a las cartas con sus amigotes. Cuando se enteró, se desmoronó y cayó al suelo, sin ruido.

Al día siguiente le acompañé a la ruina. Había varios epicentros, donde todo había quedado reducido a un montón de polvo bordeado de fragmentos minúsculos. A excepción de las tuberías y de los cables, no quedaban objetos reconocibles. Los objetos de toda una vida habían desaparecido sin dejar rastro, habían perdido su nombre. No era una amnesia de la mente, sino de lo tangible.

Se fue andando por la carretera hasta una de las casas abandonadas, antiguas ruinas en las que una ventana seguía siendo una ventana, aunque no tuviera cristal, y una silla, una silla, aunque le faltaran dos patas. Allí, en un cobertizo, encontró lo que buscaba: una escoba.

Entonces volvimos a lo que unos días antes había sido su casa y empezó a barrer, sin mirar al suelo, los ojos fijos en la distancia. Por instinto, no intervine; lo dejé actuar como si fuera un sonámbulo. No sé cuánto tiempo duró aquello. Abarcó toda una vida.

Barría sin moverse del sitio, sin mover los pies. Por fin, dejó de barrer y me miró, y esto es lo que me dijo: Cuando corto el pelo a un cliente, siempre barro después. Es una de las primeras reglas que aprendes en el oficio de barbero.

Lo tomé por el brazo, y Gassan no soltó la escoba. Me decía a mí misma que, tal vez, debería darle una dosis de *valeriana officinalis*. Así respondía mi oficio a la miseria que le había sobrevenido. ¡Qué poca cosa son nuestros oficios!

Tal vez, en los oscuros pliegues del tiempo no haya más que el tacto mudo de nuestros dedos.

Y nuestras acciones.



Tu A'ida

Sueño: el universo abierto como un libro. Yo lo miraba. La esquina superior de la página derecha estaba doblada, para marcarla. Y en ese pequeño triángulo de papel doblado estaba escrito el secreto de la materialidad, y era tan elegante, tan impecable, como una figura fractal.

Esto me tranquilizó tanto en el sueño, me puso tan contento, que no pensé en anotarlo.

Hayati:

Ha sucedido dos veces. Ayer fue la segunda. Siempre voy a Quart por el pequeño puerto de Tora. Cuando llego arriba me paro, porque me encanta esa vista —las colinas parecen las sábanas de una cama de la que alguien acabara de saltar— y también porque muchas veces nos parábamos allí los dos. A la izquierda hay un edificio de piedra con una puerta que no cierra y un poco más allá una pequeña casa de labor con cabras y ropa tendida fuera. Varios niños, supongo, a juzgar por la colada, pero ninguno de ellos visible. Me quedo junto al edificio de piedra abandonado mirando a las colinas y al río, abajo, y veo venir un perro. Un perro simpático, del tamaño de un terrier. Olisquea mi mano, agitando la cola como si estuviera batiendo un huevo con ella. De pronto oye algo que yo no oigo y rodea el edificio corriendo. Varias veces. Luego desaparece. Al volver al coche, paso por la puerta y echo un vistazo dentro. Ahí estaba, copulando furiosamente con una perra de pelo blancuzco más grande que él. Me quedo mirando. Nada lo detendrá, pienso que es semejante al agua, que no para hasta llegar al mar. Me subo al coche y me alejo de mejor humor que antes de llegar.

Ayer —y ya han pasado catorce meses desde la primera vez— tomé la misma carretera y me paré en el mismo sitio. Y lo creas o no, allí estaba el perrito. Tuve la sensación de que me reconocía. Me senté en una peña. Y él se sentó a mis pies, golpeando la hierba con la cola. Pasado un rato se levantó y se fue. Miré hacia las colinas y el río, abajo. Miré las nubes. Y entonces me asaltó una premonición. Sabía lo que iba a suceder. Lo sabía con absoluta certeza. Lo sabía como si fuera la consecuencia directa de una elección deliberada por mi parte.

Me levanté. Caminé hacia la casita de labor, la que tenía la colada tendida. Bajé por una pendiente donde hay muchos peñascos, y allí, entre dos de ellos, estaba el perro copulando. La perra no era la misma, esta vez era más oscura y más pequeña. Gañidos de placer salían de su garganta.

Temblando, me apresuré a volver al coche. Me senté, apoyé la cabeza en el volante y lloré. Lloré. Me quedé dormida llorando. No sé cuánto tiempo. Me despertó un camión al pasar...

[Carta no enviada]

Estoy sentada en la mesa de Idelmis. Hoy estamos de guardia hasta medianoche. Todo está muy tranquilo. Un camión acaba de salir de la fábrica de helados. Seguramente te habrán llevado de vuelta a la celda y encerrado para la noche. Me levanto, me acerco a la puerta y la abro para ver el cielo nocturno, con la idea de que, tal vez, en este mismo momento, tú también estarás mirándolo, subido en tu montón de libros. Me pregunto qué nos ofrece el cielo por la noche. No creo que sea una promesa; es algo más inmediato. ¿Una conciencia clara o algo así? Deseo que duermas profundamente. Hace mucho frío.

Me hago un café y llaman al timbre. Un hombre mayor que no conozco. Me dice que su esposa se ha quemado cocinando. Respiraba como si hubiera venido corriendo. ¿Hace cuánto? Como una hora, me contesta, me ha traído un vecino en coche.

¿En qué parte se ha quemado su mujer?

En la mano derecha y en la cara.

¿En la cara?

Sí, se inclinó para pinchar las patatas con un tenedor.

¿Se le ha levantado la piel?

No, está muy roja y le han salido ampollas.

Cuando dijo esto, apretó los ojos.

¿Le puso agua fría inmediatamente?

Le metí la mano en un cubo de agua y le puse una toalla mojada en la cara.

Agua fría, agua fría, agua fría, eso es bueno.

Había venido en coche, pero en su cabeza seguía corriendo para alcanzar a esas quemaduras que habían llegado tan rápidas y repentinas a afligir a su esposa: de ahí su respiración agitada.

Lo peor es la mano. ¿Me puede dar algo ahora?

Le daré un spray para aliviarle el dolor, unos apósitos para la mano y un desinfectante. En cuanto llegue a casa tiene que hacer algo más, le dije, tiene que coger una aguja y pinchar en las quemaduras. No pinche las ampollas. Si le duele, si su mujer siente dolor, es una buena señal, la mejor, porque significa que la quemadura no es profunda. Si no le duele, tendremos que llevarla al hospital lo antes posible.

Dios no lo quiera.

Probablemente no lo quiera.

Cuando se fue, el cuello subido y envuelto en una bufanda, su respiración era más regular, y se dirigió despacio hasta el coche del vecino, como si por un momento hubiera tomado la delantera a las quemaduras.

Aquí sentada, escribiéndote, estoy rodeada de extractos, de hierbas, de brebajes, de curas, de venenos, cada cual en su envoltorio y con instrucciones de uso precisas. Todos ellos destinados a reducir el dolor. Y, sin embargo, hay dolores que no queremos aliviar. Posiblemente esta es otra de las cosas que nos recuerda el cielo nocturno.

Estábamos cientos de nosotros en el funeral de Vera. Vera, la mártir. Se dijeron muchas palabras en su honor, sus padres estaban aterrados y orgullosos. Su cuerpo ya había sido purificado y la pudieron enterrar vestida. Varios de nosotros nos lavamos la cara con la arena de la tumba a la que la bajaron. Nadie lloró.

Después del funeral nos reunimos en casa de Issa para hablar de ella. Hablamos de ella aun cuando estábamos callados. Se puede hablar de los muertos en silencio, y puede que los muertos se sientan más a gusto con la charla silenciosa. Vera está muerta, ha desaparecido. Nunca está uno preparado para esta desaparición.

Nos sentamos en un apretado círculo, cuyo centro, su centro geométrico exacto, era su desaparición. No hacía más de tres horas que habíamos venido caminando desde el cementerio, pero parecía que habían pasado tres años. No se había borrado ningún detalle; sencillamente era mucho lo que había sucedido en esas tres horas. A cada rato, uno de nosotros descubría algo más que se había ido, que había partido con Vera, y para lo cual, en lo sucesivo, tendríamos que depender solo de nosotros mismos. Por eso nos apretábamos en un círculo.

Alguien llama suavemente a la puerta mientras escribo. Y luego se oye como si la estuvieran rascando. Podría ser un perro. Me levanto y grito: ¿Hay alguien ahí? Pregunta absurda. Debería haber preguntado: ¿Quién llama?

¡Estoy enfermo!, responden. Abro. Un joven desconocido, delgado, los hombros del abrigo cubiertos de arena y alguna más en el pelo corto, como si se hubiera caído.

No bien me vio se puso a gritar, furioso. ¿Por qué no me abrió cuando llamé? Llevo horas esperando. Horas esperando al frío. Y cuanto más gritaba más furioso se ponía. No tiene derecho a llevar esa bata blanca, me gritó. Y entonces cayó de bruces al suelo.

Me arrodillé a su lado, imaginándome que tal vez estuviera herido. Me miró fijamente y susurró: ¡Soy diabético! Tras lo cual perdió el conocimiento. Le palmeé fuerte en la cara, sin resultado. ¿Tendría el azúcar demasiado alto o demasiado bajo? ¿Hiperglucemia o hipoglucemia? Tenía que decidir si le daba insulina o azúcar. Opté por lo segundo en razón de su inexplicable enojo y porque si lo que tenía era hipoglucemia, había que actuar rápidamente, un minuto es esencial en esos casos.

Fui a buscar un vaso, lo llené hasta la mitad con agua tibia y le eché unos terrones de azúcar, revolviéndolos rápidamente hasta que estuvieron disueltos. Entonces le levanté la cabeza y le abrí la boca, rezando. Cambié de posición, le puse la cabeza en mi regazo y le masajeeé en la garganta, a la altura de la nuez. Tragó. Una vez, dos, tres.

Mirando a las estrellas al otro lado de la puerta, reconozco en este preciso instante

que la vida es azúcar, nada más que azúcar. El chico abrió los ojos.

Dos minutos después volvía a estar en pie. Me dijo que le habían echado de un autobús y había perdido su equipaje. Como no parecía muy comunicativo, no le pregunté más.

Tendríamos que comprobar el nivel de glucemia, le sugerí. Se sacó del bolsillo un fajo de billetes y dijo que tenía que comprar insulina y un lector de glucemia.

Cuando se lo traje, se pinchó en el dedo y depositó cuidadosamente la gota de sangre en el medidor de glucosa. Esperamos para ver qué color tomaba el pequeño círculo, no más grande que una mariquita, en el medidor. Para nuestra sorpresa, se puso casi blanco: el nivel era el normal.

Parece que debo darle las gracias, dijo. Tenía acento extranjero, pero, de nuevo, me abstuve de preguntar.

Daba la sensación de ser una persona reacia a las palabras y precisa, como si hubiera aprendido que todo lo que se dice abierta y claramente solo puede ser falso.

Lo acompañé a la puerta y lo vi cruzar el descampado. Caminaba como un superviviente nato, sin mirar atrás.

Como te decía, antes de que él nos interrumpiera, nos sentamos en un círculo en casa de Issa, recordando la voz de Vera, sus pendientes, su forma de agarrar la pistola, como si fuera un ramo de flores, su risa, su costumbre, cuando estaba impaciente, de introducir un puño en su densa cabellera y tirarse del pelo, sus migrañas, lo que le gustaba la piña. Por fin nos quedamos callados. Llevábamos muchas horas allí sentados.

Fue Issa quien rompió el silencio. No tardaremos en ir, solos o en grupo, a diferentes lugares, y Vera ya estará allí, en cada uno de esos lugares. Y cada vez se irá antes de que la veamos, aunque lleguemos pronto.

Cuando Issa dijo esto, me eché a llorar. Y lloré horas.

Una vez oí un refrán que me impresionó más que un voto matrimonial. No sé de dónde viene. Como aparece un río, puede que venga de [aquí se ha corrido la tinta y el nombre es ilegible]. Si vas río arriba, dice el refrán, coge una flor para mí, y si mueres antes que yo, espérame al otro lado de la tumba.

Esto es lo que necesito decirte hoy, mi Kanadim... Si vas río arriba... Me quedé en la farmacia hasta terminar esta carta, y pronto empezará a clarear. Ahora cerraré y me iré caminando a casa bajo un cielo gélido y de color incierto.

Tuya,
A'ida

«Solo para el poderoso la historia es una línea ascendente donde la cúspide es siempre su hoy. Para quien abajo es, el quehacer histórico es una interrogante que solo se responde mirando hacia atrás y hacia delante, dibujando así nuevas preguntas».

MARCOS

Mi soldador:

Una vez, hace tiempo, pensé que los amigos que tenían gato tendían a ser un poco vagos y un pelín creídos. En lugar de un gato durmiendo a los pies de mi cama, yo prefería tener algo muy distinto bajo la almohada, o mejor, bajo nuestra almohada.

Eso no quería decir que no los acariciara, que no me gustara oírlos ronronear; por supuesto, sabía que tenían siete vidas y esperaban que nuestros bisabuelos les dieran de comer. Pero hoy por hoy, me decía, no hay lugar para tener gatos. Lugar, no tiempo, pues los gatos se cuelan por el tiempo sin que nadie los vea. No hay lugar.

Y ahora hace diez días que tengo uno, tal vez dos semanas. Sucedió así. Wedad tenía que cruzar el océano (la razón es larga de contar y lo haré cuando estemos sentados frente al mar viendo a nuestros hijos construir castillos de arena), y me preguntó si me podía quedar con *Coing*.

Estaré de vuelta dentro de tres días, es cosa de poco tiempo, dijo Wedad. Yo le dije que sí, y ahora no parece que vaya a poder volver.

Coing aparece en cuanto abro la puerta. Y me sigue a todas partes. Duerme a mi lado en el diván. Cuando está relajada, se pasa horas lavándose. Los gatos sucios se parecen a los borrachos, solía farfullar mi tía. *Coing* está aprendiendo a vivir conmigo. Por la noche se sube de un brinco al diván, pero solo cuando he apagado la luz, nunca antes. Cuando le pongo su platillo en el suelo, lo huele y luego espera claramente, espera a que yo me siente a la mesa, antes de empezar a comer. Sabe mejor que yo cuándo voy a levantarme a beber del grifo.

Para su aseo, sigue un ritual especial. Levanta una de sus blancas patas delanteras y se la lame persistentemente hasta que la deja brillante de saliva, luego aparta la cabeza y se restriega un lado del cuello y el hombro de ese lado contra la pata levantada, que se mantiene completamente inmóvil, como si fuera el poste donde se atan los caballos. Terminado este lado, repite la operación con la otra pata, que no se mueve tampoco. Y yo la observo. ¿Sabes lo que observo exactamente? Observo tu ausencia lavándose con su áspera lengua.

Ayer echamos una partida. Éramos ocho. En la última mano, un Tres Rojo apareció el primero en el pozo, así que lo taponó, y ganamos.

A'ida

Llevan casi dos meses reteniéndome el correo. Esta tarde, en el taller, Durito me ofreció una reproducción que tiene pegada en la pared de su celda. Quédatela hasta que vuelvas a tener carta de ella, me dijo, ya verás como llegarán. Hoy la tengo en mi pared, entre el espejo y Australia. Es una reproducción de un cuadro de Georges de La Tour que representa a una mujer joven visitando a un preso por la noche. Él está sentado en el calabozo. Ella está de pie, y en la mano derecha sostiene una vela cuya luz les permite verse. Están demasiado interesados en examinarse el uno al otro para sonreír. Ella acaba de acariciarle el pelo con la mano que tiene libre.

Con lo que te envió hoy quiero llevarte a mi boca. Pero empecemos por el principio.

Vamos bajando juntos la cuesta de la morera. Ha sido un día de mucho calor, de nubes bajas, blancas, lo opuesto a nubes amenazadoras. Acabamos de pasar por la zapatería que hay a la izquierda, en la que también venden bolsos y... ¡pantallas! Esto siempre nos hacía mucha gracia. Unos cincuenta metros más abajo llegamos a una tiendita de comestibles que no lleva mucho tiempo abierta. Ya me había fijado en ella, pero no había tenido tiempo de entrar. El dueño es un hombre que se hace llamar García. La tienda no es más que una caseta con un tejado de uralita. García no vive en ella. Entramos. La especialidad de la tienda son los productos importados directamente de España. Alubias blancas, por ejemplo. Un saco lleno. Tú vas y hundes la mano en ellas, hasta la muñeca entrecruzada de cicatrices blanquecinas, y luego levantas el puño cerrado, lo abres, y las alubias caen entre tus dedos, brillantes como porcelana. Bacalao en salazón. Ristras de dulces cebollas rojas.

El dueño nos mira. Nosotros observamos los productos, él nos observa a nosotros, y todos sonreímos. García rondará los setenta años; tiene una cara muy redonda y lleva unas gafas con cristales muy gruesos. Le pregunto qué conexión tiene con España. Mi madre vive en Sevilla. Su respuesta me sorprende, pues tiene que ser una mujer muy mayor. Ella es la que se encarga de comprar, me explica, y también del transporte.

Tú ya estás fuera, encendiendo un cigarrillo y esperando ver una gacela en los cerros, por el este.

¿Y ha venido alguna vez su madre?, le pregunto. Es demasiado mayor para viajar, dice él, pero compra muy bien. Tras los gruesos cristales de las gafas, sus ojos tienen algo extraño; parecen al mismo tiempo concentrados y distantes, como si miraran dos cosas simultáneamente: lo que hay delante de él y la palabra o las palabras que lo representan. No podría desenvolverme sin ella, continúa el hombre, las mujeres —¿se ha fijado?—, cuando envejecen, olvidan mucho menos que de jóvenes, y en esto son totalmente distintas de los hombres, con la edad los hombres se olvidan cada vez de más cosas. Yo ya soy más olvidadizo que mi madre... y es natural.

Muestro mi desacuerdo y le digo que yo ya tengo buena memoria.

Hace un gesto con las manos como sugiriéndome que ya no soy tan joven.

Guapo mío, ¿qué edad tenemos? Hemos envejecido tantas veces. ¿Perderás la memoria antes que yo? Da igual, te cuento todo esto porque en un instante te llevaré a mi boca.

Entonces el hombre musita algo que me sorprende: No hay como la cárcel para desarrollar y mantener la memoria. ¿Lo sabe por experiencia?, le pregunto muy

bajito. No me responde y en cambio me pregunta cómo ha ido el traslado a la nueva farmacia. Me lo pregunta para dejarme ver que sabe más de mí de lo que yo creo. Sin embargo, su evasiva es también típica de quienes han pasado tiempo en prisión.

Lo miro fijamente y de pronto entiendo sus ojos. Está casi ciego. Estoy segura.

¿Ha probado estos?, me pregunta. ¿La Biblia?^[*] Los hacen en Sevilla. Tiene en la mano un dulce envuelto en papel de seda blanco, azul y rojo. La biblia, repite, la Biblia porque parecen el maná que cayó del cielo en el desierto. Un maná de almendras, lo más dulce del mundo.

Pesa medio kilo de Biblias, los vuelca del plato de la báscula a una bolsa de papel y me la da. Es una báscula romana; palpo la posición de la aguja con el dedo. Doy un paso atrás.

No puede rechazar un regalo, me insiste, se los doy.

¿Por qué?

Me he olvidado, dice, y usted también. Un día se lo preguntaremos a mi madre.

Lo acepto y le pago la ristra de cebollas que he elegido.

No estás fuera, porque nunca lo has estado. Estás en tu celda. La número 73.

Así que me encamino sola cuesta arriba, pensando en qué te parecerá la historia. Me he olvidado por completo de los dulces.

Cuando llego a casa, pongo agua a hervir para hacerme un té, y entonces los recuerdo. Desenvuelvo uno. Es ovalado y tiene el color del pan tierno. El tamaño de una lengua. La tuya o la mía. Polvorón artesano de almendra^[*]. Un ligero aroma a canela. Peso: 32 gramos. Muerdo un pedacito para los dos. La mezcla de harina horneada y almendra molida, dulce y un poco grasa, domina la paleta de sabores, se pega al cielo de la boca, mientras que en la tierra, en nuestra lengua, se quedan trocitos de almendra tostada que llevamos a los dientes y masticamos.

Masticar un Biblia es parecido a echar una manta de almendra sobre nuestras cabezas para guarecernos de la arena, de la lluvia, del viento o del indiscreto reflector de la torre de vigilancia.

Nos dio doce, seis para mí y seis para ti, si llegan a tus manos. Si no llegan, recuerda que te he llevado a mi boca.

A'ida

La semana pasada estuve en Suse. Me detuve bajo las mismas farolas bajo las que caminarás tú cuando salgas. A excepción de la torre de vigilancia, todo parecía desbaratado y roto. Todo parecía provisional.

Los usurpadores hacen todo lo posible por hacernos olvidar que acaban de llegar. Para ver el cielo me encaramo en el catre. El cielo: un recordatorio de lo que se puede olvidar temporalmente. Por ejemplo, que los fondos de inversión privados disponibles hoy para la especulación financiera valen veinte veces más que el producto nacional bruto mundial. El viento, que las nubes amablemente hacen visible, basta para sugerir que a esas ilusiones no les queda mucho tiempo.

Tercer paquete de cartas

El paquete, como los otros dos, está atado con tira de tela en la que hay tres palabras emborronadas:

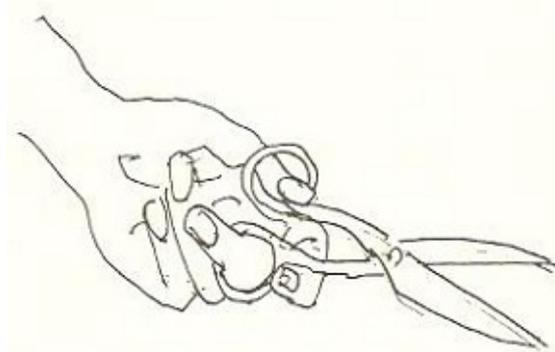
País de origen.

Habibi:

Toda dolencia produce caos. Por eso, cuando la gente viene a la farmacia a comprar las medicinas que le han recetado, busca un tipo de orden. En una farmacia los números y la aritmética vuelven a tener la seria pulcritud que tenían en la pizarra de la escuela.

¿Cuántas cápsulas en cada toma? ¿Cuántas tomas al día? ¿Durante las comidas? ¿Cuánto tiempo antes de las comidas? ¿Cuánto tiempo después? Las respuestas son renumeradas varias veces y escritas con bolígrafo en la caja de la medicina. Oigo a la gente repetir los números cuando salen: dos por la mañana, tres en la comida, dos por la noche, repetírselos como si fueran un número de teléfono, pues así, amor mío, se mantiene a raya el silencio de lo impredecible.

Un hombre al que no conocía merodeaba en la puerta trasera de la farmacia. Llevaba una larga bufanda de punto atada a la cabeza. Tendría sesenta y tantos años. ¿Busca algo?, le pregunté. Le deseo lo mejor a usted y a los suyos. Busco cajas. ¿De qué tamaño? De cualquiera, de todos los tamaños, contestó. ¿Va a fabricar algún mueble con ellas? Movié la cabeza para decir que no y sonrió por primera vez. ¿Para quemarlas, entonces? Yo me dedico a contar historias, dijo. Veré lo que tengo por ahí, dije yo. Volví con una grande y varias pequeñas dentro. Gracias. ¿Me dirá ahora qué va a hacer con ellas? Primero les hago unos agujeros para que les entre el aire, y luego meto dentro una historia, debe saber que las historias que se dejan al aire libre se desvanecen, las historias necesitan vivir en secreto, pero tampoco pueden vivir sin aire... De verdad, ¿a qué se dedica?, le pregunte. A la cría de pollos, dijo.



Tu farmacéutica, cuyos años pueden con ella, y tu A'ida

Mi guapo:

Hoy te he enviado los calcetines que me pediste (cuatro pares). Dos pares a rayas, horizontales, que modelarán tus tobillos como si fueran los espolones de una cebra, y dos blancos, sin dibujo. Los compré la semana pasada y los dejé en el armario con el resto de tu ropa. No los puse en el correo, se los di al abogado, dime si te han llegado.

Los botones y las alubias tienen algo en común: ¿sabes lo que es?

Te daré una pista. ¡Mírate las manos!

Dices que los dibujos de manos que te envíó los tienes pegados con cinta adhesiva en el muro de la celda, directamente debajo del ventanuco: así, dices, pueden irse volando a donde quieran.

Lo que quieren es tocarte, quieren volverte la cabeza cuando te empeñas en mirar a otro lado, quieren hacerte reír. ¿Y si los bebés se rieran al nacer en lugar de llorar? Rara pregunta, porque sabemos que no nacerían a esta vida.

En mi vida, sin embargo, mis manos quieren hacerte reír. ¡Mírate los pulgares! Ellos son la conexión entre los botones y las alubias: ya estés quitándoles las vainas a las alubias o desabrochando botones, el gesto de los pulgares es el mismo.

Esta tarde estuve desgranando alubias con Ama, sentadas las dos con las piernas cruzadas en el suelo de la azotea. Varios kilos. Subí a tender y ella estaba allí con una cesta inmensa de alubias. Había empezado, pero todavía no había quitado muchas vainas. Parecía más delgada que nunca y sus gestos eran apáticos. Señalé al cesto con la barbilla e hice una observación de farmacéutica: ¡ricas en proteínas y amidas! Ayúdame, me dijo como respuesta, y así no nos moriremos de hambre.

Ama no es perezosa, pero puede ser que teniéndome sentada a su lado le pareciera más probable, más previsible, el invierno que se avecina.

Me senté a su lado y empezó a trabajar con más ganas, más deprisa. Vaciábamos las vainas y las tirábamos en un cubo que siempre está en la azotea. Todo el mundo lo utiliza para coger agua. Fue a por él y lo puso a sus pies. Las vainas de esta variedad de alubias son blancas con motas marrones y grises. Tiradas en el cubo, parecen vendas usadas. Las golondrinas vuelan muy bajas, hay polvo en el aire. Todo espera a que empiece a llover. De vez en cuando nos mirábamos a los ojos, pero no hablábamos. Oímos la sirena de un jeep del ejército.

Espero no llegar a dar a luz nunca, susurró Ama, es una crueldad traer a nadie a este mundo.

¿Crees que estás embarazada?

Negó con la cabeza.

Entre las dos había una palangana de metal blanca a la que echábamos las alubias marrones que íbamos desgranando.

Siguió hablando: El otro día conocí al hermano mayor de Rami y me regaló un libro que había encontrado al sacar sus escasas pertenencias después de su muerte. Le dije que no quería saber nada. Ama movió la cabeza.

Al principio, conforme las íbamos «desabrochando» y echando a la palangana, las alubias tintineaban contra el metal, pero ahora caían en silencio porque ya estaba más de medio llena. Son alubias de una variedad que llaman «canela».

Y Ama continuó: Así que el hermano de Rami me explicó que Rami había escrito mi nombre en el libro y que debía de estar pensando en regalármelo. Lo cogí. Lo tengo en mi cuarto. Es un libro de poemas escrito por una mujer que se llama Bejan Matur.

Ama se puso de pie, atravesó la azotea y regresó con un libro en la mano. Cuando volvió a sentarse, lo abrió y leyó en voz muy baja, casi como si susurrara una oración, lentamente.

La sangre que sabe esperar
también sabe ser piedra.

Dejé de desgranar alubias. Ama bajó la vista a su regazo. Esperamos. Y volvió a leer.

La sangre que sabe esperar
también sabe ser piedra.
Duele estar en el mundo.
Lo sé.

Cerró el libro y lo dejó al lado de la palangana.

¿Por qué hay tanto dolor?, me preguntó. Todo es dolor, ¿por qué? Los hombres no paran de destrozarse unos a otros. Dímelo. Tengo que saber por qué. ¿Por qué nacemos solo para sufrir? Sé que es así. Pero tengo que saber por qué.

Metí la mano en la palangana llena de alubias y dejé que corrieran entre mis dedos. Una noche este otoño, le dije, las pondremos a cocer lentamente, sin sal, hasta que estén blandas. Tenemos que encontrar limas —son mejores que los limones para esto—. Y tú cocerás unos huevos, por lo menos seis horas, con mondas de cebollas y sin olvidarte de ponerle una cucharada de aceite para que el agua no se salga al hervir. ¿Lo harás?

Alzó la vista, me miró, se inclinó hacia mí y me besó en la boca. Yo hundí la mano en su espesa cabellera y tiré suavemente de ella. Entonces volcamos la palangana, y las alubias se desperdigaron por el suelo de cemento.

Cuando nos dimos cuenta de lo que habíamos hecho, nos echamos a reír, juntas.

Nos reíamos de un viejo chiste, un chiste más viejo que un palacio cualquiera, un chiste de alubias «canela». Y entonces las recogimos, a cuatro patas. Y creo que apenas perdimos unas cuantas.

Duele estar en el mundo —el poema no puede ser más cierto—, y mis manos esta noche desean consolarte.

Tomados colectivamente, los pobres son inabarcables. No solo constituyen la mayoría del planeta, sino que además están en todas partes y, de alguna manera, el más pequeño de los acontecimientos remite a ellos. La actividad de los ricos, por consiguiente, consiste en construir muros: muros de hormigón, de vigilancia electrónica, barreras de misiles, campos minados, fronteras armadas, desinformación mediática y, por último, el muro del dinero que separa la especulación financiera de la producción. Solo un tres por ciento de la especulación y del intercambio financiero está relacionado con la producción. Te quiero.

Mi guapo:

¿Recibiste el libro de N. K.? Estoy en la azotea, se está poniendo el sol y acabo de hablar por el móvil con nuestros amigos sometidos a fuego de mortero en Cocodrilópolis. ¡Y todavía gastan bromas y hacen chistes! ¡Bromas!

Te amenacé con hablarte de los ángeles. Hubo un tiempo en el que los ángeles tenían alas. Algunos tenían doce, otros, cuatro, la mayoría tenía dos. Estaban por todas partes. Había mil quinientas cincuenta miríadas de ángeles cantando y alabando la gloria de Dios. Y además estaban los ángeles que trabajaban. Todos los días de la semana, todas las horas del día, todos los puntos cardinales, toda actividad y ocasión, todas las montañas y caminos tenían su ángel. Los ángeles volvían a nacer cada mañana.

No sé cómo sería estar rodeada de una población tan densa. Tal vez, como nacer en un campamento de refugiados.

Salvo que los ángeles eran invisibles la mayor parte del tiempo. Eran invisibles, pero estaban presentes con sus instrucciones, sus opiniones, sus voces incesantes y sus bandas de frecuencia.

Angiras significa «espíritu divino» en sánscrito Angaros significa «guía» en persa. Angeles en griego significa «mensajero».

La semana pasada vi a Ved. Había bebido agua contaminada y tenía gastroenteritis y diarrea. Le di nifuroxazide (800 mg al día) y coperamide (12 mg al día). Y después de guardarse en el bolsillo las medicinas me contó una historia.

Gustavo, el zapatero, murió de viejo. Murió en su tallercito mientras remendaba un par de sandalias. Un ángel lo acompaña al cielo. En un momento determinado el ángel le habla: Si quieres, ahora puedes mirar abajo y ver las huellas de tu vida. Así lo hace el viejo, y ve el largo rastro de sus pisadas. Pero hay algo de lo que ve que le asombra y pregunta: ¿Por qué se paran mis huellas dos o tres veces durante un largo trecho, como si mi vida hubiera terminado y me hubiera muerto? ¿Cómo es posible? Y el ángel se ríe y responde: Esos fueron los momentos en los que yo te llevé.

Los ángeles dicen cosas y cantan, y todas las canciones sueñan que son cantadas por un ángel.

Puede que la música y aquellos ángeles con alas fueran hermanos gemelos, nacidos uno después del otro. La música primero. Y si uno quiere imaginar la soledad de esos momentos, antes de que naciera el primer ángel, no tiene más que escuchar a Billie Holiday.

Los ángeles también tenían sus flaquezas. En el siglo XV se calculaba que el número de ángeles caídos ascendía a ciento treinta millones. Muchos cayeron porque, al igual que Asael, se acostaron con una mujer.

No estoy muy segura del orden. Podría haber sido al revés, en ese caso la caída habría sido antes, no después. Nunca me han tentado los ángeles, pero me puedo imaginar aceptando a un ángel caído.

Idelmis ha cambiado de sitio su silla, de modo que ahora ve la fábrica de helados al otro lado de la puerta abierta. Le gusta ver quién viene por el descampado. Ahora su mesa y su silla están en la isla de los antipiréticos y los antiálgicos. Bromeó al respecto. Lee, reflexiona, dormita y hay días en los que no se acerca al mostrador más de una o dos veces para atender o aconsejar a un cliente. Pero escoge bien cuándo hacerlo, pues, en cierto modo, sigue todas las transacciones. A veces pienso que todavía me está dando unas últimas clases.

Se ha hecho de noche y hay un corte de electricidad. Oigo un zumbido vigilándonos desde arriba, y pongo mis manos entre las tuyas antes de irme a la cama con una vela.

Tu A'ida

La industria del miedo. La semana pasada se inauguró en París el Salon du Bourget, la gran feria internacional de armamento. Uno de los artículos de mayor éxito fue el Cogito 1002, fabricado por SDS. Es una especie de quiosco blanco en el que se mete a los viajeros en los aeropuertos para interrogarlos, al tiempo que se les obliga a poner la mano en una superficie que funciona como lector de bioinformación. Las reacciones corporales a las preguntas, recogidas por Cogito 1002, indican si la persona es o no sospechosa. Ya está en uso en los aeropuertos estadounidenses. Preparado para la exportación. Si pudiéramos conseguir uno para aquí, podríamos jugar a algo con los guardias: ¡les fascinaría!

Te contaré por qué estoy a punto de ponerme a planchar una de tus camisas, la blanca con botones oscuros, con cuatro botones en cada puño. ¿Ves la que digo?

El viernes pasado hizo un calor infernal. Pasamos de los cuarenta. Bebíamos agua cada media hora, y por la noche el cielo tenía un color metálico; solo esperábamos que estallara una tormenta. Nos cogió por sorpresa. Tal vez, esperar algo no disminuye la sorpresa cuando por fin llega. Era como si todo lo que existe en el mundo se hubiera convertido en lluvia.

Todavía estaba en la farmacia, y el estruendo de la lluvia en el tejado era ensordecedor. Los aguaceros suenan igual que el fuego, me dijiste un día que estábamos cruzando por el puente de Ornar.

Salí a la puerta a ver. Una lluvia amarilla saltaba de la tierra del descampado, y una lluvia gris caía a raudales del cielo. Todo era lluvia.

Y me asaltó un deseo irresistible de meterme en aquel aguacero, porque era inconmensurable. Vivimos día a día con un tipo u otro de inconmensurabilidad, ¿no? Estaba pensando en ti, así que hice lo que me pedía el cuerpo. Salí al diluvio y cerré la puerta.

No era como ducharse, soplete mío, era algo instantáneo. El agua se apoderó de mí por completo y al mismo tiempo me dejó sin aliento. Es posible que chillara. Pero me quedé allí, completamente entregada a la lluvia, feliz e ilimitada, igual que cuando volamos juntos en el CAP 10B.

Alguien me gritó desde lejos. Solo distinguí la silueta de un hombre que venía por el descampado tapándose la cabeza con una bolsa.

Cuando estaba a un palmo de mí, vi que era Alexis. Alexis en una de sus visitas inesperadas. Estaba igual de empapado que yo, pero parecía menos contento. Esto me hizo llevarlo dentro.

Nos pusimos a cubierto, chorreando, chorreando y formando sendos charcos a nuestros pies, en el suelo de baldosa. Estábamos asombrados y a punto de echarnos a reír. Pero no nos reímos, pues a los dos se nos ocurrió lo mismo en el mismo momento.

Sin decir palabra, nos pusimos a bramar como hacen los elefantes cuando lanzan agua por la trompa para lavarse unos a otros. Y así estuvimos un rato largo, exagerando cada vez más nuestros gestos enloquecidos. Éramos dos elefantes, y nuestro brazo izquierdo era la trompa. Y en el juego, los dos recordábamos el tiempo que estuvimos presos y sabíamos que, aparte de la guasa, a lo que jugábamos era a soñar con la libertad. Sí, como dos locos. La locura era lo mejor de todo.

Transformamos nuestros hombros en orejas de elefante para hacerte reír, a ti, mi golondrino^[*], y a Murat y a Durito y a Alí y a Silvio. No nos veáis, ni nosotros os

veíamos a vosotros. En ese momento os estarían conduciendo a las celdas, os estarían encerrando.

¿Los oyes reírse?, gritó Alexis.

Los oí.

Paró de llover y caminamos hasta casa. Nos secamos y le presté a Alexis esta camisa tuya, un par de pantalones y unas sandalias. Surgió la oportunidad de una partida de canasta. Todo fue bien, y Alexis hizo tres negras más una roja. Yo abatí y pedí permiso para retirarme. Al día siguiente, sus ropas estaban secas, y se fue.

Ahora ya está planchada, tu camisa. La planché despacio. ¿Hacía cuántos años que no planchaba una camisa tuya? Sé que no contamos por años, sino por días. La planché despacio y la abotoné hasta el cuello. Los botones son de color pizarra oscura. Por la mañana, todavía acostada, me gusta verte parado a los pies de nuestra cama, y tú haces una mueca y desabrochas solo tres botones, lo suficiente para sacarte la camisa por la cabeza. Dos mil ciento veintiséis días.

Tu A'ida eterna

Can Yücel cuenta una historia.

Yakov, un chico de siete años, le pregunta a un amigo: ¿Cómo es posible que lo veamos todo siendo los ojos tan pequeños? Podemos ver toda una ciudad o toda una calle muy larga, ¿cómo cabe todo eso en un ojo?

Bueno, Yakov, le digo yo, piensa en todos los presos de esta cárcel, mil como poco, y en sus ojos, que el anhelo de ver el mundo de fuera hace cada vez más grandes. ¿Cómo crees tú, Yakov, que se pueden amontonar tantos ojos en un espacio tan pequeño?

Mi soplete:

Cuando era chica, mi tía Tania hacía todos los otoños cabello de ángel. Se utilizaban las calabazas más grandes, y sabía a caramelo y a nabo. Las cortezas de las calabazas, que eran del color de la carne, tenían motas y estrías, unas rojas y otras verdes, y parecían la cabeza de un ángel vista desde atrás. A lo mejor por eso se llama así el dulce. Si encuentro la receta, haré y te enviaré.

Lo que te envío ahora, en cambio, es una frase que escribió Ibn Arabi en el siglo XIII. Fue él mismo quien observó que la visión de Dios en una mujer era la más perfecta de todas. Seguro que no hay una celda en la cárcel de Suse en la que sus habitantes no estén de acuerdo con esto.

Encontré la frase que te envío citada en un artículo sobre Aristóteles publicado en una vieja revista médica en la que venía envuelta una caja de jeringas importadas de Taiwán. La frase dice: Los ángeles son las fuerzas ocultas en las facultades y los órganos del hombre.

Quiero contarte al oído, soplete mío, las preguntas y las respuestas que me vienen a la cabeza mientras estoy aquí sola —si exceptuamos a Coing, que está enroscado en su silla habitual— noche tras noche. Puedo decir que estoy sentada en tu silla porque a la hora de comer te gustaba sentarte mirando a la ventana. Y, sin embargo, amor mío, apenas tuvimos tiempo de que nada se convirtiera en una costumbre de verdad, excepto la de dormir abrazados. Sí, a eso sí que se habían acostumbrado nuestros cuerpos y nuestro sueño. Algo me impulsa. Una especie de asombro, porque ocho siglos después vemos la verdad que encierra esa frase.

Miro el papel en el que estoy escribiendo y oigo tu voz. Las voces son tan distintas unas de otras como las caras y mucho más difíciles de describir. ¿Cómo describiría tu voz a alguien de modo que te reconociera infaliblemente? En tu voz se oye una espera... como cuando uno aguarda a que el tren esté casi parado para montarse de un brinco. Hasta cuando dices: Venga, vale, vamos, dame la mano, no mires atrás. Incluso entonces se oye en tu voz una espera. O como cuando me abrazaste en la ladera de Sevis y dijiste: ¡Quédate para siempre!

Los neurobiólogos saben hoy que los cuerpos vivos consisten, además de en sus componentes físicos y sus sustancias químicas, en una cadena incesante de mensajes y que estos mensajes guían las actividades de las células corporales, a fin de mantener, conforme a las circunstancias, lo que ellos denominan la homeostasis: el máximo posible de bienestar y estabilidad.

Otra cosa acerca de tu voz. Cuando hablas, tus labios se convierten en una cortina abierta a tu lengua y tus dientes, y la cortina es también una herida, que siempre quiero besar.

Los mensajes los transmiten los llamados ligandos, que viajan enormes distancias por la corriente sanguínea y por otros canales. Un ligando es una pequeña molécula de aminoácidos. Lo que convierte este proceso en algo alucinantemente intrincado e íntimo es que cada diferente tipo de ligando ha de encontrar su tipo específico de receptor. Los receptores son moléculas de aminoácidos más grandes. En la superficie de cualquier célula simple puede haber cientos de miles de receptores. Una sola célula nerviosa tiene más de un millón, un millón de oídos aguzados esperando un mensaje de la boca de uno de sus propios tipos de ligando, un mensaje que se transmitirá al núcleo de la célula para que esta modifique su actividad en función de las noticias que acaba de enviar el resto del cuerpo y su entorno.

Cuando escribo la palabra célula, siempre pienso en que, en su origen latino, es la misma palabra que celda, y se me viene a la cabeza el número de aquella en la que tú estás encerrado, el 73. Las palabras nunca dejan de conectar unas cosas con otras, y, a veces, las conexiones parecen inverosímiles. En eso se asemejan a las madres. Las madres siempre intentan unir: son lo opuesto a un calabozo. Lo que no impide que muchos hijos sean toda su vida prisioneros de sus madres.

Hay más «eses» en tu voz que en ninguna otra. Es más sibilante esa voz que me falta. Esa voz que añoro más de lo que pueden decir las palabras.

La puerta de la antecocina está abierta y veo a la izquierda el grifo sobre la pila baja donde pongo las macetas para regarlas. Esta tarde al volver a casa regué los dos jazmines, el amarillo y el blanco. Solías lavarte los pies en esa pila. Nunca en el cuarto de baño. Quítate las sandalias ahora, mete un pie y me cuentas cómo te ha ido la mañana, mete el otro y me cuentas cómo te ha ido la tarde. Escuchándote, yo medio me imagino que son el tobillo y los huesos del pie los que le dicen a tu mano lo que le tiene que decir a tu voz que me diga. Y por eso quiero besar cada uno de esos cincuenta y dos huesos de tus pies.

Los mensajes transmitidos a los receptores van desde las indicaciones más simples —Adelante, Atrás, Abrir, Cerrar—, hasta los códigos de comportamiento más provocadoramente complejos, códigos que están en relación con la empatía, la ayuda mutua, la falsedad, la venganza, el sacrificio personal, la cautela y la lujuria.

¿Por qué será que cuando en la desolación de la noche digo «te quiero», recibo algo inmenso? Nada ha roto el silencio. Y no es tu respuesta lo que recibo. Solo ha habido mi declaración, y, sin embargo, me siento llena. ¿Llena de qué? ¿Por qué se convierte en un don la renuncia para quien renuncia? Si comprendiéramos esto, ya no temeríamos nada, Ya Nour. Te quiero.

Los mismos ligandos, con sus receptores, se producen en el cuerpo y en el cerebro, y operan como una red con la misma autoridad en ambos. Para ellos el cuerpo y la mente son iguales. Es una larga historia. Ciertos ligandos que se encuentran en el cuerpo humano se encuentran también [aquí la letra está emborronada y es ilegible], una de las primeras criaturas vivas que existieron, soplete mío.

Los ligandos transmiten sus mensajes a sus receptores específicos de dos maneras. La más común es mediante un contacto directo en la membrana superficial de la célula —como tú y uno de tus compañeros golpeando en la pared que separa vuestras celdas—. En su caso, el mensaje es una enzima que transforma ATP en AMP, el cual se encarga de llevarlo aún más lejos. Los ligandos esteroides operan de otra forma: sus receptores no se encuentran en la membrana de la célula, sino en el fondo de su núcleo. De modo que su información llega como si fuera un mensaje escrito atado a un cordel suspendido de una ventana celular en el piso de arriba. El receptor transmite a su vez su mensaje al ADN de la célula, que lo envía en forma de ARN aún más lejos. Las hormonas sexuales, por ejemplo, son ligandos esteroides. Y mis pechos tienen la forma que tienen gracias a los mensajes que portan la gonadotropina, el estrógeno, la progesterona y la prolactina. Cualquiera podría pensar al leerlos que son nombres de ángeles, ¿verdad?

Tú tienes tu propia manera de leer, soplete de mi alma. Ya sea sentado en esta mesa, leyendo el periódico doblado por la mitad, ya sea recostado en la cama —los pies fuera del colchón, sosteniendo el libro con las dos manos frente a la cara, un libro sobre plantas alpinas, posiblemente—, tu forma de leer, tu forma de realizar el acto de lectura, es especial. A algunos de nosotros nos arrastra el torbellino de la letra impresa, otros despegan y emprenden un largo vuelo, tú reúnes a tu alrededor lo que recibes e inmediatamente lo pones en relación con lo que ya estaba ahí. Cuando lees, lejos de ausentarte, estás más presente que nunca. Reclino la cabeza en tu hombro. Leer para ti es una forma de escuchar, y esto se hace visible en la posición de tu barbilla. Giro la cabeza, que está reclinada en tu hombro, saco la punta de la lengua y te toco debajo de la barbilla; después subo la cabeza un poquito y poso los labios a cada lado de donde toqué con la lengua.

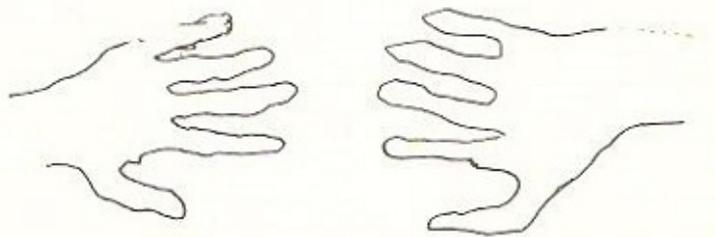
Los mensajes recibidos por los receptores que hacen reaccionar a las células pueden ralentizar, acelerar, invertir o modificar la actividad del cerebro, de las glándulas, del sistema inmunológico, del bazo y del intestino, e, igualmente, provocan lo que sentimos, cómo deseamos, que tengamos miedo, que corramos riesgos o que nos escondamos.

Nuestros cuerpos están compuestos por trillones de células, y los mensajes que reciben forman una red que se retroalimenta y se coordina sin cesar. No hay un alto mando, solo el continuo circular de los propios mensajeros del cuerpo, algunos de los cuales existen desde que empezó la vida y que, en su multiplicidad, tejen —es la única palabra que se me ocurre—, tejen una inteligencia comparable a la famosa inteligencia de la mente. Se diría que el cuerpo y la mente están hechos de la misma sustancia. Los ángeles son las fuerzas ocultas en las facultades y los órganos del hombre. Y en la misma página de la misma revista llegada de Taiwán, Aristóteles llamaba «inteligencias» a los ángeles.

Cada célula es un individuo —con su propia fecha de nacimiento, su periodo de vida y su fecha probable de muerte—. Cada célula tiene más o menos un millón de

receptores que esperan los mensajes de los ligandos. Los ligandos fueron los primeros ángeles.

¿Por qué te cuento todo esto? ¿Por qué es tan apremiante? Porque se trata de dónde estamos, tú y yo.



El descubrimiento de los «ángeles ligandos» por parte de la neurobiología cambia nuestros supuestos sobre la mente. Y también cambia lo que se encuentra entre la mente y el conjunto de la naturaleza que nos rodea. La idea de que el cuerpo es una máquina física gobernada por una mente inmaterial e intangible está acabada. Solo duró cuatro siglos.

La mente está arraigada en el cuerpo mediante el cerebro físico. La mente nace de unas células nerviosas que no son muy distintas de los demás tejidos vivos, y vive en ellas. Mente y cuerpo, intangible la una y tangible el otro, están urdidos en una única trama; no son dos cosas, mi soplete, son una.

Tú, en tu cárcel, no puedes cubrir distancias, salvo las mínimas que repites cada día. Pero piensas, y con tu pensamiento atraviesas el mundo. Yo puedo ir a donde quiera, cubrir distancias es una parte de mi vida. Tu pensamiento y mis viajes son casi la misma cosa. El pensamiento y la extensión son partes de un solo paño. Una única trama.

Con la mente, tú y yo buscamos una manera de salir de nuestros días, que son con tanta frecuencia oscuros; intentamos encontrar lo que hay de infinito en cada minuto.

Por eso tengo que decírtelo. En la cárcel, suelen aparecer ángeles en los sueños. Los ángeles son los polos opuestos del personal penitenciario, aunque en ambos campos los hay buenos y malos. Para ser completamente consciente de los ángeles tienes que saber cómo son los guardias. Fuera de los penales, la gente olvida la existencia de ambos.

La mente es la consecuencia de la lectura continua de lo que acontece en el cuerpo, y entre lo que acontece se encuentran todas las percepciones de los sentidos: lo que vemos, lo que oímos, lo que tocamos, lo que olemos y lo que degustamos. Lamo una cucharada de miel y bebo un té caliente; hace frío esta noche. Tú, en tu celda, acabas de meter la cabeza bajo las mantas.

Hoy ha caído la primera nieve, y el aire era muy frío, de modo que ha cubierto cada rama, cada ramita de los frutales de la ladera de enfrente. Todos y cada uno de los detalles de todos los árboles estaban dibujados en blanco. Y esta noche te envió esta blanca decoración de tracería, como si fuera un ángel. Lo que nos rodea forma también parte del mismo paño. Tápate con él la cabeza y que las palabras que vienen

a mí cuando voy hacia ti te arropen.

La mente lee y transforma en imágenes los sucesos que el cuerpo percibe. Sin mente, no hay imágenes, amor mío.

Toda la naturaleza es un filtro revelador para la inteligencia que ha pasado por él. Nuestros cuerpos forman parte del mismo filtro, y de nuestros cuerpos proceden las mentes con las que leemos lo que se nos revela. Me estoy quitando la ropa para contártelo.

A.

Irene. Good night. Te alcanzo en sueños...

Guapo mío:

Escuchas en tu celda mis palabras conforme las escribo. Estoy sentada en la cama, el cuaderno apoyado en las rodillas.

Si cierro los ojos, veo tus cicatrices, la de la izquierda más protuberante que la de la derecha. Mi mejor amiga de la escuela afirmaba que el oído humano es semejante a un diccionario y que si sabes hacerlo puedes buscar palabras en él. Límpido, por ejemplo. Límpido.

Sonó el teléfono y oí la voz entrecortada de Yasmina —los pinzones pían así de rápido cuando su árbol corre peligro—, diciéndome que hacía unas horas que un Apache sobrevolaba la antigua fábrica de tabaco de Abor, donde siete de los nuestros estaban escondidos, y que las mujeres del barrio —y de otros barrios también— habían formado un escudo humano alrededor y en el tejado de la fábrica, para impedir que la bombardearan. Le dije que iría enseguida.

Colgué el teléfono y me quedé quieta, pero me sentía como si estuviera corriendo. El aire fresco me daba en la frente. Algo mío —algo que no era mi cuerpo, tal vez, mi nombre, A'ida— estaba corriendo, girando a toda velocidad, elevándose y cayendo en picado, haciéndose imposible de divisar o de alcanzar. Puede que un pájaro sienta lo mismo cuando lo ponen en libertad. Algo límpido.

No te voy a enviar esta carta. Sin embargo, quiero contarte lo que hicimos el otro día. Tal vez no la leas hasta que los dos estemos muertos, no, los muertos no leen. Los muertos son lo que queda de lo que se escribió. La mayor parte de lo que se escribe queda reducido a cenizas. Los muertos están todos ahí, en las palabras que permanecen.

Para cuando llegué, veinte mujeres se habían instalado en el tejado de la fábrica y agitaban pañuelos blancos. La fábrica tiene tres pisos, igual que tu cárcel. Filas de mujeres rodeaban el edificio apostadas contra las fachadas. Todavía no había a la vista ni tanques ni jeeps ni humvees. De modo que atravesé el descampado desde la carretera para unirme a ellas. Reconocí a algunas; a otras no las conocía. Nos tocábamos y nos mirábamos en silencio para confirmar lo que teníamos en común, lo que compartíamos. Nuestra única posibilidad era convertirnos en un solo cuerpo mientras estuviéramos allí, y negarnos a movernos.

Oímos que volvía el Apache. Volaba muy bajo, en círculos lentos a fin de atemorizarnos y observarnos, su rotor de cuatro aspas chantajeando al aire bajo él para que lo sostuviera. Oímos su familiar rugido, el rugido de ellos decidiendo y de nosotras corriendo a refugiarnos, pero hoy no iba a ser así. Vimos los dos misiles Hellfire que llevaba metidos bajo los sobacos. Vimos al piloto y a su artillero. Vimos las armas apuntándonos.

Era muy posible que algunas de nosotras muriéramos allí mismo, delante del monte destrozado, delante de la fábrica abandonada, que hace cuatro años se utilizó de hospital improvisado durante la epidemia de disentería. Todas, creo, estábamos asustadas, pero no por nosotras mismas.

Otras mujeres venían corriendo, zigzagueando por el sendero que baja del monte Abor. Es muy pendiente por ese lado, ¿te acuerdas?, y no veían el helicóptero. Venían del brazo, de la mano, riéndose nerviosas. Era muy raro oír sus risas y el rugido del Apache al mismo tiempo. Recorrí la fila de mujeres con los ojos, miré a mis compañeras, particularmente a sus frentes, y estaba segura de que algunas habían sentido lo mismo. Sus frentes eran límpidas. Las más rezagadas recompusieron sus ropas al llegar, y nosotras las abrazamos solemne y afectuosamente.

Cuantas más seamos, mayor será el objetivo que tengan que batir y más fuertes seremos. Una lógica extraña y límpida. Cada cual estaba asustada, pero no por ella misma.

El Apache estaba suspendido sobre el tejado de la fábrica, como a tres pisos de altura, fijo, pero no quieto. Nos dábamos la mano y de cuando en cuando repetíamos nuestros nombres. Yo tenía a Koto a un lado y a Miriam al otro. Koto tiene diecinueve años y unos dientes blanquísimos. Miriam es una viuda de cincuenta y tantos, a cuyo marido lo mataron hace veinte años. Aunque no te voy a enviar la carta, he cambiado sus nombres.

En ese momento oímos venir los tanques calle abajo. Cuatro. Koto me frotaba la muñeca con el dedo. Oímos el altavoz anunciando el toque de queda y ordenándonos que nos dispersáramos y entráramos en el edificio. La calle, al otro lado del descampado, estaba abarrotada de gente, vi algunas cámaras. Unos gramitos a nuestro favor.

Los inmensos tanques se apresuraban hacia nosotras, girando sus torretas hacia el blanco exacto.

El miedo que provocan ciertos sonidos es el más difícil de controlar. El estruendo de sus cadenas, forcejeando contra todo lo que pisaban, aplanándolo, el rugido de sus motores, que parecía querer succionarnos, y el altavoz, ordenándonos que nos dispersáramos, los tres se hicieron cada vez más fuertes, hasta que los tanques se detuvieron en línea frente a nosotras, a unos doce metros, y las bocas de sus cañones aún más cerca. No nos apiñamos, sino que nos extendimos, solo nuestras manos se tocaban. Un oficial apareció en la escotilla del primer tanque y nos informó, chapurreando nuestra lengua, que ahora nos obligarían a dispersarnos.

¿Sabes cuánto cuesta un Apache?, le pregunté a Koto entre dientes. Ella sacudió la cabeza. Cincuenta millones de dólares, le dije. Miriam me dio un beso en la mejilla. Yo esperaba que se abriera la puerta trasera de uno de los tanques y que aparecieran los soldados, saltaran a tierra y nos rodearan. No les habría llevado más de un minuto. Pero no sucedió nada de esto, sino que los tanques giraron, uno detrás de otro, dejando entre ellos unos veinte metros de distancia, y empezaron a dar

vueltas alrededor de nuestro círculo.

No lo pensé entonces, guapo mío, pero ahora que te estoy escribiendo en plena noche, pienso en Herodoto. Herodoto de Halicarnaso, que fue el primero que escribió acerca de los tiranos a quienes ensordece el estruendo de sus propias máquinas de guerra y dejan de oír lo que les dicen los dioses.

No podríamos haber plantado resistencia a los soldados, habrían terminado por llevarnos a rastras. Deliberadamente, conforme nos rodeaban, los tanques se aproximaban más a nosotras, iban apretando poco a poco la soga a nuestro alrededor.

¿Sabes cómo calculan los gatos sus saltos, la distancia que van a saltar, de modo que caen sobre las cuatro patas prácticamente juntas en el sitio exacto que habían calculado? Eso es lo que tenía que hacer cada una de nosotras, calcular, medir, no la distancia de un salto, sino su opuesto: la cantidad precisa de voluntad necesaria para tomar la aterradora decisión de no moverse, de no hacer nada, a pesar del miedo. Nada. Si subestimabas la voluntad necesaria, romperías la fila y echarías a correr antes de darte cuenta de lo que estabas haciendo. El miedo era constante, pero fluctuaba. Si la sobrestimabas, te agotarías antes de que aquello hubiera concluido, y las otras tendrían que sostenerte. Nos ayudaba el hecho de estar agarradas de la mano, pues el cálculo de la energía pasaba de una a otra.

Tras una primera vuelta a la fábrica, los tanques ya estaban prácticamente a un palmo de nosotras. Al otro lado de los respiraderos enrejados veíamos cascos, ojos, manos enguantadas.

Pero lo más aterrador de todo era ver desde tan cerca el blindaje acorazado. Cuando pasaban ante nosotras, era esa superficie, la más impermeable que haya creado el hombre, lo que no podíamos evitar mirar, aunque cantáramos —y ya habíamos empezado a cantar—, sus remaches redondeados, ciegos, su textura de cuero animal, que nunca brilla, su dureza granítica y su color asqueroso, que no es el color de ningún mineral, sino el color de la podredumbre. Esa superficie sería la que nos aplastaría. Y enfrentadas a ella, teníamos que decidir, segundo a segundo, no movernos, seguir allí plantadas.

Mi hermano, gritó Koto, dice que si se encuentra el sitio y el momento adecuado se puede destruir cualquier tanque.

¿Cómo fuimos capaces de resistir las trescientas mujeres que nos plantamos? Las orugas de los tanques pisaban ahora a escasos centímetros de nuestras sandalias. Y no nos movimos. Seguimos agarradas de la mano y cantándonos con nuestras voces de vieja. Pues esto es lo que había sucedido y por eso pudimos hacer lo que hicimos. No es que hubiéramos envejecido, simplemente éramos viejas, teníamos mil años.

Se oyó en la calle una larga ráfaga de ametralladora. Desde nuestra posición no veíamos bien lo que estaba pasando, así que hicimos señas a nuestras viejas hermanas posicionadas en el tejado, que tenían más visibilidad que nosotras. El Apache seguía suspendido amenazadoramente sobre ellas. Comprendimos por sus señas que una patrulla había disparado a unas figuras que huían. Enseguida oímos una sirena.

El efecto de succión del siguiente tanque que vino a acorralarnos nos ahuecaba y levantaba las faldas. Quietas. No os mováis. No nos movimos. Estábamos aterradas. Y cantábamos con nuestras agudas voces de abuela: ¡No nos moveréis! Cada una armada no más que con un útero abandonado.

Así fue.

Entonces uno de los tanques —de primeras no podíamos creer lo que veían nuestros ojos cansados— dejó de dar vueltas, se dirigió hacia el descampado y empezó a atravesarlo, seguido por el siguiente y el siguiente y el siguiente. Las ancianas del tejado aplaudieron, y nosotras, sin soltarnos de la mano, pero calladas, empezamos a avanzar de lado hacia la izquierda, a pasitos, de modo que despacio, muy despacio, como correspondía a nuestros muchos años, dimos la vuelta a la fábrica.

Como una hora después, los siete estaban preparados para escapar. Nosotras, sus abuelas, nos dispersamos, recordamos cómo había sido ser joven y volvimos a serlo. Y diez minutos después me llegó la noticia, que venía de boca en boca: Manda, la profesora de música, había muerto de un disparo en la calle. Intentaba unirse a nosotras.

El laúd no se parece a ningún otro instrumento, decía. En cuanto te lo pones en el regazo, el laúd se convierte en un hombre. ¡Mi Manda!

Mientras viva seré tuya, mi guapo.

[Carta no enviada]

Ya Nour:

Cada nueva muerte nos prepara para algo: nuestra propia muerte, por supuesto — la mía, no la tuya—. Nada podría prepararme para la tuya: me sentaré en la tierra, con tu cabeza en el regazo, sus bombas dispersoras explotando a mi alrededor, y me negaré a aceptar que has muerto. Cada nueva muerte nos prepara también para un carnaval, un carnaval celebrado delante de sus narices y que no pueden impedir, mal que les pese, ni siquiera con sus Predator Drones. Estoy pensando en cómo dispararon a Manda.

Estábamos varios cientos en su funeral, y luego cantamos algunas de sus canciones, solo unas cuantas, y las canciones eran como un ensayo de ese carnaval que ellos temen.

No hay una canción en el mundo que no esté en parte dirigida a los muertos, y los muertos se guardan las canciones, se las meten en sus bolsillos de silencio, en los bolsillos de silencio de sus chaquetas, con las llaves de casa, un carné de identidad, unos cuantos de sus billetes y un cuchillo. Tengo un cuchillo nuevo, mi Kadima, me lo dio Soko.



Pero no es nuevo este cuchillo. Soko lo encontró tirado en el suelo y no quiso quedárselo porque es demasiado supersticiosa. Así que me lo dio, diciendo: Juro ante Dios que eres la única persona que conozco de la que estoy segura que no lo usará nunca para cortarse el cuello.

Yo lo utilizo para picar la menta y cortar las piñas. Tiene el mango de asta y una funda de cuero. Si fuera necesario, se lo podría clavar a alguien.

Los muertos meten nuestras canciones en sus bolsillos de silencio, y el silencio cambia, deja de ser un silencio distante y se convierte en un silencio cercano, un silencio compartido. Como el que comparten Amitara y Victor y Yaha y Emil y Zakaria y Susan y Naci y Valentina y César contigo y conmigo, que estamos todavía vivos. Como el silencio de esta noche entre Manda y yo.

En una plaza mayor, el gran reloj del ayuntamiento daba las horas. Todos los días, por la mañana temprano, a la hora que llegaba el tren desde los pueblos, se veía a un hombre de aspecto elegante en la plaza, comparando la hora del reloj del

ayuntamiento con la de su leontina. Un pastor que acababa de llegar a la ciudad en busca de trabajo le preguntó al hombre qué hacía allí parado durante tanto rato. Estoy esperando, le explicó el hombre, este es uno de mis trabajos, comprobar el reloj de la ciudad. Cuando se para, yo tengo aquí la hora exacta, continuó, señalando a su leontina, de modo que el encargado municipal puede volver a poner el reloj del ayuntamiento en hora. ¿Y se para muchas veces? Varias veces a la semana, y cuando se para, vienen a preguntarme a mí, y yo les digo la hora y me pagan por ello. Me pagan casi un dólar. Es un dinero fácil. A decir verdad, tengo muchos trabajos, demasiados. Mira, me has caído bien, si quieres te paso este. Te doy la leontina —va con el trabajo—, por medio dólar.

Oigo la profunda voz de Manda contando la historia. En otra vida se llamaba Sevgi. Podía contar las historias como las cuentan los hombres, como las cuentan las mujeres, o como lo hace un niño. Dependía de la historia. Veo los adoquines de la plaza mayor. Veo la cara del pastor. Va a decir: ¡Trato hecho! ¡Te pagaré el primer día que se pare el reloj del ayuntamiento!

Cuando dispararon a Manda en el distrito de Monte Abor, la dispararon en todas y cada una de las historias que contaba. Y su sangre está en los adoquines de la plaza en la que el pastor se mostró más listo que el caballero elegante. Cuando no hay nadie en la farmacia pidiendo consejo o buscando medicinas, me encuentro hablándole a su silencio.

Esta tarde, al llegar a casa, tenía en el alféizar un postre de gelatina con plátano y fresas dentro.

El cuarto de Ama es muy pequeño, así que cuando cocina saca el hornillo fuera, a la azotea, y con la puerta abierta puede vigilarlo desde la cama. Es un hornillo con dos fuegos. Cocina a unas horas muy raras. Debió de preparar el postre esta mañana.

Cuando compro baklavas, algo que no hago con frecuencia porque entonces me como demasiadas, siempre le dejo unas cuantas en su alféizar, con un paño encima para que no vengan las avispas. Nunca nos damos las gracias por estos pequeños regalos. Simplemente son comas de amistad.

Una tarde de la semana pasada apareció un chico en la farmacia y me preguntó si a lo largo del día anterior no habría visto por allí una gata de pelo rojizo que respondía al nombre de Puma. Le dije que no, que no habíamos visto ningún gato. No reconocí al chico; tendría diecisiete años o así. Te lo podrías imaginar fácilmente con una pistola, pero aquella tarde iba desarmado. Tenía unos ojos muy negros y un bigotito fino. Un chaval ágil. La última vez que vimos la gata, dijo, iba corriendo, asustada, por el descampado, hacia la fábrica de helados. Yo asentí.

Si la ve y la puede agarrar, estupendo, dijo, si no alcanza a cogerla, pero la ve por aquí, ¿le importaría llamarme por teléfono? Este es mi número de móvil. Me dio un trocito de papel en el que ya tenía escrito el número. ¿Es tuya la gata?, le pregunté. Me miró como si hubiera dicho una tontería.

No, es de Gema, dijo. Gema tiene noventa años y vive sola. Me preocupa lo que

le pueda pasar a Gema si no encuentra su gata. Anoche no pegó ojo. La llama Puma por el color de su pelo.

Estaré al tanto, le dije, y entonces nuestras miradas se cruzaron y supuse que los dos estábamos pensando en lo mismo: ¡en cómo será vivir hasta los noventa años!

Gracias, dijo, muchas gracias.

¡Comas de amistad! Puntuar con ellas los días es algo que aprenden los presos con condenas largas, ¿verdad? Pero después de unos días sin escribirte y semanas sin recibir una carta tuya, ¡las comas no bastan! Necesito dos líneas de una canción, una canción que se cantaba mucho antes de que existieran las comas o de que se hubiera empezado a escribir sobre papel.

*Mi deseo es mi maquillaje
cuando te veo, me brillan los ojos.*

Tu A.

Oímos hablar de los cuadros de Htein Lin, que pasó casi siete años en las cárceles de Myanmar. Pintaba en la tela de algodón de las camisas reglamentarias que se desechaban por viejas. No tenía nada más sobre lo que pintar. También hacía esculturas con las pastillas de jabón reglamentarias. Salió de la cárcel de Myaungmya en 2004. A lo mejor nos podría enviar un cuadro, nos dijimos. Y ha sucedido.

Durito se lo saca doblado del bolsillo. Lo miramos. Lo desdobra. Nos lo muestra desplegado como si fuera el capote de un torero. Pero este es un algodón blancuzco muy fino, muy raído, y apenas llegaría a cubrir el torso de un hombre. Sobre el algodón está pintado un círculo que encaja en una base o pie, como si fuera un globo terráqueo escolar o uno de esos espejos redondos que suele haber en los tocadores.

Dentro del círculo hay una bota. Una bota del pie derecho. El color está aplicado con pulverizador y extendido con los dedos. Para el negro utilizó pintura plástica de fachadas. Los cordones de la bota están desatados y la lengüeta doblada hacia fuera. De la bota sobresale un manojo de ramas, como esquejes de un árbol frutal o de un olivo, y en la punta de cada rama, en lugar de brotes, hay una esfera de reloj.

Las esferas tienen tamaños diferentes: algunas son como la de un reloj de pulsera; otras como los despertadores antiguos, con una campana arriba. No se distingue bien la hora que marcan, pero parece que cada uno tuviera una hora distinta. Probablemente unos marcan las horas anteriores al mediodía, y otros las posteriores. Lo que está claro es que hay una docena o más de horas distintas, y que todas ellas son irreconciliables.

Es esto lo que nos hace comprender a todos que Htein Lin era un preso con experiencia. Decidimos llevarnos el cuadro por turno a nuestras celdas. Plegarlo, metérmolo en el bolsillo, desplegarlo, sacarnos las botas y pensar en otras horas, en otros tiempos. Y al día siguiente pasarle el cuadro doblado a otro compañero.

Mi soplete:

La temperatura no bajó por la noche (41 grados) y esta mañana en la farmacia hacía un calor sofocante. Para empeorar las cosas, había un corte de electricidad, así que no se podía poner el ventilador. A veces parece que se han apoderado también de las estaciones, sobre todo durante el día (por la noche están más asustados que nosotros).

Fui a ver a Soko. Era la primera vez que la veía desde que la pobre perdió a su marido y me sorprendió ver que ahora no se queja de nada. Qué extraño, ¿verdad?, que la pérdida precipite en cristales de valor.

Soko, que no paraba de lamentarse y de pedir a Dios que se la llevara con Él al cielo, se ha transformado en una estoica. ¿Podría ser porque no tiene ya nada que perder? No estoy segura. Su sobrino, que desapareció hace cinco años, ha vuelto a aparecer en Londres, donde ha encontrado trabajo de fontanero. Era abogado de formación y se fue a la clandestinidad cuando cerraron la radio. Soko dice que tú lo conociste.

Pese a sus cataratas, sigue trabajando de costurera. Sin dinero, repite, no hay nada, nada. Pero ahora lo dice en otro tono, como si la propia observación ofreciera una solución.

Insistió en que tomáramos una tarta de albaricoque que había preparado. Orejones de albaricoque.

Todavía no había vuelto la luz, y las dos velas que tenía sobre la mesa estaban casi acabadas. Espera, me dice, tengo más. Mira en un cajón y vuelve con dos nuevas.

Derrite el cabo de una con la llama que aún parpadea en el fondo de la palmatoria y luego la mete con firmeza. ¿Está recta?, pregunta. No veo bien, dice, ¿está recta? Siempre era Alex el que se encargaba de poner las velas, me explica. ¿Está recta?, vuelve a preguntar. Es que si no lo está, goteará fuera.

Un poco más a la derecha, le digo. Perfecta ahora.

Pone la segunda vela. ¿Estás segura de que está recta? Asiento. Si no, goteará. Perfecta, le digo. Alex tenía muy buen ojo para ver si algo estaba torcido, y siempre le llevaba un buen rato poner las velas bien rectas.

Y, de pronto, me vi gritando su nombre, ¡Soko!, y llorando.

No pude comerme la tarta, no podía explicarlo, pero no pude. Estaba muerta de cansancio, y Soko me dijo que me tumbara en el diván, y me tumbé.

Nos olvidamos del cansancio, soplete mío, y el cansancio es tan paciente como Alex con las velas. El cansancio espera y se parece al orín. Carcome las voluntades más firmes, convierte en un polvo rojizo las esperanzas más fervientes, debilita

nuestras energías. El cansancio quiere terminar con ese interminable aplazar y aplazar. Acaba por elegir la respuesta más fácil. Y, sobre todo, el cansancio opta por el silencio, sin que le preocupe que sea el silencio de los muertos.

Cuando una persona a la que quieres lo está pasando mal y tú la cuidas, hay un momento en el que alcanzáis la orilla de un lago, y entonces os miráis, y la calma os llena de gozo.

[Carta no enviada]

Mi golondrino:

Hace dos inviernos, creo, te hablaba en una carta de un hombre diabético que había aparecido una noche en la farmacia al borde de un coma hipoglucémico. ¿Te lo conté? Estaba fuera de sí, pero por casualidad yo estaba de guardia. Le di lo que necesitaba y se fue. Tenía un acento extraño y ni yo le pregunté de dónde era ni él me dijo cómo se llamaba. Como siempre estoy hablando contigo en mi cabeza, a veces me hago un lío con lo que te he contado y lo que no te he contado. En una ciudad sin cárceles —¿ha existido alguna en la historia?—, quién podría llegar a imaginar todo lo que se puede contar en una carta.

Releo tus cartas muchas veces, pero nunca por la noche. Por la noche puede ser peligroso. Las leo por la mañana, después del café y antes de ir a trabajar. Salgo a la puerta para ver el cielo y el horizonte. Muchas veces subo a la azotea. Otras veces, cruzo la calle y me siento en el árbol caído, donde las hormigas. Sí, todavía. Saco la carta del sobre sobado y la leo. Y conforme leo, los días que median pasan con el veloz traqueteo de un tren de mercancías. ¿Qué quiero decir con los días que median? Los días que median entre esta vez y la última vez que leí esta misma carta. Y entre el día en que la escribiste y el día en que te detuvieron. Y entre el día en que el funcionario de prisiones la puso en el correo y el día en que la leo, sentada en la azotea. Y entre este día, en que tenemos que recordarlo todo, y el día en que podamos olvidar porque lo tendremos todo. Estos son, amor mío, los días que median. Y el ferrocarril más próximo pasa a doscientos kilómetros de aquí.

Esta mañana fui a Suse a comprar una baraja nueva. Estaba cruzando el mercado, por donde se ponen los puestos de naranjas, y un hombre se para delante de mí y me dice:

Le debo un agradecimiento.

¿Un agradecimiento? ¿Por qué?

Hace dos años, en Sucrat, me salvó usted la vida.

¿Y cómo fue eso?

Me dio azúcar.

¿Quiere decir azúcar o anfetaminas?

Una noche, ya tarde.

Entonces me acordé de él, de sus hombros cargados, de su extraño acento y de su enfado, el enfado que me indicó que probablemente le faltaba azúcar. Era el hombre del que creo que te hablé, el que había aparecido una noche, ya tarde, en la farmacia.

Vivo aquí al lado, detrás de la barbería, me dice, por favor permítame que la invite a un café. Han pasado dos años y he estado esperando.

No tengo mucho tiempo.

Trabajo en el servicio de limpieza del mercado y entro a trabajar dentro de una hora, así que será un café rápido.

Si usted quiere.

Atravesamos un estrecho callejón a un lado de la barbería.

Ahí, dijo, señalando a los hombres que estaban dentro cortándose el pelo y afeitándose, salen más verdades que en la mayoría de las oraciones.

¿Hace mucho que trabaja en el mercado?

Cinco años, desde que tomé la decisión de seguir mi vocación.

¿Vocación?

A modo de respuesta, metió la llave en la cerradura. La puerta se abría hacia fuera, y él extendió el brazo, invitándome a pasar.

Está muy vacía, pero le suplico que se ponga cómoda. ¿Café italiano o turco?

El que sea más fácil.

Ninguno es complicado, solo se trata de cómo lo muelo.

Desapareció en una especie de armario que se abría en una esquina del cuarto y enchufó un molinillo de café. El aroma del café, astringente como la resina, inundó la habitación.

Era una habitación pequeña. Puede que en otros tiempos fuera una tiendecita. Una mercería, tal vez. Pegado a una pared, en el suelo, había un colchón y ropa de cama cuidadosamente enrollados; y delante de la ventana había una mesa con dos banquetas. Nada más. No había cortinas, ni alfombras, ni cuadros, ni lámpara en el techo. En la mesa había una lamparita.

Qué bien huele ese café.

Podrá juzgarlo cuando lo pruebe, señora mía.

¿Le puedo preguntar cuál es su vocación?

Mi vocación, respondió, parado en el umbral del armario que hacía de cocina, era la de ser poeta.

¿Era?

Así estaba establecido antes de que yo mismo lo supiera. Me llevó treinta años darme cuenta. Antes vendía alfombras. Y no es necesario decirle que esa, la de poeta, sigue siendo mi vocación. Si lo desea, mire lo que hay sobre la mesa.

En la larga mesa delante de la ventana, había una docena de hojas, del mismo tamaño y colocadas de izquierda a derecha, cuidadosamente, como cantos rodados dispuestos para vadear un río. Todas ellas estaban escritas con una letra pequeña y aseada y tenían bastantes correcciones y palabras tachadas. Al lado de ciertos párrafos había un gran signo de interrogación, y de vez en cuando, una señal de correcto al lado de un párrafo concreto.

El margen izquierdo regular y la diferente longitud de las breves líneas sugerían que se trataba de poesía. Varias páginas más cubiertas con la misma letra apretada esperaban en el alféizar. No entendí ni una palabra. Parecía turco, y le pregunté.

Sí y no. Escribo en la lengua de las montañas Taurus, que es mi lengua materna.

Mi madre pasa todo el día sola y le gusta oír historias por las noches.

Me lanzó una mirada particular, como si estuviera comprobando que yo me había dado cuenta de que las cosas no eran como parecían. Ciertos mendigos hacen lo mismo después de recibir una limosna; su mirada parece decir: agradéceme que te haya elegido.

Me acerqué a ver lo que hacía en el armario. El café había hervido dos veces en la cafetera de cobre, y él le estaba añadiendo la última cucharada de agua fría. Dondequiera que hubiera un espacio libre dentro del armario cocina, al lado del hornillo, al lado del fregadero, bajo el espejo, había una hoja de papel cubierta con la misma letra meticulosa. Vio que me había fijado.

Voy de un lado a otro mientras trabajo, sobre todo de madrugada, antes de salir el sol. Si no me viene la inspiración sentado en la mesa, cojo un taburete y me siento al lado de la puerta o me vengo aquí y me como un trozo de pan o me lavo los dientes. Voy de valle en valle, desde el monte Ararat a los Altos de Goksul o al paso de Cilicio.

Volvió a mirarme con la mirada del mendigo.

Entonces me dio mi taza de café. Era el mejor que había probado en mucho tiempo. Me instalé en una de las banquetas, junto a la mesa.

¿Es un poema largo?

Posiblemente ningún poeta escribe más de uno y eso le lleva toda una vida. Él pensará que está escribiendo poemas cortos diferentes, pero en realidad todos forman parte de un mismo poema largo.

¿De qué trata este?

Es una alabanza de la vida y de su abundancia. Cuando estoy barriendo en el mercado, escucho, nunca dejo de escuchar y, a veces, las palabras que oigo están tan bien escogidas que las recuerdo. Todo es cuestión de aguzar el oído, los diabéticos, como debe usted de saber, corren más riesgo que el resto de quedarse sordos y ciegos.

¿Me podría traducir una o dos líneas?, le pregunté.

¿Le gusta el café?

Es superior.

Cuarenta minutos después de tomárselo todavía lo seguirá degustando entre los ojos, con tal de que haya la calma suficiente a su alrededor. Ayer uno de esos Apaches que tienen nos lanzó un cohete.

¿Unas líneas?

Quería ofrecerle un café y enseñarle mi secreto porque creo que me salvó usted la vida.

¿Unas líneas?

Le leeré unas líneas pero sin traducirlas. Oirá mi secreto sin que deje de ser un secreto.

El eco de su voz en la habitación se transformó, y parecía que estuviéramos sentados bajo un árbol. Dejé que corrieran las palabras sin preguntar nada. Y

entonces él dijo: Tendemos a pensar que los secretos son pequeños, ¿no? Como joyas o como piedras afiladas o navajas que se pueden esconder y guardar en secreto de lo pequeños que son. Pero también hay secretos inmensos, y es precisamente por su inmensidad por lo que permanecen ocultos, menos para quienes han intentado abrazarlos. Esos secretos son promesas.

Volvió a mirarme como un mendigo.

Apuré los últimos posos de aquel café delicioso, le di las gracias y, cuando me estaba yendo, pronunció su nombre por primera vez. Hasan.

Te escribo esto muy entrada la noche. Pienso en las cartas que releo por la mañana temprano, cuando los días que median pasan con el veloz traqueteo de un tren de mercancías; pienso en las cartas mías, que lees en tu celda, y el inmenso secreto que encierran, que es nuestro secreto, tuyo y mío, me hace sonreír.

Esta mañana estábamos a varios grados bajo cero, y Silvio encontró una gatita blanca en una esquina del patio. Al principio, dijo, pensé que era un montoncito de nieve. Nadie sabe cómo pudo llegar hasta allí. Es probable que se cayera desde el tejado de la torre de vigilancia, pero ¿cómo fue a parar a la torre? Estaba inmóvil sobre el asfalto, en una esquina. Silvio se detuvo a examinarla de cerca. El guardia se abalanzó, apuntándolo con su Uzi 5. S. se incorporó, continuó andando y negoció con él. Insistió en que Kadem es veterinario. El guarda consultó los datos en su teléfono móvil. Un cuarto de hora después, se acordó que S. depositaría el gatito en la sala de usos comunes. Kadem examinó la gatita y anunció que no había nada que hacer; tenía roto el espinazo, y si pudiera le pondría una inyección, pero no podía. La dejó en una manta al lado de la estufa. Su blanca boca estaba ligeramente abierta, y la lengua solo era un poco menos blanca que los dientes. De vez en cuando exhalaba, como si silbara, los ojos bien abiertos. Entonces se puso de lado y extendió las cuatro patas, las traseras bien rectas detrás de ella, como si estuviera a punto de saltar, las delanteras apuntando delante de su cabeza. Todos mirábamos en silencio. Con las pezuñas delanteras se lavó la cara, empezando por las orejas, pasando por los ojos y bajando hasta la boca blanca. Se limpió los ojos como si estuviera eliminando de ellos la ilusión de vivir, y hecho esto, murió. Nadie dijo nada. Los dos guardias desconfiaban y no dejaban de ir y venir, quitando el seguro de sus armas y volviéndolo a echar. Kadem asintió, sonriendo y recogió a la gatita con la manta. Nadie habló. Nos hemos callado todos, susurró Kadem, como el ladrón al que mordió el perro.

La gatita había escapado.

Guapo mío:

Tengo un recuerdo muy lejano, tanto que no estoy segura de si pertenece a mi niñez o si lo oí contar a otros siendo yo niña. A veces esta anciana tuya se pregunta si los recuerdos de infancia no tendrán todos algo de rumor oído. De niño se aprende tanto y tan deprisa que uno olvida de dónde le llegó la información por primera vez. ¿Cuándo fue la primera vez que me di cuenta de que existía la muerte? ¿Lo descubrí yo sola o alguien me habló solemnemente de ello? ¿Cómo aprendí que el agua siempre va hacia abajo? Esto lo descubrí yo sola.

Tengo un recuerdo que quiero compartir contigo. Se trata de una práctica secreta de las mujeres y los hombres, de los ancianos y los niños. No la buscamos, sino que nos hacemos conscientes de ella de una forma indirecta, y enseguida la damos por supuesta.

Observa los árboles y mira cómo los agita el viento. Observa los animales y fíjate con qué cautela, al tiempo que con qué independencia, sigue cada uno su camino: corriendo, escarbando, alejándose tranquilamente, volando. Y lo mismo se puede decir de los peces y sus formas de nadar. Quiero hacerte sonreír en tu celda número 73. Esa sonrisa que pones cuando das con la manera de reparar algo, pero todavía no la has puesto en práctica. Esa sonrisa medio escondida.

Ahora piensa en la vida humana, la vida cotidiana de los humanos en sus menores detalles. Sus vidas dependen de una regularidad acordada a la cual todos contribuyen. Mantener esa regularidad es la práctica olvidada de la que te hablo.

Esa regularidad explica que la fruta llegue al mercado todos los días, que las farolas se enciendan por la noche, que las cartas nos esperen en el buzón, que todas las cerillas de una caja apunten en la misma dirección; explica la música que oímos en la radio y las sonrisas que se intercambian entre desconocidos. La regularidad tiene un latido, distante, casi siempre imperceptible y, al mismo tiempo, semejante al latido del corazón.

Tampoco nos hagamos ilusiones. El latido no impide la soledad, no quita el dolor: no puedes telefonarlo. Solo nos recuerda que pertenecemos a una historia compartida.

Y hoy nuestras vidas están condenadas a una irregularidad infinita. Quienes nos la imponen la temen, sin embargo. Por eso construyen muros para excluirnos. Pero sus muros nunca serán lo bastante largos, y siempre habrá una manera de rodearlos, de saltarlos o de pasar por debajo de ellos.

Hasta pronto.

Tu A'ida

Cuando pienso hoy en lo que hacíamos hace veinte años, me sorprende la precariedad de nuestra situación entonces, una precariedad que, entregados como estábamos a nuestra lucha, desdeñábamos o no veíamos. Y, aunque parezca extraño, esto me tranquiliza con respecto a aquello a lo que nos enfrentamos hoy, pues sugiere que en la precariedad reside nuestra fuerza.

Mi guapo:

Gracias por el huerto de jazmín que de alguna manera me has hecho llegar. Me tumbo en ese huerto.

Se me ocurrió una idea mientras me duchaba: todas las penas, en un momento dado, resbalan y caen en la palabra NO, y luego siguen su camino. Del mismo modo, todos los placeres resbalan en la palabra SÍ, antes de continuar por el suyo.

A ti te digo SÍ; a lo que nos ha tocado vivir le digo NO. Sin embargo, me siento orgullosa de nuestra vida; orgullosa de lo que hemos hecho, orgullosa de nosotros. Y cuando pienso así me transformo en una tercera persona que ni soy yo ni eres tú, y tú te conviertes en la misma tercera persona, al margen de que digamos sí o digamos no.

Como hoy es mi cumpleaños, repito una y otra vez: SÍ. Me miro en el espejo. Estoy de pie, con el cabello suelto, y digo sí. Noto la suavidad de mi piel y la oscuridad de mi vello, y digo sí. Recuerdo haber leído que el amante compara la parte superior del cuerpo de su amada con el alcanfor, la cintura con el ámbar, y la parte inferior con el almizcle, y digo sí.

Mis miembros anhelan que los veas; están hartos de que solo los vea yo. A veces se enfadan conmigo por esto. Se insinúan, moviéndose sinuosos, insinúan que tengo yo la culpa de que no estés con ellos, y cuanto más se mueven, cuando están de este humor, más insisten en que no pueden perdonarme, en que nunca me lo perdonarán. Pero ¿quién os creéis que sois?, les pregunto, furiosa. Somos la felicidad, responden.

Cierro los ojos y les digo que recuerden la cárcel y lo que es ir de un lado al otro de la celda, sentarse, quedarse en pie, agacharse, dormir en ella. Y durante un rato, lo recuerdan conmigo. En la cárcel se despoja al cuerpo de su reino. Le es confiscado al entrar, al igual que el resto de los efectos personales. Y cuando te ponen en libertad, cuando te entregan el reloj, la cartera, las pulseras, la lima de uñas, el reino no aparece, y hay que recuperarlo poco a poco, provincia a provincia.

Abro los ojos y vuelvo a mirar al espejo. Como no están en la cárcel, mis miembros quieren tentarte y ofrecerte su felicidad.

Sí, sí, sí. Cada sí es uno de los platos que voy a preparar para los amigos que he invitado. Picaré las verduras, meteré la carne en las brochetas, haré pasta para rebozar, batiré huevos, machacaré garbanzos, prepararé la masa de las tortitas, pelaré los ajos, picaré la menta, sacudiré la molokhiyya. Quiero que mis invitados crean que todos los platos han bajado, llenos, del cielo. Sí.

Muchos platos, muchos síes. Así sonreiré, confiada, cuando esta noche me pregunten por ti, y pensaré en la abubilla, que trajo noticias de la Reina de Saba y construye sus nidos en las ruinas.

Sí, ha salido el sol y acaba de levantarse el viento, con lo que ya somos tres. ¿Ves,

amor mío, el eucalipto que está en el otro extremo de la explanada? Si me pongo de puntillas en la puerta de delante —por fin me he vestido y llevo una falda blanca larga, vaporosa— lo veo: se inclina, se inclina mucho con la fuerza del viento, y casi está bailando. Todavía se le desprende la corteza en esos trozos largos y curvos con los que tú decías que se podía construir una canoa. Me equivocaba. ¡El eucalipto está bailando! De sus ramas verdes se han desplegado velas, continentes de hojas que siguen el balanceo de la más femenina de las mujeres. Un auténtico gozo. Este eucalipto ukelele. ¡Qué caderas! Mi cumpleaños.

Luego, mientras preparo nuestro festín, soy yo la que baila, mientras barro y pongo los manteles y coloco las sillas y extendiendo la masa y guiso las setas y corto las piñas sin quitarles la monda y coloco floreros y le doy la vuelta a la carne y limpio los vasos, mientras lo hago todo, bailo. Sí, sí, sí... van a venir muchos amigos.

Ya se ha ido el último invitado, y tu huertecito de jazmín en el alféizar de la ventana anuncia las primeras luces. Fuera, los pájaros cantan lo más alto que pueden. Llenan el silencio, el silencio que los muertos dejan tras ellos. Tan insoportable a veces ese silencio. El silencio de Amitara, de Zakarias, de Susan, de Victor, de Emil, de Yaha, de César.

Es un silencio revestido de ternura, sin embargo; te lo aseguro. Y si lo pones en duda, recuerda cómo era tocar el interior de uno de los nidos que están construyendo los pájaros. Su suavidad y su blandura son el resultado de innumerables incursiones y refriegas, y también de una habilidad, aprendida con el tiempo, para construir solo con lo que es flexible, resistente y fuerte. Toca uno...

Yo espero un momento para tocarte. Luego dormiremos. El sueño es la primera casa, una casa sin techo, ni paredes ni cama. Estos vendrán después, inspirados por el sueño. Esta noche, después de mi cumpleaños, te llevo, amor mío, a la primera casa. La deslizaré bajo la puerta monstruosa, y me encontrarás dentro.

Tu A'ida

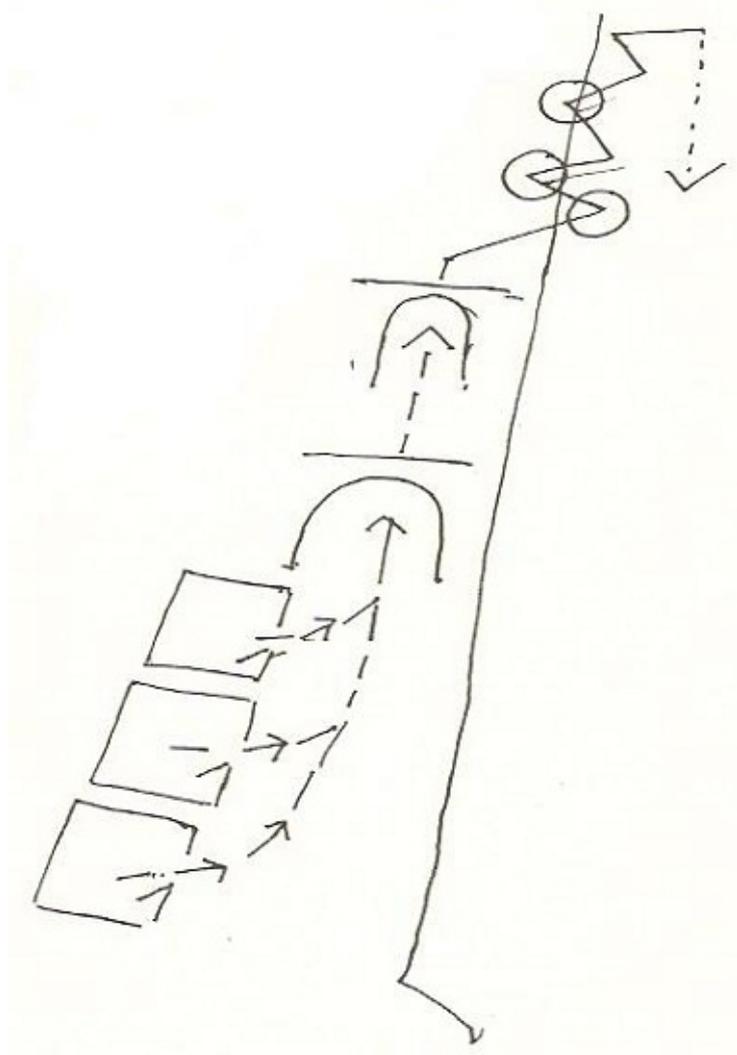
Ya Nour:

El sueño es la primera casa, una casa sin techo, ni paredes ni cama. Estos vendrán después, inspirados por el sueño. Esta noche te llevo, amor mío, a la primera casa. La deslizaré bajo la puerta monstruosa, y me encontrarás dentro.



Esta noche, tu A'ida

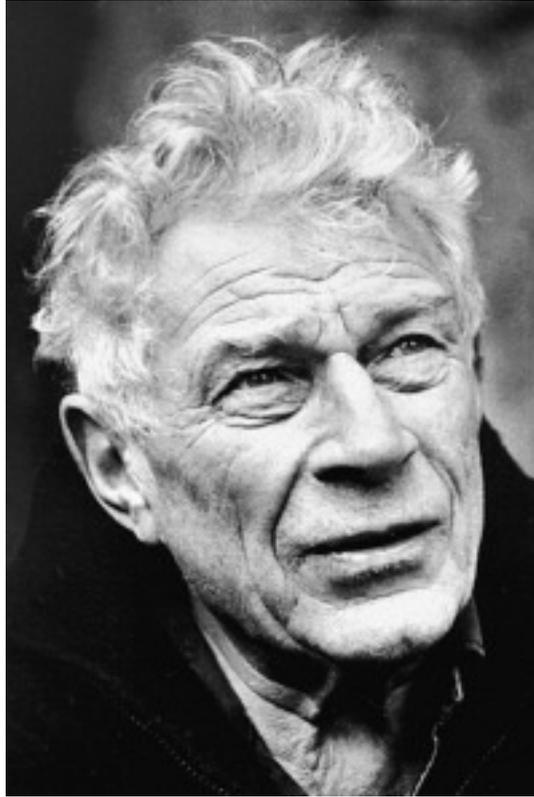
Hacer mutis esta noche.



Agradecimientos

Nadie sabe cómo llega a hacerse realidad un libro, pero uno sí puede nombrar con la mayor precisión a algunos de quienes fueron esenciales en este misterioso proceso. En este caso:

Alex, Anne, Beverly, Charline, Elia, Gareth, Guy, Hans, Iona, Irene, Isabel, Jean-Pierre, Jeremy, Kamal, Katya, Latife, Leila, Mahmoud, Maria N., Michael, Michel D., Michel R., Nacho, Nella, Omar, Petra, Pilar, Ramón, Rema, Sandra, Selçuk, Tania, Tom, Yasmina, Yves, Ivonne, Ziad. Gracias.



JOHN BERGER (London Borough of Hackney, 1926) es un crítico, novelista, pintor y poeta británico. Su juventud estuvo marcada por la Segunda Guerra Mundial, en la que participó del lado del ejército británico. Al finalizar la contienda, retomó sus estudios de arte y, poco después, empezó a dar clases de dibujo en la misma escuela donde Henry Moore impartía clases de escultura.

Escribió artículos como crítico de arte en el *New Statesman* y en el *Tribune*, bajo la supervisión de George Orwell. Durante este periodo, trabó vínculos con el partido comunista británico, y, a los treinta años, decidió dedicarse por completo a la escritura en un arrebato de compromiso político ante la inquietante realidad de la Guerra Fría. En 1958 publicó su primera novela, *Un pintor de nuestro tiempo*, que fue duramente criticada.

Dentro de su extensa obra se pueden encontrar novelas, ensayos, poesía, artículos en prensa e incluso guiones de cine y obras de teatro. Entre sus ensayos destaca *Modos de ver*, libro de referencia para toda una generación de historiadores de arte. En 1972 ganó el prestigioso Booker Prize por su novela *G* y, durante los años ochenta, publicó la famosa trilogía *De sus fatigas*, en la que abordó el cambio social provocado por el tránsito de lo rural a lo urbano.

Notas

[*] Traducción de A. García Calvo. <<

[*] En español en el original. (N. de la T.) <<

[*] En español en el original. (N. de la T.) <<

[*] En español en el original. (N. de la T.) <<

[*] En español en el original. (N. de la T.) <<

[*] En español en el original. (N. de la T.) <<

[*] En español en el original. (N. de la T.) <<

[*] En español en el original. (N. de la T.) <<

[*] En español en el original. (N. de la T.) <<